

Revista

15 DE MAYO

1907

Contemporánea

PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CÁRDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

DIRECTOR

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

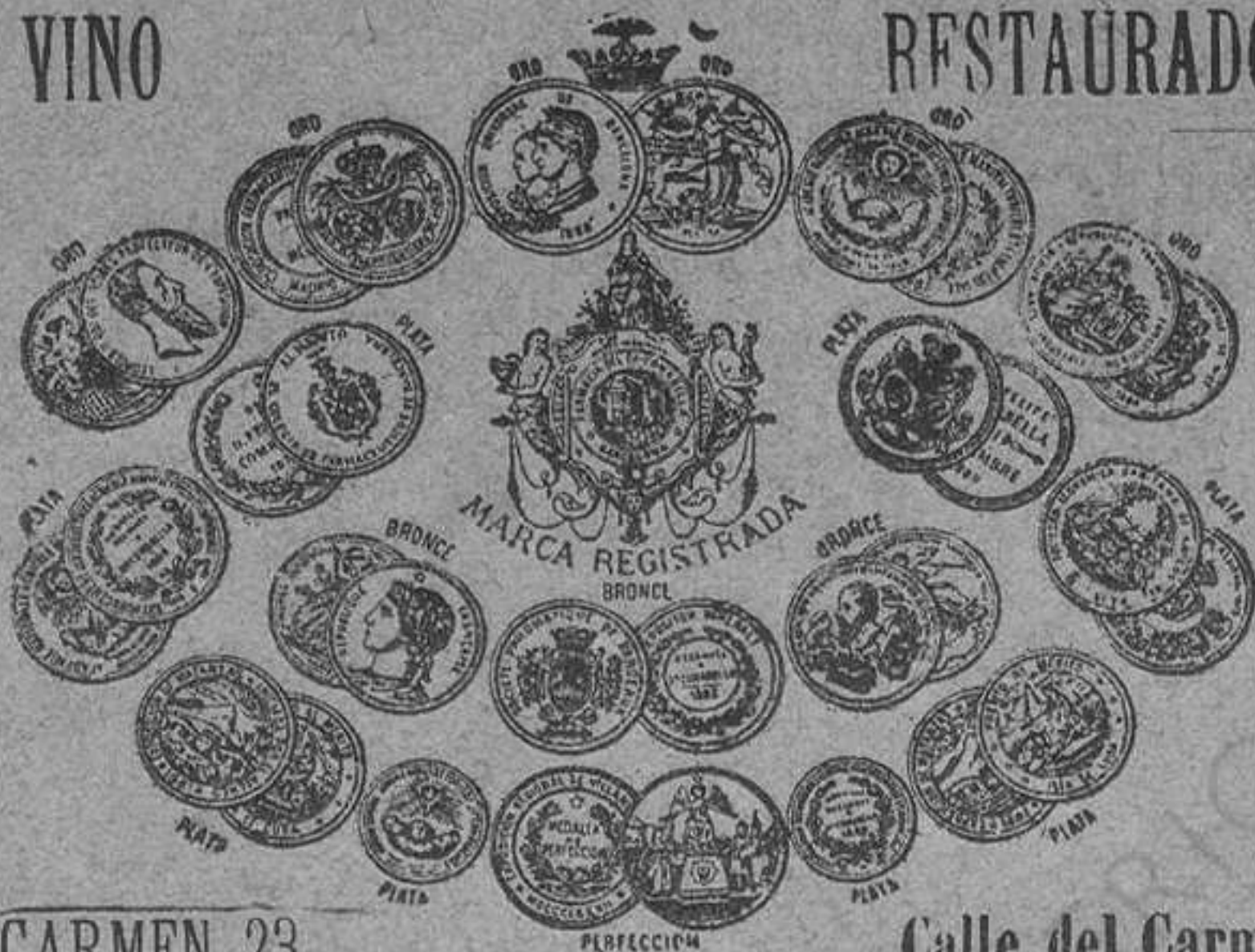
	Paginas.
Neurología: Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, por La Redacción	513
La vida de las lenguas, por Antonio Balbín de Unquera	519
Hacia la cultura europea, por Baltasar Champsaur	537
Alejandro Petöfi, por J. L. Estelrich	557
Don Hugo de Moncada, por Francisco San Román .	567
El colectivismo (continuación), por Mannuel Gil Maestre	581
Instituciones españolas de sordomudos y de ciegos (continuación), por Pedro Molina Martín	601
Notas musicales, por José Subirá	621
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf	631
Boletín bibliográfico, por José Subirá , por J. S. y por E. A.	635

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

VINO

RESTAURADOR COMABELLA



El uso de este **Vino** es insustituible en los estados escrofulosos, raquitismo, anemia, etc., etc., y en general, siempre que se quiera combatir con resultado positivo todas las enfermedades que tienen su base en la debilidad.

El éxito creciente que este producto obtiene, es la mejor prueba de sus indiscutibles resultados.

Farmacia del

Dr. Comabella.

Calle del Carmen, 23, Barcelona.

CARMEN 23,

PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

LAS
PÍLDORAS

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



EL
UNGÜENTO

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.

Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

8745

NECROLOGIA

EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

Viste hoy de luto la REVISTA CONTEMPORÁNEA por el fallecimiento de su fundador, y cumple un gratísimo deber al consagrarle en sus páginas sentido y cariñoso recuerdo. Al día siguiente á la desaparición de un amigo no se puede escribir su biografía, no se le puede juzgar como se hará tiempo adelante; no cabe hacer otra cosa que consultar lo que dicta el corazón y traer esas expresiones, lánguidas pero elocuentes, á los labios ó á la pluma.

Es aún más difícil hablar ó escribir del amigo que se ha perdido cuando empleó su actividad en muchas y muy diferentes manifestaciones, y Cárdenas era uno de esos hombres que anduvieron con paso firme por varios caminos, dejando en todos profundas huellas de su paso.

Llevaba un apellido ilustre y estaba convencido de que, ya que no pudiese acrecentar su esplendor, debía á toda costa conservárselo. Su tío D. Francisco de Cárdenas fué uno de nuestros grandes jurisconsultos, de sólida y extensa erudición, de espíritu práctico. Bien lo demostró quien tanto se esforzaba en preparar nuestra codificación civil, quien siguió con criterio filosófico, á manera de Thiers, y tan ilustrado por la historia como el de Laboulaye y Secretan, las vicisitudes de la propiedad en nuestra patria, quien dió solución al arduo problema del conflicto entre los matrimonios civil y canónico, tranquilizando los espíritus, con harta razón perturbados en España.

15 Mayo 1907.—TOMO CXXXIV.—CUAD. V.



Á la influencia de D. Francisco de Cárdenas debió don José su afición á los estudios jurídicos, tanto como á los literarios, la seriedad y galanura de su estilo y su decidida vocación por los problemas de la instrucción pública. Esa *Fata Morgana*, esa *Reina Melusina* que nos arrebató inteligencias, hombres y celebridades, quiso indudablemente seducir al tío y al sobrino—de la política hablamos,—pero no lo consiguió por completo; los menos malos entre los políticos son los que no han renunciado absolutamente por la vida pública á las ciencias y á la literatura.

«*Crura sonant ferro; sed canit inter opus.*»

Esos son y no otros los que acometen las grandes empresas y los que se retiran á tiempo del tráfago de los negocios públicos; algo pierden ellos y nosotros perdemos con esa duplicidad de vocaciones; pero no todo, como ocurre con los que no son más que políticos y están convencidos y nos convencen de que no pueden ser otra cosa.

Cuando vemos entrar á aquellos hombres por las puertas de una Academia—y son frecuentes las entradas—decimos: Han encontrado ya su sepultura; preparémonos á celebrar sus funerales, porque esa entrada, que parece por un arco de triunfo, podrá evitarles mil desengaños y á nosotros no pocos sinsabores.

Lo cual no quiere decir que se hayan creado las Academias para los políticos excedentes ni para oficiar de ex Ministros con *uso de uniforme y medallas*.

Mucho tienen que hacer en nuestro país los hombres de Estado, inclínense ó no al estudio y á la literatura. Comprendíalo bien D. José de Cárdenas, y por eso tuvo siempre dos aficiones predominantes, las cuestiones de enseñanza y las de agricultura—*Utile dulci*.—Él hubiera podido levantar y sostener la bandera que levantó D. Germán Gamazo y que parece dejó caer de las manos. Diríase que estamos fatalmente condenados á defender y perseguir ideales y á dejar abandonados los más grandes, los más útiles programas.

Por eso no fué Ministro D. José de Cárdenas hasta las postrimerías de su vida. En cambio tuvo la satisfacción y merecida recompensa de ver que en tal elevación apenas se distinguía al político ni al hombre de partido, sino al varón de méritos y al decidido, al infatigable campeón de la agricultura española.

Cualquier hombre de Estado de nuestro país hubiera podido, como el General Azcárraga, llevar á su lado al señor Cárdenas para que compartiese con él las tareas del Gobierno en pro de la agricultura. Desgraciadamente, cuando uno de esos hombres, predestinados por su historia y por la opinión pública, ocupa un puesto casi facultativo, apenas calienta la poltrona; cuando nada le indica para ella más que su propia actividad, ó la elección de sus amigos, dura y perdura.

Pero como de la vida política, si algo se obtiene, es la satisfacción del deber cumplido, ésta es suficiente cuando en las horas de alejamiento del Poder se vuelve la vista á lo pasado, continuo fiscal y el mejor defensor de nuestros actos.

Varios fueron los frutos de la aplicación de D. José de Cárdenas respecto á la cultura literaria. Dedicóse primeramente á las tareas de la enseñanza en la Universidad de Sevilla, de tan clásicos recuerdos, cuando aún era muy joven—había nacido en tan ilustre ciudad en 1841,—cuando apenas había terminado la carrera de Derecho. Para la enseñanza tenía especial vocación y excelentes condiciones. Nadie cierra al profesor las puertas de la política, ni su carácter de ciudadano, ni la ley, ni la opinión pública, y aun parece que su ilustración le lleva como miembro de una clase directora por excelencia á la gestión de los negocios públicos; pero él mismo se cierra, consagrándose á la política, la puerta de una reputación más sólida y envidiable.

Las tradiciones de la familia Cárdenas y el ejemplo de su tío y maestro llevaban á D. José á figurar en las filas del partido moderado, ó en las de su afín, el conservador, en las que se elevó constantemente, siguiendo á ese partido en sus más importantes evoluciones.

Recibida el acta de diputado por Almería, comenzó su lar-

ga carrera parlamentaria, correctísima, consecuente, que pudo servir de modelo á la de todo hombre político en cualquier partido que militase. El árbol se conoce por sus frutos y el diputado por su capacidad para gobernante y por los recuerdos que deje en pos de sí en la administración pública. El Gobierno de la Restauración, conociendo los antecedentes de D. José de Cárdenas, le nombró para desempeñar las Direcciones, que siempre tuvieron honores de Ministerios, de Agricultura y de Instrucción pública.

Era un nombramiento que no podía recaer en persona más benemérita que en el antiguo catedrático y en el Presidente de la Sociedad de Agricultores de España.

Todavía recordamos dos ocasiones en que vimos á D. José de Cárdenas ocupando dignísimamente esos puestos. Una fué en la sesión en que D. Francisco Javier Balmaseda llamaba la atención de un selecto auditorio acerca del estudio de los animales útiles y perjudiciales á la agricultura; y otra cierta reunión del Fomento de las Artes, en que dirigía Cárdenas la palabra á los alumnos premiados por aquella institución. El cargo oficial que desempeñaba Cárdenas de ningún modo era, en su opinión, incompatible con toda clase de estímulos á la enseñanza privada.

Las bibliotecas populares, esa gran institución que hoy languidece visiblemente, si ya no está olvidada; la Escuela de Agricultura, que guardará el nombre de Cárdenas como el de Caveda (D. José) entre los más dignos de esta honra; la parte que reivindicó para España en la Exposición Universal de París, fueron algo más que proyectos consignados en la *Gaceta* y casi condenados á los archivos desde que aparecieron en letras de molde.

Siguió también Cárdenas en la política y Administración con cargos tan elevados como los de Vicepresidente del Congreso, Gobernador de Madrid, Consejero de Estado y senador vitalicio, debiendo observarse que lo mismo se le veía en los cargos oficiales que en las reuniones científicas y literarias. Allí contribuía al mejoramiento de la obra legislativa y del derecho constituyente; aquí velaba por la observancia del constituido y promovía incesantemente su adelanto.

Como periodista, las columnas del periódico *El Tiempo*, creado por la parcialidad de D. Francisco Silvela, acreditan su mérito; como literato, el drama *Lydia*, estrenado en Sevilla en 1877; como académico, los dos discursos de recepción leídos al tomar asiento en las Academias de San Fernando (24 de Noviembre de 1901) y de Ciencias Morales y Políticas (12 de Febrero de 1905).

El último cargo que desempeñó fué el de Comisario Regio del Canal de Isabel II; mas poco pudo hacer en ese destino, conferido por el Gobierno actual, porque le sorprendió la muerte en 21 de Abril último.

*
* *

La REVISTA CONTEMPORÁNEA se inspira en el ejemplo de don José de Cárdenas, y procura conservar el espíritu que le llevó á fundarla, espíritu de la más amplia tolerancia, que no era incompatible con la firmeza de opiniones del conservador de toda la vida.

Esa amplitud de miras y tolerancia de opiniones que distinguían al caballero y al amigo, caracteres que se superponían á los de político y hombre de Estado, son requisitos que no pueden faltar al que se dirige al público para instruirle y deleitarle, ni al que, levantado en las altas esferas del poder, se encuentra con medios para dirigir sus destinos.

LA REDACCIÓN.

MINISTERIO
DE CULTURA



LA VIDA DE LAS LENGUAS

I

Una gran transformación registra el siglo XIX en los estudios sociales y en los filológicos, aquéllos que han cambiado de orientación, éstos casi nuevos en dicha época. El método experimental que Bacon aplicó tan feliz y fructuosamente á las ciencias físicas empezó á emplearse como instrumento de saber en las morales, y en verdad que si no tan grandes resultados como en aquéllas, no ha dejado de producirlos muy notables en las últimas.

Verdad es que se ha tratado de aproximar sin gran reflexión á las ciencias físicas las morales y ha tomado nueva significación la palabra biología. En todo se ha querido ver células, organismos, esqueletos, nervios, circulación de flúidos, edades y transformaciones análogas á las de los cuerpos. La comparación, la metáfora y la alegoría han sido entre todas las retóricas las figuras predilectas. Para el lector, para el observador superficiales es todo esto muy bello y sorprendente, como que parece que se ha encontrado así el oculto nudo entre las ciencias del espíritu y las de la materia; pero se ha olvidado, y he aquí el error, nacido de la preocupación, que para cada género de verdades y para cada clase de doctrinas hay especiales criterios.

La historia natural es un conjunto de descripciones de seres, cuya naturaleza íntima siempre desconoceremos. La física es una ciencia de lo aparente; la química penetra más adentro en los seres; pero aun tratándose de esa misma naturaleza, todavía se queda en el vestíbulo. La astronomía sube más arriba; pero aún contempla los seres desde más lejos, pareciendo que el mismo esplendor de los astros y constelaciones nos deslumbra.

Las ciencias morales entran hasta el fondo de nuestro espíritu. Que no sabemos lo que es el espíritu, verdad; pero tampoco lo que es la materia. Sabemos en qué se distinguen y cómo obran y de qué manera se manifiestan y aun de qué suerte reaccionan entre sí, y he aquí toda nuestra ciencia.

Los primeros trabajos del hombre fueron sin duda consagrados al estudio de la naturaleza. El del espíritu es un producto de la reflexión, es decir, de una facultad del alma, que después de contemplar lo ambiente se contempla á sí misma. El estudio de las lenguas prueba esta verdad en las varias acepciones de las palabras; las más antiguas, sin género de duda, son las relativas á los seres físicos. El ánima fué antes el *ανεμος*, viento, como la misma reflexión era un movimiento del ser que piensa, un pliegue de la idea, una reacción de la idea sobre sí misma.

Lo eterno, *ætas-æternus*, era lo que duraba mucho, tanto que no podía percibirse ni concebirse su término. La imperfección de nuestra inteligencia nos explica esta prolongación de las acepciones; pero simultáneamente conocemos hasta dónde llega el humano pensamiento cuando, gracias á un medio muy natural, encontramos palabras para nombrar hasta lo que apenas concebíamos. Vivimos de convenciones respecto á las palabras, como respecto á las cosas y, sin embargo, es una gran verdad aquella frase del Salmista: «Poco menor que los ángeles hiciste ¡oh Dios! al hombre y coronaste de honor y gloria esta obra de tu omnipotencia».

Hemos hablado de dos mundos y de dos géneros de saber, los de la materia y los del espíritu. ¿En cuál de éstos radican las lenguas? En ambos tienen raíces y en ambos su asiento. La palabra procede de órganos materiales y no es material, como hay un cerebro que recibe la sensación, material también. Y, sin embargo, sentir es una propiedad del alma.

Con no ser ya material la palabra, por más que lo sean sus órganos, traduce algo espiritual igualmente, que es la idea. Suprimid la idea: quedará suprimida la palabra; el mundo estará habitado por sordomudos. ¿No tienen algo de grotesco y de caricatura los sonidos articulados á los que no

hemos unido significación alguna? Como que no son el verbo del hombre, sino de un puro mecanismo.

El sonido musical expresa algo y mucho, desligado de la palabra, porque podemos unir á él nuestro sentimiento; la palabra que nada significa no se dirige ni al sentimiento, porque no tiene los caracteres del sonido musical, y como no lleva el sello de nuestro pensamiento, carece de la facultad de despertar las ideas.

Ahora se comprende bien la misteriosa significación de la palabra *verbo*, que se ha elevado desde la gramática á las más altas cumbres de la teología y de la mística.

Ya se habían estudiado las lenguas en sus más minuciosos pormenores, y aún no se había completado la descripción de los órganos de la palabra misma. La palabra tiene fuerza creadora, tiene una hija, que es la escritura, otra maravilla, y aún continúa su descendencia, representada por el arte de la tipografía y demás instrumentos que puedan inventarse para hacer más sonora, más duradera esa manifestación del espíritu.

De suerte que por todas partes se halla éste compenetrado y envuelto por la materia, pareciendo que sale de ella, como el fuego del carbón; pero existiendo realmente con potencia propia, como quien es señor y todo lo domina.

He aquí por qué la ciencia de las lenguas no puede ser en todo comparada á las físicas. Más allá de lo aparente lo eterno, de lo contingente lo perpetuo, y tras de la materia el espíritu. Por eso pueden sorprendernos, pero no convencernos esas multiplicadas analogías entre lo físico y lo moral, que tanto se ponderan en nuestra época. Por eso algunos psicólogos observan que, además del espíritu y de la materia, hay que atender á la vida, *quid divinum* que mantiene ciertos elementos de todo punto contrarios y sin tal intermedio incompatibles.

Pero no se crea que por no considerar el estudio filológico entre los exclusivos de la materia ni entre los absolutamente pertenecientes al espíritu, quedamos privados del criterio de aquellas ciencias, en cuanto se preste á la observación y á la experiencia, y del racional que á las ciencias mo-

rales se aplica, disponemos de dos instrumentos de trabajo y de dos luces que pueden guiarnos en el camino.

Y pues el vivir es el mudar y el crecer y el aniquilarse, las lenguas, en las que se suceden estos fenómenos, viven. Esto lo dice la más superficial reflexión, esto lo confirma la más adelantada ciencia, y en vivas y muertas se clasifican las que en sus páginas registra la historia, á lo que podremos añadir que tal vez no existe una completamente viva ni una absolutamente muerta. Nada se pierde en la materia y menos aún en el espíritu. Y la corrupción y la producción están unidas por misteriosos vínculos, según ya se había reconocido en las escuelas.

Tal vez se alcanza á ver en los cielos brillo de astros que ya no existen. Pues he aquí un fenómeno parecido al que se observa respecto á lenguas que ya no existen. Como queda en los hijos algo de los padres, así ocurre en las lenguas habladas hoy respecto á las que han enmudecido.

Hay cuestiones, dentro de la general que tratamos, que no serán objeto de nuestro estudio. Ignoramos é ignoraremos el origen de la primera lengua; tan maravilloso es todo idioma, por imperfecto que parezca, que estaríamos inclinados á referir su origen á Dios; pero al mismo tiempo es tan natural el hablar, que no vemos por qué no haya de explicarse por causas segundas, dependientes, claro está, de la primera; tampoco hablaremos de la primera lengua, absolutamente desconocida, ni de la soñada universal; uno y otro punto están fuera del criterio de la razón, lo mismo que de los otros fundados en la observación y en la experiencia. Hay que aprovechar el tiempo y el trabajo y no trasladar á la filología cuestiones análogas á las célebres de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo.

II

Las lenguas viven, éste es un hecho. Para vivir es preciso nacer, éste es otro no menos comprobado por la razón y los sentidos. ¿Cómo nacen, las derivadas, no la primitiva? ¿Por

qué hemos renunciado á resolver el problema? La historia puede enseñarnos algo en ese punto. Sí, hemos visto nacer las lenguas derivadas, y nacerán otras después de nuestra muerte; nacen como todo lo que no ha creado directamente la primera causa de los elementos primitivos.

Nacen todas, mediante mezclas ó combinaciones, lo mismo que se forma todo ser compuesto; fácil es conocer el modo de la primera formación, y muy difícil el de la segunda. La lengua franca, los *argots*, muchas variantes de los dialectos que generaciones comprendidas en la historia han visto nacer, nos dan fe de las formaciones por mezclas.

Las formaciones por combinación dan más en qué pensar al filólogo y parecen todas participando de los caracteres de la lengua primitiva. Las soñadas lenguas universales se hallan organizadas por este procedimiento, que parece tan propio del trabajo de gabinete como extraño al de los pueblos.

Si las lenguas nacen, deben llevar consigo el germen que produzca otras; *faciens semen, secundum genus suum*; por eso, todas, cualesquiera que sean, debidas á la mezcla ó la combinación, son un producto ó una emanación de la primitiva. Nos vemos en las orillas de un río que, semejante al Nilo de las antiguas edades, vemos correr, sin que acertemos á dar con su origen.

Se han formado de las lenguas, como de los seres naturales, órdenes, clases, familias, géneros y especies. Pero lo mismo que en aquéllos faltan muchos elementos intermedios, vemos que en el mismo territorio y por la misma raza se hablan lenguas no solamente distintas, sino también hasta el momento presente irreductibles. Quien lo dude, quien no esté satisfecho en este particular con lo que los viajeros nos dicen, puede consultar la eruditísima obra de Pimentel acerca de las lenguas habladas en Méjico. Allí se ha perpetuado una lengua monosilábica junto á otras polisintéticas.

¿Habrán existido esos tipos intermedios, los eslabones que faltan en esa larga cadena? Darwin enseña que han existido en cuanto á los seres naturales; dudosa es la cuestión, pero sobre todo al tratarse de las lenguas; quizá algunos de esos tipos en historia natural se hallen bajo las formaciones geo-

lógicas, adelantando más la paleontología; en las lenguas hay que renunciar á descubrirlos, si no llegaron á fijarse por escrito. *Verba volant, scripta manent*; nada hay más cierto.

Bien ó mal se han formado árboles genealógicos de las lenguas, renunciando por supuesto al principio, que algún tiempo se juzgó indudable, de que la lengua seguía á la raza y ésta jamás abandonaba la lengua. Como hubo pueblos que perdieron el carácter de nacionalidad, no faltaron algunos que tomaron como suyas lenguas extranjeras.

Las europeas en América se transformarán, se han transformado ya, y perecerán las indígenas. El África Septentrional habló latín, pero en muchas palabras le corrigió la plana, y no pareciéndole bien que *os* significase en aquella lengua tanto semblante como hueso, formó otra, *ossum, i*, para expresar el segundo concepto.

Hoy se habla de una *patología lingüística*. Las palabras enferman, y envejecen antes de morir, y tampoco faltan amantes del arcaísmo, que tratan de sumergirlas en la fuente de la juventud y aplicar á labios ya secos un elixir de eterna vida. Los productos morbosos del lenguaje que procuran extirpar los escritores castizos, esquistanse á veces, por decirlo así, se injertan en el antiguo tronco y viven y prosperan.

El procedimiento para formar los árboles genealógicos aludidos no es otro que el llamado etimológico, del que tanto se han mofado los espíritus ligeros, y que tanto aman los verdaderos filólogos, por más que no juzguen artículos de fe todo cuanto se consiga por el mismo. En último resultado, no hay otro que consiga llevarnos del efecto á la causa, del consiguiente al antecedente.

Las lenguas crecen ó se estacionan, según se cultivan más ó menos las inteligencias. Algunas en la numeración no han podido pasar de ciertas cifras; las de los pueblos más adelantados ofrecen anomalías inexplicables y verdaderos defectos, que por cierto no les impiden tener matemáticos eminentes. La manera habitual de ejercitarse el pensamiento en determinados pueblos hace que prefieran la voz pasiva, mientras otros apenas usan más que la activa; unos pulen su idioma y del tallo primitivo sacan frondosísimas ramas; otros

quieren que su palabra presente la mayor sencillez, para que sea en lo posible exactísima expresión del pensamiento. Hay quien, á la manera de los griegos, prefiere la sonoridad, el *os rotundum*, al paso que otros hacen muy poco caso de la sonoridad en la fonética.

Así crecen las lenguas y así cada cual domina más ó menos porción de la suya, conforme ensancha su esfera de acción y coloca más lejos cada vez los límites de su estudio y de su pensamiento.

El purismo tiene una importancia puramente literaria y aun algo de convencional que suelen desmentir todos los pueblos. Como en la vida existen series de años en que nos parece no diferir del anterior el individuo observado, así ocurre durante siglos en algunas lenguas. Otras veces el crecimiento es rápido; poco tardó el latín de Lucrecio en transformarse en el de Virgilio y el castellano en expresarse como *Las Partidas* y las coplas de Jorge Manrique. También es convencional esa época llamada siglo de oro en las lenguas. Nuevas ideas, palabras nuevas. Zacarías está mudo junto al ara, ofreciendo incienso como la antigua religión prescribía, y aparece el precursor de la nueva y se suelta la lengua del sacerdote israelita y prorrumpan sus labios sellados en un himno de regeneración y de vida. Mas por una tendencia atávica, las palabras que responden á ideas nuevas y nuevos conocimientos son sacadas de lenguas muertas, porque las forman los sabios, que de otra manera serían, y sin duda más expresivas, si las hubiese inventado el pueblo.

Los griegos no hablaban á distancia por medio del teléfono, ni conservaban sus retratos en fotografía, ni curaban mediante la electricidad á sus enfermos. Y esas palabras que no corresponden á conocimientos de los griegos, suelen no formarse conforme á las reglas de su gramática, y proceden los sabios, como si no supiesen bastante, á esas formaciones de gabinete.

Pronto crecen las lenguas en ciertas condiciones, pero pronto igualmente degeneran. El vértice esta entre dos lados opuestos. Cuando se llega á la cúspide en la perfección, inmediatamente se pronuncia el descenso en esa *montaña rusa*

por la que se deslizan las lenguas. No contiene ese descenso ninguna corporación privilegiada, ninguna Academia; antes bien ésta suele contaminarse con el ejemplo que en todas partes ven y por donde quiera las rodea. Hortensio, Félix Paravicino y Góngora ¿quién lo duda? hubieran sido, si en su tiempo se conociesen, académicos de la lengua. Y antes y después del establecimiento de esas corporaciones, se ven esparcidos por las *Antologías* nombres de grandes maestros del idioma, que no han sido académicos: algunos han sido borrados de sus catálogos por motivos que de literarios nada tenían. Y en los pueblos que de esas corporaciones carecen, hay también siglos de oro de la literatura, y no se corrompe más la lengua literaria ni la del pueblo.

No conserva las lenguas la mera autoridad literaria, por grande que sea. ¿Las conservará mejor el uso? ¿Y qué es el uso, quién tiene esa autoridad que no basta á dar el privilegio á las más autorizadas corporaciones? ¿Será cierto que de cualquier modo que el hombre quiera expresarse, se expresa bien? ¿Habrá para la gramática una ley parecida á la que rigió para la validez de los contratos, según la célebre prescripción, tan española, del Ordenamiento?

La variabilidad de las lenguas se ha consagrado hasta por los clásicos. De Horacio acá las palabras caen durante los otoños de la literatura, como las hojas de los bosques. Y si sus inmortales versos no mereciesen esculpirse en letras de oro, esculpido los habría la experiencia y la historia de todos los pueblos.

Los pueblos pueden hacer en esto lo que gusten; otra clase de poderes no, como no pudo un emperador romano añadir ni quitar letras en el alfabeto.

La lengua vieja ya ha de presentar arrugas como el semblante, y no faltan autores que la aplican artificiosos cosméticos. Góngora tiene parentesco espiritual con Churriguera. Pero la máscara se rompe y la lengua en lo que tiene de nacional permanece y vive. Vive en el hogar cuando se la proscriben de la plaza, y por ella viven todavía las naciones, cuando políticamente han perdido su independencia y soberanía; pudiendo decir de ellas el que las oye: *Loquela tua manifes-*

tum te facit. De ahí el renacimiento de los idiomas, que aparece en los pueblos, casi siempre, inspirado por razones políticas. El esclavo se pliega al habla extranjera; el hombre libre no admite las voces de mando que no escuchó á su madre, que salen del ergástulo y no del hogar; el pueblo que gime bajo los sauces de Babilonia, no acierta á cantar más que los himnos del templo de Jerusalén. *¿Quomodo cantabimus cantica nostra in terra aliena?*

Y he aquí la lengua que vuelve á presentárenos como una manifestación del espíritu. La ley del extranjero mandará que calle; la palabra nacional se empeña en vivir y vive. La hora de su fin no la marcan los hombres, sino la Providencia. Nadie muere hasta que Dios quiere. Maximiliano aprendió el español, no pudo introducir en Méjico el alemán, y aquel conocimiento le sirvió para comprender bien, cuando se la leyeron sus vencedores, la sentencia de muerte.

Equivocado estaría quien creyese que las lenguas no tienen otra importancia que la literaria. Cuando los atenienses con Nicias y Alcibiades emprendieron la funesta expedición á Sicilia, ¿quién mitigó sus penas más que el recuerdo de su lengua natal y de las inmortales producciones de los poetas?

No perece la nacionalidad mientras la lengua no muera, y ella sola, esa lengua común que se extiende por continentes y razas, forma, después de la comunidad de religión, la unidad mayor y más comprensiva, que se interpone entre la nación limitada y la humanidad, de la que todos hablamos y á la que se oponen, hoy poco más ó menos que en pasados siglos, todos los intereses egoístas.

De ese vínculo del idioma procede la extrañeza con que se miran unos á otros los pueblos. Bárbaro era el que no hablaba griego ni latín, y dada esa circunstancia, faltaba ya poco para que de extraño se convirtiese en enemigo.

Mejor que nadie ha comprendido la Iglesia esa importancia de la lengua común. La separación del centro de jurisdicción espiritual ha multiplicado las lenguas litúrgicas y el cisma y la herejía han formado de cada lengua nacional una lengua litúrgica, de la misma suerte que han hecho de cada poder temporal y nacional el supremo poder religioso,

y de las llanuras de Sennaar se ha trasladado la no concluída torre de Babel á todos los países de Europa y América. La plegaria común en la lengua común, *labii unius et sermonum eorundem*; la individual en la lengua de cada uno, porque Dios todas las entiende y la Iglesia ha autorizado otras lenguas en la misma liturgia, cuando lo ha creído conveniente, porque lo principal debe ceder á lo general y porque los Apóstoles, teniendo y enseñando la misma fe, hablaban todas las lenguas.

El uso, que puede servir para conservar á una lengua lo castizo, perpetúa igualmente lo imperfecto. El uso ha sido causa de las multiplicadas excepciones gramaticales que nos explicamos bastante mejor que la uniformidad de las reglas. Cuando los niños y los que comienzan á usar una lengua determinada hacen regulares los verbos todos, obran sin duda como el pueblo que los formó en sus primitivos períodos. El uso hace que la viciosísima ortografía de las más no tenga actualmente fácil remedio. Los Laliós, los Poliones, los Ménage y los Nicasio Gallego han sido siempre muy raros en todas las épocas y literaturas.

La inamovilidad, la invariabilidad, la sujeción á cánones que no se pueden infringir, no constituye el adelanto, ni por consiguiente contribuye á la perfección de las lenguas. Usaban los antiguos pocos colores: ¿qué hubiera sido de la pintura si no hubiesen dispuesto de mayor número los modernos artistas? Á las construcciones uniformes, monótonas, demasiado regulares ó indefinidamente caprichosas de otro tiempo, suceden otras que halagan más en el oído y siguen mejor con la palabra las direcciones de la inteligencia. Quejábese Cicerón de que faltaba á su lengua en muchos casos la precisión de la griega, de que no tenía vocablos para la explicación y desarrollo de la filosofía, y acudía al *το καλον* para expresar mejor lo que en la vaguedad del *pulchrum* no le satisfacía. Véase para comprender bien tal observación diferentes pasajes de sus tratados filosóficos y el *De officiis*.

No tenemos por inconveniente introducir cuando sea preciso palabras que no disuenen de las genuinas ni de la lengua madre, ni dar flexibilidad á los idiomas con la cultura

literaria, por ejemplo, trabajando en la formación de las palabras compuestas. La impresión que en nuestra inteligencia y sentimiento produce una palabra sabiamente formada con otras dos es algo más que la producida por la suma de ideas representada por la simple; lo hemos observado en el griego, en el alemán y en cuantos idiomas se distinguen por esta feliz propiedad, casi por completo negada al nuestro, acaso porque nuestros escritores no lo han querido.

Pronto se hace popular una palabra de formación erudita ó una extranjera, como sea realmente necesaria. Hoy usa el pueblo, creyendo quizá que son contemporáneas del Cid, algunas que no gozan en nuestra lengua de mayor antigüedad que la del siglo XVII, observación que consta en algunos autores incluídos en la Biblioteca de Rivadeneyra. Hubo tentativas desgraciadas, como la de Juan de Mena y Cienfuegos; ambos se propusieron dotar al castellano de prendas que no adquirió ó no ha conservado; pero hay otras innovaciones que prosperan. Las palabras, como los hombres, se distinguen, entre otras cosas, por la suerte.

Como no se ha estudiado bien la historia paralela de los idiomas procedentes de la misma raíz, corremos el riesgo de tener por neologismos ó extranjerismos palabras y construcciones que no lo son y únicamente conservan el *aire de familia*, ignoramos ó hemos olvidado ese origen común, y de aquí, prescindiendo de las analogías históricas, el alto relieve que toman á nuestra vista las diferencias.

Cuantos han querido fijar un idioma, aun en la parte literaria, en que esto sería más fácil, han perdido el trabajo y el tiempo, como aquél de quien nos habla Marcial en un epigrama, que se afeitaba para tener liso el rostro, y mientras se practicaba la tonsura, le crecía la barba de nuevo. *Altera barba subit*, que decía el poeta.

Como hay diferentes maneras de escribir bien una misma lengua en una época misma, las hay también en siglos diferentes; quien hablase hoy ó escribiese como algunos de nuestros clásicos, no se haría comprender bien, y al oírle dirían las gentes: ¿De dónde ha salido?

Pero esto no es decir que sistemáticamente se infrinjan los

cánones gramaticales ni en la conversación ni en los escritos; que las palabras, como las monedas, han de tener peso y cuño determinados y aun señalada y reducida también la cantidad de la liga. De otra manera, no compran en el mercado social y literario lo que se proponen comprar, esto es, no logran ser comprendidas.

Los que huyen por sistema las construcciones populares y los refranes mismos, se privan de muchos felices y nuevos recursos para la expresión. En muchas literaturas han sido no los autores adocenados, sino los grandes maestros, los que más han usado de aquel tesoro, y sabido es que uno de los caracteres que á Cervantes y á Quevedo distinguen es lo frecuente y acertado de su empleo.

Si nuestros conocimientos se extendiesen á más que á la expresión de generalidades, nos atreveríamos á indicar algunos rasgos que comprueban en las lenguas haber llegado á la madurez de la edad ó haber entrado en la decadencia. El latín, abusando de las metáforas, extremando el lenguaje de la cortesía, cuando estaba destinado á ser lengua de mando, demostraba su vejez, como las lenguas latinas la acreditan, alejándose más y más de su primitiva fuente. La hora de su desaparición es tan incierta, como en los hombres la terminación de la vida; de repente no pueden morir, ni tampoco á mano airada; pero, como todo lo humano muere y, alguna vez, de la corrupción de sus mismos elementos.

Dijimos antes que acaso no hay una completamente viva y necesitamos explicar este concepto. En lo que han perdido, en lo que dejan tras de sí como antiguo y desechado, han tenido ya un principio de disolución y de muerte. Por eso hay arcaísmos que no pueden prosperar y construcciones que no se ocurren ya ni aun á los más amantes de lo pasado, ni á los más eruditos. La resurrección de esas formas se llama afectación y pedantería y no conservación del antiguo patrimonio de nuestros abuelos. Á subasta podrán salir, mas no haya cuidado de que encuentren postores.

Á su vez no hay lengua que muera por completo. La que no tiene descendencia, deja recuerdos en nombres de lugares cuando menos; muchos datos filológicos se hallan ocul-

tos en la geografía y habrá que escudriñarlos en ella, formas antiguas cuya aparición no se explica en otros idiomas, y que no han podido salir de la tierra ni descender del cielo. Rasgos y figuras como los conservados en los ladrillos de Babilonia, y que no son caprichos, sino letras, versos incomprensibles cartagineses, perdidos allá en escenas de una comedia latina, voces de otra edad depositadas en vasos etruscos: he ahí los versos de las antiguas *formaciones y estratos* de la filología.

Alguna vez, una y otra clase de esos restos quedan para el estudio de las posteriores generaciones; los versos cartagineses del *Pœnulus* de Plauto y el dialecto hoy usado en Malta, son una prueba de lo que decimos. Casi siempre insuficientes para reconstruir el idioma que pereció y se hundió en las profundidades de la historia. *Nescit vox missa reverti*. Los descubrimientos de Champollion y de Oppert ofrecen pocos ejemplos, presentan pocas imitaciones como los más sorprendentes en la jurisdicción de las ciencias físicas.

III

Otra serie de estudios sobre la vida de las lenguas tendría por objeto su propagación y extensión por el espacio y sería no menos interesante que la de su prolongación en el tiempo. El latín no se conserva más que como planta de estufa; el griego y el árabe se han hecho mas sencillos para responder á otra civilización y diferentes necesidades y voces, todavía. La propagación por el espacio no corresponde al mérito y perfección del organismo gramatical, tiene algún fundamento en el valor de la literatura, que se sirven de ese ropaje; pero sobre todo dependen de la fortuna que depare la historia á cada pueblo. Quien usa una lengua encerrada en corto é insignificante país adolece, por decirlo así, de un pecado original, que perjudicará mucho al conocimiento de sus escritos, y esta misma circunstancia le desalentará para escribir y le quitará confianza en sus destinos.

Si no ha sucedido esto con algunas lenguas y literaturas;

si la pequeña Grecia ha dejado una huella inmortal, de hoy en adelante no ocurrirá otro tanto. ¿Quién sabe si por haber menos que estudiar en épocas anteriores, se ha dedicado la atención, que sabemos todos, al latín y al griego? La fiebre del Renacimiento produjo esta consecuencia; antes de ella hubo tiempos en que fué preciso acentuar las palabras latinas para que se pudieran leer, y tiempos en que, según recuerda Mr. Hallam en su *Historia literaria de la Edad Media*, se decía de los manuscritos: Están en griego: ¿quién habrá que los lea?

Una circunstancia completamente extraña á la filología, considerada en sí misma, el descubrimiento de la imprenta, ha transformado la suerte de los humanos conocimientos. Pero la escritura antigua, aunque no produjese tantas copias, bastantes daba de sí y perecieron esos códices, y hoy mismo, á los cuatro siglos de conocido y usado el invento de Gutenberg, se habla de ediciones *agotadas* que nadie cuida de reproducir y de libros que se han perdido. *Habent sua fata libelli.*

El descubrimiento y estudio de las lenguas antiguas y muertas, que de cierto modo se han vuelto á la vida, principalmente se ha debido y se deberá, si se repite, á la comparación con otras que con ellas tengan cierto parentesco. Recuérdese el famoso acontecimiento de la piedra de Rosseta y las investigaciones de Lanzi sobre el antiguo etrusco. Sin este medio, en asunto en que no tiene cabida la imaginación, nada se hubiera conseguido.

Modificaciones y formas diferentes de las lenguas son los dialectos. Dialecto quiere decir *elección*, y significa tanto como lo que se hace entre los varios modos de expresar la misma idea, hecha por la gente de una región determinada y hasta del mismo género de vida. Los tecnicismos científicos y profesionales, en lo que tienen de común con el habla general, vienen á ser como dialectos. Existe influencia mutua de la lengua en los dialectos y de éstos sobre aquélla; pero muchos no llegan á fijarse por escrito, son poco importantes después de haberse fijado la lengua común, y están destinados á perecer cuantos no reciben la consagración de una es-

pecial literatura. Las lenguas griega é italiana han sabido aprovecharse de esos afluentes del gran río del lenguaje, y en esto han llevado grandes ventajas á otras, que han desdeñado tan gran tesoro.

Esos préstamos se hacen al formarse una lengua; después son difíciles, así para el que presta como para el que recibe lo prestado. Por eso hay tan pocas palabras godas y árabes en el castellano; por eso también hemos tomado tan escaso número de las lenguas indígenas de América. Más palabras vamos tomando en el trato social de los pueblos europeos que tomamos de los americanos indios en cuatro siglos de vida común, á pesar de que necesariamente deberían producirse infinitas nuevas ideas con la vista de un nuevo mundo y de diversas civilización y naturaleza.

Por dos razones debemos estimar los dialectos, porque son como peldaños en la escala del idioma, tesoro de etimologías y representación de los elementos regionales, y porque siempre constituyen la *reserva* del idioma, y en el batallar de la vida como fuerzas de refresco. Más vale traer á la lengua común algo de los dialectos que mucho de las extranjeras; no hay que mirarlos con independencia, sino con amor, porque según ellos pensaron y hablaron muchos de nuestros conciudadanos que nos precedieron. No existen para formar bandos contrarios, sino para apretar cada vez más los vínculos entre los que viven sujetos á una misma ley política; si bien es preciso confesar que hasta ahora, más que como prenda de conciliación, han servido de enseña de guerra. Hay verdaderas provincias filológicas, de la misma suerte que las hay administrativas.

Séanos permitido citar un recuerdo íntimo de familia. Hemos escrito, y bastante, contra el catalanismo; pero no podemos disimular que no ha mucho tiempo nos causó gran impresión favorable leer una esquila funeraria escrita en catalán, porque la familia, expresando sus más caros sentimientos, es natural que lo mismo que habla escriba. La lengua oficial es producto de la fuerza ó de una disposición legal, mientras el uso de los dialectos es un producto directo de la naturaleza.

Es imposible que una lengua no se altere, comprendiendo mayor número de territorios; si con eso mejora ó no, es cuestión reservada al juicio de los *Puristas*. Mucho se ha escrito sobre la lengua castellana en la Península; pero difícilmente presentaremos escritores peninsulares que puedan competir en este punto con los americanos Bello, Baralt, Calandrelli y Cuervo. Americanos han pagado su tributo en los estudios filológicos, y el tributo ha sido digno de América. Si la generalidad de aquellos pueblos habla mal nuestro idioma, tampoco se habla mejor por el vulgo de la Península.

La declaración de una lengua como oficial no contribuye á perfeccionarla; el lenguaje oficial es más incorrecto que el técnico. El carácter de nacional por excelencia se deriva de la cultura literaria en aquella región que se sobrepone á las demás y de la bien cuidada educación que se da á las generaciones venideras.

Hoy se quiere extender el conocimiento de las lenguas para extender el comercio, y se hace bien, porque los intereses morales toman el mismo camino de los materiales. Nosotros hemos llevado por todas partes, al Oriente y al Occidente del globo, la lengua castellana, pero no siguiendo un plan de expansión, sino porque en alguna habíamos de hablar ante los americanos y filipinos y á estos últimos apenas se la enseñábamos en los últimos períodos de nuestra dominación en las islas. En eso pecamos; pero no dejaremos de llevar la penitencia.

En todas partes se observa mayor cariño á la lengua nacional; la idea de otra universal parece que ha pasado á la historia, donde se conservará como sombra de otra sombra y como utopía únicamente propia para vivir en el país de los recuerdos.

¿Cómo perecen las lenguas? Por lo que dejamos dicho, pudiera contestarse que es imposible fijar el día ni la hora. Claro es que sobre esto no podemos profetizar; pero tampoco sabemos mejor lo que en el pasado se oculta. De una lengua sabemos más que de otras: de la del pueblo latino. Asistimos á su agonía, cuyos síntomas pudimos recoger en inscripciones mal esculpidas, ya en las sagradas catacumbas, ya en los

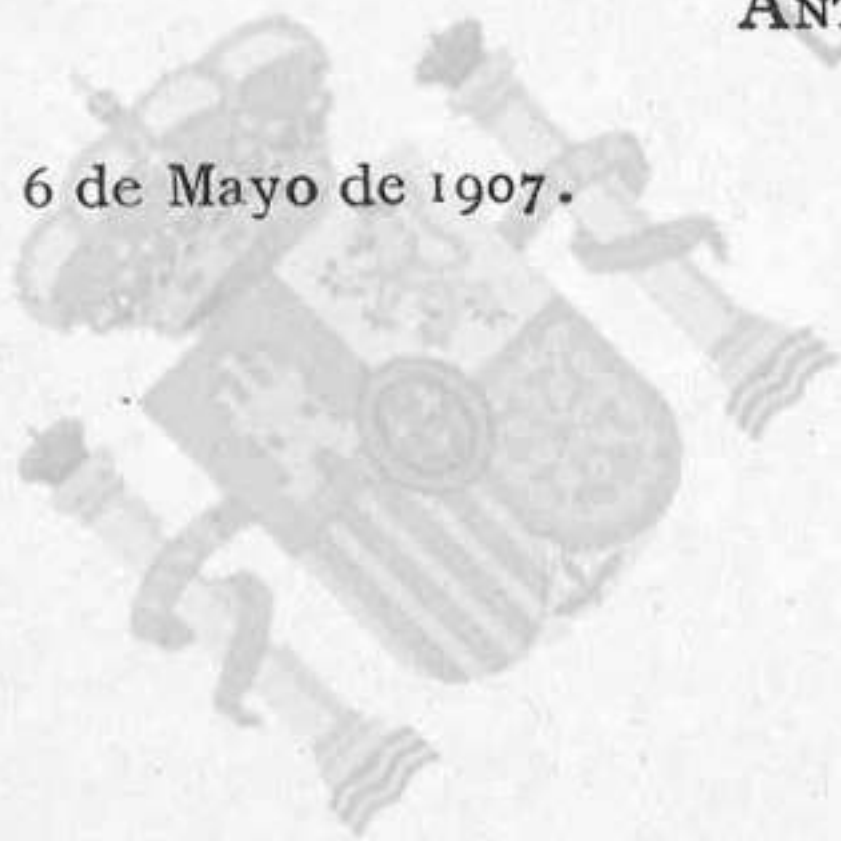
gloriosos arcos de triunfo, ya en las monedas, cuando no en las leyes de los bárbaros y en los himnos litúrgicos y en los cantos del pueblo. Pero imposible nos sería decir cuándo ni dónde dió las últimas boqueadas, por más que hayamos conseguido encontrar ciertas leyes de derivación, mediante las cuales se hicieron de los nuevos romances las vetustas palabras latinas.

Otro tanto pudiéramos decir de toda lengua derivada respecto á las que le dieron origen.

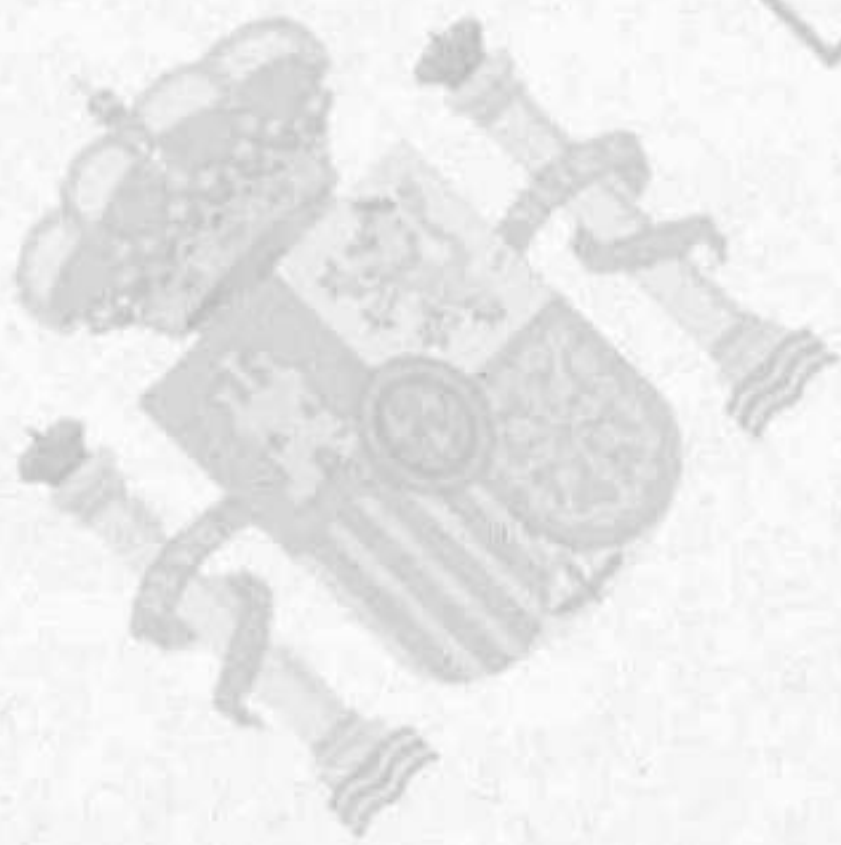
Las palabras que de las antiguas lenguas sobreviven son como las hojas que caen de los árboles y sirven de abono á la tierra laborable para producciones nuevas; son lo pasado que crea lo presente; navegamos todos en una corriente, ya precipitada, ya lenta, en la que nos sumergimos al fin, pero dejando siempre una parte de nosotros mismos. Nada se crea después del primer día y nada perecerá completamente antes del último, ni en el mundo de la materia, ni en el mundo del espíritu.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

6 de Mayo de 1907.



MINISTERIO
DE CULTURA



HACIA LA CULTURA EUROPEA

II

En las épocas de gran decaimiento moral, como la que atraviesa hoy España, es fenómeno ya previsto por todos que se afloje, si no se rompe, el lazo que une las diversas energías sociales, produciendo síntomas de mal entendida independencia. La rebelión lo mismo apunta en determinados grupos desde el punto de vista social y político, como en el pensamiento desde el punto de vista filosófico. Todos abominan de los poderes directores, como si fueran más culpables que la colectividad entera. Todos reniegan de lo que se es y buscan lo que se debe ser, trazando toda clase de trayectorias para el porvenir. Entonces es cuando surgen precipitadas estas preguntas: ¿Qué hemos sido nosotros? ¿Qué somos? ¿Qué debemos ser? Y sea por cansancio, ó por daltonismo, ó por tendencia atávica inconsciente, no falta quien se levante para sostener que es preciso afirmar los instintos y los caracteres de nuestra raza, si queremos encontrar la savia regeneradora que nos salve. Y para el señor Unamuno esa raza nuestra fué y debe ser triste, mística, apegada al dolor espiritual ó al dolor de ser consciente, práctica, refractaria á la investigación científica, violenta en sus pasiones, como el gran Obispo de Hipona; en una palabra, africana, muy africana. Así somos, hemos sido y debemos ser. Todo lo demás es convertirse en lacayos de la cultura europea. Y para probar estas cosas profundas, estas grandes verdades, busca apoyo en largas citas del gran escritor portugués Oliveira Martins.

¡Ah! No, Sr. Unamuno. Lo que hay en cuanto usted dice, tanto en el primero como en el segundo artículo sobre la europeización (*España Moderna*, Diciembre de 1906 y Marzo

de 1907), no es más que una angustiosa desorientación. Cuando el espíritu se conturba ante los graves problemas del porvenir de todo un pueblo, no bastan siempre ni una gran rectitud ni un gran talento, como me complazco en reconocer en el Sr. Unamuno, para juzgar serenamente sobre los medios de conjurar el peligro. Y hasta se llega á maldecir la idealidad de nuestro tiempo, nuestras nuevas ansias y nuestro nuevo dolor. Se necesitan grandes esfuerzos para libertarse de los instintos de raza, como otros los necesitaron para libertarse de los instintos de tribu. Es un trabajo de gigante. ¡Razas! Para el cálculo diferencial no hay razas, para el arte no hay razas, para el verdadero derecho no hay razas, para la razón y el amor no hay razas, para la verdad no hay razas.

Empezamos á ver claro en este punto. Todo tiende á formar hombres. El arte, la literatura, la filosofía, la ciencia, van rompiendo esos atadidos bárbaros que aún llevamos como un estigma. Sin duda hay pueblos secos y reflexivos, como hay otros verbalistas y pomposos; pero ninguno carece de las cualidades que otro posee con más ó menos abundancia, porque dominándolo todo está el hombre moderno, civilizado, en el cual el sentimiento y la razón han adquirido un inmenso desarrollo. Enfermizo y triste es Werther, como enfermizo y triste es todo el teatro de Ibsen y el de Mæterlinck, y Hamlet y la Nueva Eloísa y la inspiración de Leopardi. Alegre es Falstaff y los sainetes de D. Ramón de la Cruz, *El médico á palos*, los cuentos de Bocaccio y la Celestina. El Sakuntala es de todos los tiempos, maravilla de delicadeza y espiritualidad, como las vírgenes de Boticelli. Y cada día se hace más íntima esta comunidad del sentir y del pensar dentro de la rica variedad de nuestra naturaleza. En esta dirección marchamos con paso seguro.

¡El genio francés racionalista, geométrico, cartesiano! ¿Dónde está la prueba? ¿Será quizás porque la filosofía de Descartes es racionalista y sus procedimientos son algo geométricos? Pero si Kant fué más racionalista y más geométrico, y, sin embargo, Alemania produjo á Eckart, á Taulcr, á Ruysbrock y á muchos otros místicos de renombre, sin contar con

la muchedumbre de *amigos de Dios*, que pasaron como una epidemia sobre el pueblo pensador. ¿Y quién puede olvidar á Nietzsche, el demoledor de todo racionalismo y de toda geometría? Ahora bien, ¿era geométrico el genio de Maine de Biran, de Lamennais, de Pascal, de Fenelon, de Lamartine, de Víctor Hugo, de Musset y de Baudelaire? ¿Se atreverá alguien á medir así á Mirabeau, á Danton y á Robespierre? ¿En qué fueron geométricos y racionalistas los genios de Juana de Arco, de San Luis y de Napoleón? ¿Lo fué el de Juan Gerson, á quien también se ha atribuído la *Imitación de Cristo*? ¿Geométrico el genio del pueblo de la Revolución y de la Commune! No, no hay pueblo alguno que haya dado más pasos y más rápidos hacia el porvenir. Ninguno sintió de modo más intenso el dolor de ser consciente ante la afirmación de un gran destino. Su sangre está impregnada de idealidad y su ideal es cada día más puro, más perfecto, más conforme, no al orgullo, sino á la verdadera dignidad humana.

No, *à quoi bon* no es la fórmula suprema ni de Francia ni de ningún país moderno civilizado. Ese materialismo degradante no ha sido jamás norma de vida. Ni siquiera se le ve solo en la filosofía popular, que es donde germina y crece; y toda la filosofía popular es la misma siempre. Á su lado laten los sentimientos y las ideas, eternas directoras de nuestro destino. Tampoco ha arraigado nunca el escepticismo en ningún pueblo de la tierra, porque la vida es una afirmación implacable. Es sólo una fase enfermiza de algunas inteligencias superiores, caídas en él por desfallecimientos de innegable grandeza. Es un germen que sólo se desarrolla en los creadores de sistemas filosóficos, es decir, entre espectadores reflexivos; pero no germina en los que han puesto sus manos sobre el misterio de la realidad, en los que han calmado algún gran dolor. Hume, Schopenhauer, Hartman fueron filósofos, es decir, disertantes. Y como disertantes fueron escépticos Sánchez y Montaigne. El trabajo lleva, cuando menos, á la esperanza; el verbalismo lleva siempre á los delirios y á las equivocaciones. Descubrir el radio, ó los centrosomas, ó una nueva ley, es hacer afirmación de vida. Darse á sí propio para el bien de los demás, es hacer afirmación de vida.

Y precisamente Francia es la que se ha sentido siempre más llena de esta agua viva de idealidad y de porvenir, á pesar de los cuatro versos de Leconte de Lisle, eterna pregunta de poeta ante el eterno misterio del después, y á pesar de Anatole France y de Bourget y de cuanto se quiera.

«El dolor ó la nada», dice el Sr. Unamuno, como si nos hubiera revelado un gran secreto espiritual; pero luego, al explicarlo, resulta poca cosa, á saber: que prefiere una vida de angustia á la paz de la tumba sin ensueños, aunque todavía está por averiguar si hay alguna paz de la tumba con ensueños.

Y explica más aún diciendo que no se trata del dolor físico, sino del dolor de ser consciente. Deseo es éste, en verdad, que es el de todo el mundo y tan viejo como el hombre, porque si nos arrancamos la emoción penosa que nos causan la duda, la juventud perdida, la razón ultrajada, la angustia ajena, la aspiración no realizada, el problema no resuelto, la flaqueza, la terquedad, y el espacio y los mundos y la existencia misma, secaríamos de un golpe la fuente de la vida para convertirnos en trozo de granito. ¿Y qué pueblo ha pretendido nunca suprimir ese dolor? ¿Hay alguna ciencia, alguna cultura europea ó no europea que tenga eso en su programa? ¿No sabe todo el mundo que la raíz de toda vida está en esa emotividad redentora? ¿Qué es la *joie de vivre* sino la afirmación de ese latido angustioso que es como un abrir de ojos á la luz? ¿Y para sólo esto se nos ha de venir á decir que hemos de ser africanos? ¡Ah, ese afán de palabras!

* * *

Y hablemos ahora de una cuestión algo más importante. Afirma el Sr. Unamuno que el genio español es en su fondo refractario á la investigación científica, añadiendo que esto debe confesarse sin rubor. Como cada uno puede hacer de su capa un sayo, el Sr. Unamuno puede suprimir si quiere el rubor que le pertenece; pero por lo que hace al nuestro siempre asomará al rostro cuando se nos diga que somos ineptos para descubrir toda verdad, con lo que se nos viene á decir

sin rodeos que no somos más que un remedo de hombres, completamente inútiles sobre la tierra. Sin investigación científica no hay verdad de ninguna clase, ni de orden moral ni de orden físico. El derecho, la política, la economía, la ética, la historia, hasta las matemáticas, exigen esa investigación tenaz, tan ruda como luminosa. ¿Qué clase de vida será, pues, la nuestra? ¿Producir tristes? ¿Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, Torquemada, Pedro Arbués? ¿Alucinación, terquedad, tinieblas? Si no es esto, ¿qué es? Concrete algo el Sr. Unamuno, y luego hablaremos.

¿Somos aptos ó ineptos para la investigación científica? Sin vacilar contestamos que somos aptos, sin determinar por ahora en qué grado lo somos. Lo primero que deberíamos hacer es ver hasta qué punto demostraron las inteligencias españolas que eran aptas para ese trabajo investigador, fuente de toda verdad. Sería inútil hacer declamaciones y citar nombres tomados de *La ciencia española*, de Menéndez Pelayo, ó de otro libro semejante. ¿Pero hemos de volver á la vieja disputa de los hispanófobos y de los hispanófilos? Yo lo que sé es que he sentido viva emoción al oír á Hamilton llamar *pensador profundo* á uno de nuestros filósofos, y la misma viva emoción he vuelto á sentir al leer en Schopenhauer que Baltasar Gracián era su autor favorito, y luego en Hofer ó Montucla y en Humboldt y en Muller ver citados como grandes talentos hombres nuestros. Sí, talentos superiores fueron Azara, y Hervás y Panduro, y Orfila y tantos otros que merecen algo más que nuestra indiferencia ó nuestro estúpido desprecio. Verdad es que la investigación de laboratorio ha dado muy pocas celebridades entre nosotros, preciso es confesarlo; mas de aquí no hemos de deducir que los hombres de España son incapaces de esta clase de investigación. Pruebas tenemos de ello, en nuestra época sobre todo. Inútil citar nombres que andan en boca de toda persona culta.

No es la incapacidad la causa de nuestro atraso, es el quietismo, la equivocada orientación de nuestras energías, lo que aún nos queda de aquella locura que despreció la vida

y se enamoró de la muerte; el verbalismo que aniquila la acción, la falta de decisión firme que sólo supimos expresar en las cosas de guerra y de religión, y, sobre todo, la falta de ideal cuando ya no peleamos ni creímos. ¿Y qué ideal íbamos á tener, cuando jamás pensamos que existiera otro que no fuera el de la guerra y el de la fe?

Y así como no creemos que el español sea inepto por ineptitud cerebral para la investigación científica, tampoco creemos que sea refractario á esa investigación porque se diga de él que es, ante todo, práctico, práctico hasta en sus mayores extravíos, y de la ciencia que es cosa del todo impersonal. Esto es una pura abstracción. El pueblo que ha tenido grandes delirios y grandes extravíos no es ni ha sido nunca exclusivamente práctico. Afirmar otra cosa es desnaturalizar el sentido de la palabra. Los ideales, buenos ó malos, no permanecen mucho tiempo en la región de las ideas. Su tendencia es encarnarse en la realidad, y con ella luchan á brazo partido hasta triunfar ó morir. Todo pueblo tiene épocas y situaciones favorables á determinado ideal por causas que no escapan al sociólogo moderno. Pero estas situaciones no quieren decir caracteres permanentes de raza, como se suele afirmar con ligereza, sino aspectos de las energías morales é intelectuales que predominan sobre las demás durante cierto tiempo, como lo confirman la literatura, el arte, la filosofía. La tonalidad característica de cada pueblo sólo se manifiesta en la manera de expresar y orientar esos aspectos, que no son creaciones suyas, sino imposiciones de energías dominantes en un momento dado. Los españoles no son, por consiguiente, ni místicos, ni románticos, ni realistas, ni escépticos, ni idealistas, ni prácticos. En la complejidad de su espíritu hay de todo esto, como lo hay en el espíritu de todos los demás pueblos. Hoy no hay místicos ni románticos entre nosotros; hoy hay incredulidad y un cierto escepticismo que las circunstancias justifican.

Nuestro pueblo, la masa inculta, no ha tenido nunca más ideal que el que le han infiltrado en el alma los que han manejado siempre el arma terrible de las ideas. Fué fanático cuando quisieron que fuera fanático; vivió embrutecido por-

que le embrutecieron; soportó la Inquisición porque hasta sus reyes iban á realzar con su persona la pompa de los autos de fe; fué aventurero cuando todos eran aventureros. Tiene pasiones violentas porque es meridional. Unas veces fué resignado hasta la humillación; otras, rebelde hasta el heroísmo. Pensó poco y no investigó nunca. El poder sombrío había trazado la raya hasta donde se podía llegar. Por esto nuestros filósofos fueron armonistas y criticistas, pero no creadores. No son, pues, refractarios á nada grande, á nada noble, á nada desinteresado; son aptos para el trabajo, para todo trabajo y, por lo tanto, para la investigación científica. Lo que hay es que no se le ha llevado nunca por ese camino. Se le ha educado mal, se le ha instruído peor. Se ha envenenado su espíritu con creencias sectarias de una crueldad degradante. Otros sufrieron males idénticos, pero se salvaron: nosotros no. Hoy ya es otra cosa. El español actual es idealista y es práctico, trabaja como nunca trabajó, y no trabajó nunca ni con la dignidad ni con la altivez con que ahora trabaja. La verdad no le asusta, y busca en la ciencia la misma agua viva que busca el hombre en todos los países.

Es una equivocación decir que la ciencia es impersonal y contemplativa y que, como nosotros sentimos con demasiada fuerza, no podemos perdernos en esa obra impersonal. Esto daría á entender que los otros pueblos, aptos y muy aptos para la investigación científica, se sienten á sí mismos con escasa intensidad, cosa verdaderamente absurda. Los españoles pueden sentirse con todas las fuerzas que se quiera y al mismo tiempo producir hombres eminentes en los trabajos propios de la ciencia. Porque los verdaderos sabios también se sienten á sí mismos con fuerza poderosa, y aun añadido que con mucha más fuerza que todo vulgo, sea español ó bereber; y saben amar y sacrificarse y hasta morir por los más sublimes delirios del corazón humano. No se anulan, se afirman con la verdad, y su grandeza consiste en despojarse del hombre bárbaro de Cro-Magnon y de Canstad, en arrojar lejos de sí la cólera y la violencia del bruto, la pasión africana, el instinto de tribu, el odio de casta, cosas to-

das que aún tienen por sagradas los adoradores de los caracteres de raza y con ellas quieren conquistar á Europa, para africanizarla bien. Y no parece sino que el Sr. Unamuno se alegre de que el español sea refractario á la ciencia, á esa ciencia desdichada que no sabe haer nada sin demostrarlo, todo *ad probandum*. ¡Qué fastidio! No se encuentra en ella nada *irracional* que levante el espíritu y nos afirme con el dolor de ser conscientes. ¡Qué vacío inmenso! Huyamos de esa ciencia que no da más que la verdad gris y monótona, volvamos nuestros ojos al latir violento de nuestra condición africana, pongamos sobre el altar el *quia absurdum* salvador, santifiquemos nuestra sangre árabe, seamos otra vez místicos, lleguemos hasta el éxtasis abrazados á lo irracional, y nuestra será la salvación. Todo lo más que nos concede es un poquito de ciencia para no ahogarnos por completo en la fe.

¡Ah! ¡no! Antes que á la verdad hemos de renunciar todos á la raza. ¿Qué nos importa á nosotros la raza? ¿Qué hay de común entre nosotros y la afirmación de una personalidad tosca, violenta, irracional y africana? ¡Ignacio de Loyola! Otro muerto bien muerto. ¿Qué responderá si le preguntan qué hizo de su tiempo y de su vida! Sectarismo, mutilación, engaño. Ésa es la conquista. Sabían muy bien que las masas no pueden vivir sin fetiches, y con fetiches espirituales aniquilaron sus espíritus. No afirmaron la personalidad, la retorcieron, la agarrotaron. La creencia no fué el grito del yo verdadero, sino la violencia de un yo falsificado, irracional, bereber, el yo del salvaje que estrella á su hijo contra las rocas porque rompió una vasija. ¿Dónde está esa personalidad pura, grande y noble que es preciso defender á todo trance? No está seguramente en los instintos de la raza de Cro-Magnon, perpetuados en los autos de fe y en el índice de libros prohibidos. Esa personalidad, que vale más que el Universo, está únicamente en el yo modelado por lo que es eterno para el sentimiento, para la inteligencia y para la voluntad. El yo puro es una simple abstracción. En el fondo, no es más que una resultante. Por consiguiente, el yo que debemos afirmar es el que persigue los grandes ideales del

bien y de la verdad, sin distinción de razas ni de sectas; el que estrecha la mano al ateo cuando el ateo ama la verdad y el bien. Es el yo de Sócrates, de Aristóteles. El yo del que en un incendio salva á una criatura, el yo del que no cree y muere afirmando lo que no cree, el yo del que en su laboratorio muere envenenado buscando la verdad, el yo que sabe conformarse con la duda cuando no puede haber más que la duda, aunque por ello la angustia amargue su vida. Ése es el yo fuerte, digno de eternizarse. El otro, el del *credo quia absurdum*, es yo de sectario, cogido en la trampa de un sueño fetichista, dolmen espiritual levantado por hombres de tribus sedientos de venganza. Detrás de esa frase no hay más que aniquilamiento, quietismo mortal. El hombre de hoy sabe que hay misterios en el mundo, pero no inventa absurdos para luego decir: esto es un misterio, creed. No nos cruzamos de manos ante los enigmas; vamos á ellos con pie firme y los desciframos si podemos. En una palabra, afirmamos nuestro yo por la idealidad y por el trabajo, que eso es la cultura europea.

*
*
*

Para Oliveira Martins, «el misticismo español tuvo un carácter único, verdaderamente nuevo: fué naturalista, afirmó la voluntad humana. Lo que no pudo resolver la escolástica—sigue diciendo,—lo resolvió el español con su ardor belicoso, su ignorancia de las disputas escolásticas y su visión de Dios, solución paradójica que espanta á la escuela de los doctores y da nuevo aliento al catolicismo contra el misticismo clásico de la Reforma». Esto no es exacto. Aunque, en el fondo, la esencia de todo misticismo, ya sea alejandrino, alemán ó español, ortodoxo ó heterodoxo, es siempre la renuncia más completa de todo lo humano y terrenal, también es cosa averiguada que el misticismo cristiano, lo mismo en España que fuera de ella, afirmó constantemente la personalidad humana combatiendo por todos los medios la doctrina de la absorción por Dios. Y es evidente que al afirmar nuestra personalidad, afirmó del mismo modo nuestra volun-

tad. Ahí están para demostrarlo San Agustín, San Anselmo, Kempis, San Bernardo y San Buenaventura, que ciertamente no fueron españoles. ¿Qué otra cosa habían de hacer nuestros místicos ortodoxos? Sobre todo eran hombres de fe, de fe incondicional y absoluta. No se ve, pues, por ninguna parte ni el carácter único ni el carácter nuevo de la mística española. Tampoco ignoraban aquellos santos varones las disputas escolásticas sobre la gracia, la predestinación y la libertad. ¿Cómo había de ignorar esto Fr. Luis de Granada, siendo así que su filosofía era la de Santo Tomás? ¿Cómo podía ignorar esto San Juan de la Cruz, á quien llaman gran teólogo? ¿Cómo había de ignorar esto el neo-platónico Malon de Chaide?

Lo que si causará verdadera sorpresa al Sr. Unamuno es el siguiente párrafo de Menéndez Pelayo: « Este respeto á *la ciencia humana y al ejercicio de la razón* es una de las mayores glorias del misticismo castellano, que no temió declarar, por boca del más extático de sus intérpretes, que « más vale un pensamiento de un hombre que todo un mundo ». ¡La ciencia y la razón defendidas por el misticismo! ¡Todo *ad probandum!* Siéntase inquisidor el Sr. Unamuno.

Y como prueba de que, en el fondo, todo misticismo tiende á la anulación de la personalidad, de que niega y no afirma, he aquí cómo se expresa el mismo San Juan de la Cruz en la *Subida al monte Carmelo*: « ¡Oh, quién pudiera dar á entender, ejercitar y gustar lo que está encerrado en esta tan alta doctrina de *negarnos á nosotros mismos*, para que vieran los espirituales cuán diferente camino les conviene llevar del que muchos de ellos piensan! » Y ya Tauler, el místico alemán del siglo XIV, había dicho: « Para reconocer á Dios en su verdadero ser es preciso despojarse de las imágenes, de las nociones imperfectas, de las abstracciones, que convierten á Dios en un objeto exterior, fuera del espíritu; es preciso suprimir todos los nombres y elevarse por la *vía de la negación* al bien único, innominado, que es Dios. » Considerados aisladamente, hay muy poca diferencia entre uno y otro pensamiento. De esta tendencia á la más absoluta negación sólo podía salvar á algunos místicos la autoridad de la Iglesia; y

por esta razón venían después inevitablemente los distingos, las explicaciones y las componendas de toda clase. También conviene hacer constar que es una afirmación gratuita eso de que nuestro misticismo fué *práctico*. D. Vicente de la Fuente, en su *Historia eclesiástica de España*, dice lo siguiente: « Los escritores místicos de aquel tiempo (siglo XVI), en el exclusivismo por el claustro, son comparables á los poetas de la misma época, que sólo hallaban la felicidad en la vida del campo y en el pastoreo. Unos y otros parece que pretenden aislar al hombre completamente y llevarle á la vida especulativa, *sin tener en cuenta el contrapeso de la práctica*: todo á María y nada á Marta ». Me parece que hablan claro.

Una cosa no debe olvidarse, y es que España produjo á Miguel Molinos, el jefe de los quietistas. ¿Fué también esto cuestión de raza? De España salieron igualmente los *alumbra-dos*, y en época anterior al misticismo. ¿Fué también cosa de raza? El molinismo cundió por toda Europa. ¿Nos impusimos con él? ¿Afirmamos con él nuestro yo? Reconózcase de una vez para siempre que tales fenómenos son puros efectos de la intelectualidad, y estaremos en lo seguro.

Si el español trata de conquistar el mundo con la espada y con el Verbo Sagrado, como los almoravides vinieron desde las fronteras del Sahara á conquistar á Marruecos y á España, según dice Oliveira Martins en su *Historia de la civilización ibérica*, no fué por el carácter único y nuevo de su mística, por eso de afirmar la voluntad humana, con espanto de la escuela de los doctores, porque esa afirmación la habían hecho ya todos los místicos cristianos anteriores á los nuestros en todos los países católicos; fué única y exclusivamente porque luchó durante siete ú ocho siglos contra los árabes ó contra los bereberes conquistadores, y porque continuó luchando un par de siglos más en toda Europa, en África y en América. No había misticismo capaz de hacerle envainar la espada, levantada siempre contra el enemigo. Era época de pasión violenta. El yo concreto y bárbaro estaba ya afirmado: guerrear en todas partes. Compárese aquel espíritu belicoso con la indiferencia actual, y veremos á qué se reducen los tan decantados caracteres de raza. Más inclinados es-

tábamos á izar bandera blanca si llegaban los yanquis á nuestras costas, que á combatirlos como descendientes de los incansables guerreros de Viriato. El misticismo se amansó, se hizo armonista como Fox Morcillo. En una mano la visión de Dios y en otra la espada. Pura cuestión de mecánica espiritual.

Y después de todo, ¿qué raíces echó nunca el misticismo en ningún pueblo como norma de conducta para el porvenir? Sus flores tristes, apenas abiertas, caen para siempre marchitas. Fué uno de los infinitos aspectos de nuestro espíritu, rico en ansias, en dolores, en alegrías, en creencias, en delirios, en vigor y en idealidad. Nosotros no despreciamos ninguna de sus manifestaciones; las amamos y las veneramos porque son carne de nuestra carne, vida de nuestra vida. Tenemos para ellas el respeto que merece todo lo humano en su peregrinación sobre la tierra. Lo que no queremos es que se levanten cosas muertas, bien muertas, para erigirlas en modelos, en norma de nuestra conducta, en aspiración y en vida nueva. Eso no. Las grandes equivocaciones, caídas están como grandes equivocaciones. No conquistaremos el mundo ni con misticismo, ni con sistemas filosóficos, ni con fetiches, ni con misterios; lo conquistaremos con la verdad y el espíritu de verdad, como hombres, despojados de los instintos bárbaros de raza y de secta, sin miedo al porvenir, bien preparados para la muerte; para esa intrusa que interrumpe nuestro trabajo y nuestra lucha.

Las sutilezas filosóficas pasan, es verdad; pero también pasan las visiones interiores, hijas del delirio y de esa ingenua ignorancia que tanto enamora al Sr. Unamuno. No, no quiero la visión interior del yoguí bramán, ni la de los gnósticos, ni la del musulmán fatalista, ni siquiera la del místico español. Ninguna de esas visiones es para mí fuente de consuelo; todas son caídas, desfallecimientos, cobardías, cobardías, sí, no retiro la palabra. Soy hombre de mi tiempo. ¡Ah, cuán distinta es nuestra fuente de consuelo! ¡Cuán otra es nuestra visión interior! Porque ya es inútil decir que también nosotros tenemos una, y esa que tenemos sí que no pasa, vivirá cuanto viva el hombre, el porvenir le pertenece

todo entero. Nosotros también decimos ¡quién sabe! y nada de común tenemos con los adoradores de la tristeza y los enamorados de la muerte. Nosotros sentimos la *joie de vivre* hasta en sus más profundas raíces, y sabemos que la vida tiene angustias y tristezas, y las aceptamos con fruición si esas tristezas y esas angustias son compañeras de las grandes cosas de las almas grandes. Esos dolores, los nuestros, son también para nosotros fuente de consuelo. No los rechazamos. Son amigos, y ¡qué amigos! Nuestra visión interior no pasa, porque la verdad no pasa. Á ella nos abrazamos, no para salvarnos, sino para mejorarnos. La amamos aunque sea *ad probandum*. ¡Qué lástima!

Hay que grabar en bronce estas palabras del Sr. Unamuno: « La Inquisición es, hay que confesarlo, uno de los medios más adecuados para imponer la razón de la sinrazón ». ¡Y tan adecuados! Como que lo mismo hubiera servido para imponer la sinrazón de la razón, y la sinrazón de la sinrazón, y la razón de la razón. Ya puede buscar combinaciones raras el Sr. Unamuno, siempre le resultará la misma cuenta, y es que la Inquisición es uno de los medios más adecuados para imponerlo todo á todos. Quería afirmar su yo concreto, su naturalismo único y nuevo también. Es verdad que nuestros místicos querían la misma cosa—Oliveira Martins da fe de ello,—y ¿qué hizo la Inquisición? Nada: tener en sus calabozos durante cinco años al místico Fray Luis de León, perseguir al místico Fray Luis de Granada, á la gran mística Santa Teresa de Jesús, por herejía; al gran místico San Juan de la Cruz; al mismo San Ignacio de Loyola, preso en Salamanca; á San José de Calasanz, preso también en sus mazmorras; á Malon de Chaide, al Brocense, á Juan de Mariana. ¡Ya se ve que fué uno de los medios más adecuados! Lo que no se comprende bien es por qué se afirmó más y mejor el yo concreto del Santo Oficio que el yo concreto, naturalista y nuevo de los místicos españoles. Motivos hay para pensar que valía más el segundo que el primero, y la razón de la sinrazón más le corresponde á aquél que á éste. ¿Se siente todavía inquisidor el Sr. Unamuno? Porque entre los místicos también había muchos resignados, y en el fon-

do lo fueron todos. Lo único que faltó es que salieran de nuevo del Atlas los berberiscos y cayeran como el rayo sobre unos y otros para afirmar su yo concreto pasándolos todos á cuchillo. ¡Qué hermoso triunfo para los africanos!

¿Quiere saberse quién fué el que realmente afirmó el verdadero yo humano, la verdadera voluntad humana? El puñal que se hundió en el cuerpo de Pedro Arbués, inquisidor de Aragón. La humanidad pudo poco entonces, pero hizo lo que pudo. ¡Cuántos nombres debieran por piedad borrarse de la historia! ¡Ah, esa razón de la sinrazón qué terribles cosas ha hecho! ¡Qué caros cuestan esos delirios y esas visiones interiores á la pobre criatura humana! Hoy no debe haber más que piedad para esos grandes equivocados. Déjemoslos tranquilos en su tumba. Fueron víctima de una epidemia de terrible engaño que ajusta sus cuentas con sangre y con la mutilación de las almas. ¡Oh! no, que no vengan más Budas, ni más Zoroastros, ni más Mahomas, ni más Luteros. Demos el porvenir á los Newton, á los Pasteur, á los Darwin, á los Shakespeare, á los Cervantes, á los Goethe, á los Beethoven, á los Velázquez, á los Kant, á... ¡La paz! ¡La paz! Ésa es la tierra prometida.

España tiene motivos para ver claro ya. Toda ella se estremece ante un pasado sombrío y triste que fué para su alma jugo corrosivo y destructor. Hoy empieza á vivir; quiere respirar el oxígeno bienhechor de la cultura europea; trabaja, piensa, lucha y da nombres al panteón de los grandes guías de los mortales. ¡Qué regocijo para Feijóo, para Forner y para Masdeu! Grandes corazones, grandes inteligencias para su pueblo y para los hombres todos. Fichte no hizo más por Alemania que lo que hicieron estos ilustres varones por su patria. ¿Se siente con ellos inquisidor el Sr. Unamuno? Pues de ellos parte nuestra regeneración y nuestro renacimiento. Su acento firme y claro se oye aún entre nosotros. Confiemos y sigamos adelante. Tal vez guarde el porvenir para nosotros hechos culminantes de la historia. Hemos dado á la cultura humana una literatura espléndida desde el Myo Cid hasta las hermosas obras de nuestro tiempo; un arte magnífico en cuya cúspide está Velázquez; pensadores

serios, algunos de ellos profundos; investigadores distinguidos á cuya cabeza está el gran histólogo de nuestros días, de fama universal. ¿Por qué no esperar grandes cosas para lo futuro? Tenemos una gran deuda que pagar: nuestro pasado sombrío, el pasado de la sinrazón y del delirio. La pagaremos volviendo el rostro hacia la cultura europea.

*
*
*

Ahora conviene que nos entendamos sobre la cuestión del agnosticismo. El sabio paleontólogo Huxley inventó la palabra *agnóstico* para expresar la situación de los que confiesan humildemente su ignorancia respecto de los primeros principios.

Con este motivo se entabló una memorable y viva polémica entre el inventor y el teólogo doctor Wace. Las réplicas de Huxley pueden verse en su hermoso libro *Ciencia y religión*, escrito con la sinceridad y el comedimiento propios de un hombre que ama sobre todas las cosas la verdad y lleva consigo trabajos y descubrimientos propios. Está, pues, bien preparado para la muerte. Por otra parte, ansioso de saber, ha dedicado muchas horas á disciplinas muy diferentes de la que profesa. Historia, filosofía, literatura, exégesis bíblica, todo lo devoró su gran espíritu. Con esto quiere decirse que no es de los resignados á secas. Tal vez el dolor de ser consciente es en él más intenso que en los dados al verbalismo y á la paradoja. Nada de esto ha de olvidarse.

Fenómeno por demás curioso es el que se observa en el caso del Sr. Unamuno. ¡Ah! No—dice en sustancia,—no me conformo con que se calle aunque no se sepa nada de lo que se discute. Es preciso decir algo, afirmar algo, aunque ese algo sea un delirio, una sinrazón, el *quia absurdum* del gran africano. Vosotros los agnósticos, los resignados, sois de granito. Vosotros os conformáis, y yo me rebelo. Vosotros os sometéis por la razón, y yo me declaro enemigo irreconciliable de la razón. Vosotros miráis con sonrisa serena la sombría nada del después, y yo me retuerzo ante la duda de qué mi yo consciente pueda desvanecerse de un golpe en

las tinieblas eternas. Nada hay, pues, de común entre nosotros. Estoy dispuesto á quemar á todo autor agnóstico y todos los libros agnósticos que caigan en mis manos. Así soy yo.

Indudablemente, esto no es más que pura irritabilidad. ¿Porque qué pruebas tiene el enamorado de la tristeza y de la sinrazón para afirmar de ese modo que los agnósticos son almas secas, impasibles, duras como el granito? Muéstrenos una sola. ¡Cómo! ¿Esos grandes visionarios de la verdad, esas almas superiores, serían los únicos seres desprovistos de ansias, deseos, angustias y dolores? ¿Serán ellos los únicos que no anhelan ser conscientes más allá de la muerte? ¿No decía Leibnitz que la contemplación del firmamento le causaba terror? Y Leibnitz creó el cálculo infinitesimal. ¿Serán tan poco hombres que ni una sola de sus fibras tiemble ante el misterio de la creación, ante el problema del alma, ante el problema de Dios, ante el problema del noumeno de las cosas? ¿Sabe acaso si esas noches de angustia en que la duda echa su garra terrible sobre la inteligencia no existen para ellos? ¿Acaso habrán venido al mundo para ser los primeros y tendrían el alma mutilada como los sectarios y los tristes, ellos que no pueden vivir sino en las más elevadas regiones del pensamiento y del corazón, sí, del corazón? ¿Cómo se atreve nadie á llamarles resignados en el sentido de llamarles muertos, menos que muertos? No, medítelo bien el Sr. Unamuno, y verá que eso no sólo no es así, sino que no puede ser así. Si hay dolores, si hay angustias espirituales de suprema grandeza, en ellos están, y en ellos más que en los otros. La verdad no seca las almas, las vivifica.

Por consiguiente, todos esos cargos caen á los pies de la verdadera realidad. Ni siquiera uno es sostenible. Ya sé yo que el Sr. Unamuno me citará á Buchner, á Haeckel y á algunos otros, al parecer resignados, por lo menos según se desprende del tono general de muchas de sus obras. Pero esta resignación no es más que un compromiso de secta filosófica. No todo se ha de escribir siempre; y sería un fenómeno extraordinario que en lo más recóndito de sus almas no hubiera lo que tanto abunda en las medianías. Shakes-

peare dijo que tal vez el polvo de César sirviera para llenar las grietas de una pared derruida. Esto también tiene su encanto, es digno de que lo cante un gran poeta. Lucha, trabajo, idealidad, aquí; y luego fusión en las energías del Cosmos para formar parte ó de una flor ó de un cerebro. Es una poesía como otra cualquiera. Pero preguntadles si al mismo tiempo no anhelan la continuidad de la conciencia, y absolutamente seguro estoy que dirán que sí. Y este anhelo no satisfecho, ¿les causará placer, indiferencia? Imposible. Pero ni siquiera éstos son agnósticos. Son de los que afirman negativamente, por sistema ó por convicción, pero afirman. Son de los del Sr. Unamuno. No se callan, no se resignan; hablan, tratan de imponer la razón de su sinrazón; tienen también su *quia absurdum*; se rebelan y creen.

Pero volvamos al agnosticismo y veamos lo que piensa de él el que le dió nombre y carácter de doctrina. «Cuando llegué á la edad en que la inteligencia ha adquirido plena madurez y comencé á preguntarme si era ateo, deísta ó panteísta, materialista ó idealista, cristiano ó librepensador, descubrí que cuanto más aprendía y reflexionaba, más difícil me era responder á estas preguntas. En fin, llegué á convencerme de que nada tenía yo de común con todas estas denominaciones, si no es con la última. El único punto en que la mayoría de aquellas buenas gentes estaban conformes era precisamente el único por el cual yo me separaba de ellas. Estaban seguras de haber alcanzado una cierta «gnosis». Todos habían resuelto con más ó menos éxito el problema de la existencia, mientras que yo tenía la seguridad más absoluta de que no lo había resuelto. Y no era presunción mía afirmar esta creencia, ya que tenía á mi lado á Hume y á Kant. Como Dante: *Nel mezzo del cammin di nostra vita — mi ritrovai per una selva oscura.*—Pero no puedo añadir como él: *Che la diritta via era smarrita.*—Muy al contrario, tenía, y tengo aún, la más profunda convicción de que no he abandonado jamás la *verace via*—la vía recta—y de que esta senda no conduce sino á las profundidades de un bosque sombrío. Y si bien es verdad que he encontrado en el camino leones y leopardos y lobos hambrientos, sin que

ningún espectro amigo haya querido servirme de guía, opinaba, y sigo opinando todavía, que mi deber es seguir adelante hasta encontrar una salida ó hasta convencerme de que el bosque no tiene ninguna.»

«El agnosticismo, en realidad, no es ninguna profesión de fe, sino un método, cuya esencia estriba en la aplicación rigurosa de un solo principio, principio muy antiguo, tan antiguo como Sócrates, tan antiguo como el escritor que decía: «Ensayadlo todo, conservad lo que es bueno». Es el fundamento mismo de la Reforma que ha llevado á la práctica el axioma de que todo hombre debe saber siempre darse cuenta de su fe; es el gran principio de Descartes; es el axioma fundamental de la ciencia moderna. Expresado en forma afirmativa, es como sigue: En las cosas de la inteligencia seguid siempre vuestra razón, por lejos que os conduzca, con absoluta libertad. Y en forma negativa, así: En las cosas de la inteligencia, no afirméis nada antes de demostrarlo ó saber que se puede demostrar. Ésta es la que yo llamo la fe agnóstica. Quien la guarde entera y sin mancha no se avergonzará de mirar el Universo frente á frente, sea cual fuere el destino que el porvenir le reserve.»

¿Y contra esta disciplina tanta saña? ¿Habremos de abandonar la *diritta via* por el *quia absurdum*, ó el *quia impossibile* de Tertuliano? Dice bien Huxley: semejante fe es una abominación. En nuestro espíritu de hombre moderno hay un instinto de rectitud y de sinceridad que no se tuerce sin quebrantamiento de toda nuestra naturaleza. Los delirios del místico y del extático, su ardiente y puro amor á un ser hijo de nuestras ansias son suprema hermosura, consuelo para el lacerado, pero jamás ideal de vida, jamás savia redentora, jamás buena nueva ni preparación para la muerte. El agnosticismo confiesa sincera y noblemente: «De eso nada sé. No afirmo que no se pueda saber. Lo que firmemente creo es que lo desconocido no se puede, no se debe llenar con fetiches humanos, ni con misterios absurdos, ni con palabras vacías, ni con sistemas metafísicos, ni con sinrazones impuestas por el Santo Oficio. El silencio de esa terrible noche que nos envuelve es bastante por sí mismo para estremecer-

nos de espanto y admiración. ¡Quién sabe! Esa es la única luz que nos envía á los sabios y á los que no lo somos». El agnóstico no es un ser impasible, como la necesidad de un teorema matemático, no se resigna á no saber nada de lo que nada se puede saber. Busca una solución, piensa, medita, reflexiona; duda y la duda le duele; halla una puerta cerrada y siente angustia; abandona una senda y las ansias le devorarán. No está aquí. ¿Dónde estará? Sufre, pero no afirma lo que no puede afirmar. Sería indigno. ¡Y pensar que cuando el hombre ha llegado á esta altura es cuando el Sr. Unamuno se siente con él inquisidor! Si esto no pasara de palabras inofensivas habría para desesperar de todo mejoramiento, de todo ideal de perfección. *E pur si muove*. Esto nos salva.

Pero el menosprecio por toda prueba y toda demostración científica no asoma sólo en los labios de un meridional, explicable en la teoría del medio de Taine. Un anglo-sajón de pura raza, el teólogo Dr. Newman, dice con verdadera fruición bereber: «Afirmemos antes de probar. El secreto de la dicha está en esta paradoja aparente». Todas las razas y todos los climas son buenos para el pensamiento y para la pasión. Sólo que cuando son esclavos, llevan siempre al descubierto los signos propios de la esclavitud.

Difícil, mejor imposible, es que los pueblos actuales puedan conformarse con el agnosticismo. Sus dolores y sus esperanzas necesitan siempre un orden sobrenatural, dioses protectores, misericordiosos, justicieros y á veces vengativos. Sea. Pero es deber de todo hombre recto purificar esos grandes símbolos, despojarlos de toda vestidura antropomorfa degradante, limitar toda ritología que arrastre á la superstición, levantar las fuerzas humanas, hacer amar la vida, enaltecer la libertad, la razón, las nobles pasiones, y con la cultura europea conquistar grandes destinos en el porvenir.

BALTASAR CHAMPSAUR.

MINISTERIO
DE CULTURA



ALEJANDRO PETÖFI

La primera vez que este nombre sonó en mis oídos fué por boca de una dama, tan hermosa como ilustrada y tan ilustrada como discreta: Luisa Goldmann de Fastenrath se expresaba con frases llenas de afecto para el moderno poeta nacional del pueblo húngaro. Nunca entró en mis planes estudiar la lengua magiar; pero el renombre del vate puso espuelas á mi deseo, y para conocer alguna circunstancia de su persona, acudí adonde acudimos los indoctos para serlo menos: al Bouillet, al Vaperau, al Larousse...; hasta alguna enciclopedia española, como el *Diccionario* de Serrano, el *Enciclopédico Hispano-americano*, etc., me han ofrecido el nombre y noticias de Petöfi. En la nutrida colección poética de Marco Antonio Canini, *Il libro dell'amore*, vi traducidos al italiano, por el incansable polígrafo, algunos versos del autor de *Janos el héroe*; pero confieso que no con frecuencia he tropezado con su nombre en mis lecturas literarias.

Pocos días hace me escribió el Rdo. P. Körösi Albín, correspondiente de nuestra Real Academia Española en Budapest, y afanoso traductor de Núñez de Arce, Bécquer y otros tantos modernos escritores castellanos, noticiándome que la *Sociedad Petöfiana* de aquellas ciudades consortes, deseosa de propagar el culto al gran lírico húngaro, había fundado un Instituto para conservar cuanto á dicho poeta su patrono se refiere, y que es objeto de los afanes de la Sociedad recoger cuantas traducciones existan de las obras de Petöfi. Este aparece traducido en casi todas las lenguas europeas, y hasta China y Japón acrecientan el caudal de lo reunido. Pocos años después de la muerte del poeta lo conoció Alemania por la estampación de sus obras escogidas (Leipzig, 1851) y por la traducción alemana de las mismas (Brunswick, 1852), y

Francia por las traducciones de Thalés Bernard (1855) y H. Valmore (1856).

De donde nada se tiene todavía es de España; y mientras se practica la conveniente rebusca, pongo mi modestísimo esfuerzo á contribución de la amistad, reproduciendo y extractando aquí noticias del poeta, y rimando algunas composiciones, no del original, sino de la versión castellana en prosa, literalmente hecha por el referido Padre escolapio á este objeto, ajustándome á la contextura estrófica de los originales, según los datos que se me han suministrado. Á la fidelidad he sacrificado alguna vez la corrección y armonía de mis versos castellanos, y no he de pedir excusas ni perdones: se trata únicamente de satisfacer una demanda formulada por un docto hispanófilo, á quien debemos gratitud por haber divulgado en Hungría producciones de la moderna poesía castellana. Otros *lo harían* mejor, pero yo *lo hago* como puedo.

*
* *

Los veintisiete años escasos que el poeta vivió esta vida, forman una trilogía de aventuras picarescas, de bohemia literaria y de heroico y acendrado patriotismo, y nunca mejor pudo decirse: *un bel morir tutta la vita onora*. Nació Alejandro Petöfi en Felegyhasa, en 1823, de padres aldeanos. Á los doce años se escapó del colegio de Schemnitz y marchó á Pest, donde solicitó la plaza de ayudante de tramoyista del teatro; pero hallólo su padre en la ciudad y, duramente castigado, lo volvió á la aldea. No habría formado el poeta futuros y firmes propósitos de enmienda cuando á los dos años vuelve á escapar de la casa paterna, y en Oldemburgo se alista en un regimiento de húsares, que abandona luego para campar por sus respetos. Le sugestionaba el teatro, creía que para él había nacido, y con una farándula recorrió casi toda Hungría, representando de mala manera no mejores traducciones de Shakspeare. La publicación de sus primeras poesías, en hojas literarias, comenzó á darle nombre, y las traducciones de cuentos y novelas que le proporcionaron cariñosos amigos, le pusieron al amparo de la indigencia. Su

irresistible vocación al teatro dió al traste con todo; otra vez, metido á actor, fué silbado en Debreczin, fracasó en todas partes, y desalentado, enfermo, sin recursos, volvió á implorar los favores de la desdeñada y propicia musa. El poeta Vœroesmarthy, entonces en la cumbre de la gloria, le alentó no poco; y habiendo trabado amistad con Vachot, director de la revista pestiana *Divallah*, entró á formar parte de su redacción en 1843, y allí publicó numerosos trabajos. Un año después forma su primera colección: *Poesías de Petœfi Sandor*, que le publicó el *Circulo Nacional*, y con ella acrecentó y afianzó su fama. La fresca inspiración, hondamente popular y ennoblecida por un arte personalísimo y espontáneo; los recuerdos de su vida, andanzas y aventuras; el sentimiento del país tal cual era; los acentos jubilosos y apasionados que se entreveraban con decaimientos de ánimo ó con esperanzas salvadoras, hicieron popularísima esta colección primera, á la que siguieron *El martillo de la aldea*, *Un sueño mágico*, *Salgo*, *La maldición del amor*, *Szylay Pista*, *María Szechi*, etc.

Las hojas de ciprés, poesías de encanto melancólico, consagradas al recuerdo de una joven que murió algunos días después que el poeta la hubo conocido, y las tituladas *Perlas de amor*, señalan el punto de transición en la obra de este autor. De los amores ligeros y hasta desvergonzados pasa á las afecciones nobles. Todos estos versos, comenzados á publicar en *Divallah*, acabaron en el periódico *Eletkepeck*, fundado por él y por el novelista Jekai, donde en 1847 apareció su novela *La cuerda del verdugo*, que pasó inadvertida.

Su obra más famosa es *Janos el héroe*, que prontamente logró extraordinaria popularidad, y cuyas estrofas se cantan aún desde el Danubio á los Carpatos. Entre el protagonista Janos, guarda de ganados en los montes, é Illuska la rubia, que suele ir á lavar en el vecino arroyo, nace tierno y hondo afecto. Janos, despedido por el terrateniente, se decide á correr mundo, y en la última entrevista con su amada, de patriarcal sencillez, se renuevan los votos de mutua y eterna constancia. A estos antecedentes pastoriles sigue otra parte de resonancia épica. Janos se alista en una compañía de hú-

sares, y pronto escala los primeros puestos. El ejército de los magiares, á que pertenece, se dispone á socorrer al rey de Francia, amenazado por los turcos. La correría por diversos países corresponde á las imaginaciones de los campesinos húngaros más que á la precisión geográfica. Por fin llegan á Francia y salvan al rey, quien promete su hija á quien la libre de las prisiones en que la encierran sus enemigos. Janos realiza la hazaña; pero rechaza el premio y el reinado para mantenerse fiel á su Illuska, que le espera. Cargado de riquezas y honores corre á buscarla, pero llega sólo para recibir la noticia de su muerte. En este punto se desborda el elemento fantástico. Janos no se resigna con la pérdida de Illuska, quiere encontrarla viva ó muerta, y recorre fantásticas regiones llenas de encantadores y de genios, embarca en el mar de Operenczer, que conduce al infinito, y llegado al reino del amor, encuentra á la que busca. En este poemita, no menos que en la producción lírica del autor, aparecen con frecuencia rasgos autobiográficos de plasmante virtud, así en lo pasado como en lo porvenir, que en más de dos ocasiones aparece adivinado por Petöfi.

En 1847 enlazó su suerte con Julia Szendreg, celebrando su unión en los versos titulados *Días de felicidad conyugal*, con fin muy vario respecto de los cónyuges. Julia, viuda á los dos años de casada, se enlazó de nuevo con Arpád Horváth, profesor en la Universidad de Budapest; Alejandro acabó épicamente. En los días de su casamiento, profunda conmoción política agitaba las mismas entrañas de Hungría, y la poesía *Mi mujer y mi espada* fué el primer canto de las nuevas jornadas. Elegido capitán de un batallón de milicia nacional, tomó parte en todos los combates librados en las provincias del bajo Danubio. En Enero de 1849 el general Bem, jefe del ejército en aquellos territorios, le nombró su ayudante de campo, y le condecoró en el mismo campo de batalla. A esta época corresponden sus ardientes y patrióticos cantos guerreros: *¡Arriba, húngaros!* que ha quedado como la marsellesa de los magiares; *Ahora ó nunca*, el *Canto del combate*, y otros tantos que enardecieron el espíritu nacional. El general Bem, en la horrible jornada de Segesvár (31 de

Junio de 1849), vió caer destrozadas sus últimas fuerzas, por los desfiladeros de Transilvania, á los cañonazos rusos. Su fiel ayudante de campo cayó como tantos otros, sin que pudiera cogerse ni identificarse su cadáver. Una leyenda, en torno del glorioso fin de Petöfi, supone que el poeta nacional no ha muerto, y que reaparecerá algún día cantando ¡*Arriba, húngaros!* para que se reanude la lucha y se liberte la patria de todo yugo extranjero.

*
* *

He aquí, ahora, algunas poesías de Petöfi, en que no he puesto más que escaso trabajo de colaboración con el P. Körösi Albín; permitiéndome indicar á mis lectores que las de contextura más popular van con asonancias, no para ajustarlas á procedimientos castellanos, sino porque así aparecen sus originales, según me indica mi generoso guía y trajumán.

De la primera que aquí se inserta, la Sociedad petöfiana tiene recogidas más de 23 traducciones en lenguas extranjeras, que irá publicando en los distintos volúmenes de la edición políglota que prepara.

La poesía que empieza *¿Á dónde fuiste?* debe corresponder á la colección *Hojas de ciprés*, según indica su asunto; y la última, *Al final de Septiembre*, dedicada á su esposa, envuelve una sospecha que el poeta pudo ver realizada desde el otro mundo.

Si Julia Szendreg le olvidó prontamente, no llevan traza de seguir la misma ruta los nobles miembros de la Sociedad petöfiana, que ponen todo su ahinco en que el nombre del glorioso poeta se conozca, difunda y perpetúe.

Reszket a bokor, mert...
Tiembla el arbusto, porque...

—

Tiembla el arbusto, porque
se posa la avecilla;
si á mi recuerdo llegas,
¡ah! tiembla el alma mía.

Á mi recuerdo llegas,
chiquilla, como el ave,
y eres de este gran mundo
el más grueso diamante.

Henchido va el Danubio,
sus márgenes rebasa;
tampoco hay en mi pecho
lugar para mis ansias.

¿Me quieres, mi rosal?
Es tanto lo que te amo
que ni tu padre y madre
pueden quererte tanto.

Cuando nos vimos juntos,
¡qué grande era tu afecto
en el ardiente estío...;
mas hoy es frío invierno!

Si es que ya no me quieres,
el Señor te bendiga;
más si aun amor me guardas,
mil veces más bendita.

*
**

Ez a világ amilyen nagy!
Cuán grande es este mundo!

—

¡Cuán grande es este mundo!
¡Qué pequeña mi amor!
¡Mas si yo poseyera á mi paloma,
por todo el mundo no la diera yo!

Tú eres día, yo noche
que obscurece el confín;
si nuestros corazones se enlazarán,
¡qué aurora más brillante para mí!

No me mires, tus ojos
baja, ó me quemarán;
pero si no me quieres, vida mía,
¡qué importa al alma que se abraze ya!

*
**

Boldog ejjel!
Feliz noche!

—
¡Noche feliz! Estoy junto á mi rosa,
charlando en la alquería deliciosa;
reina la paz y sólo el perro ladra;
la luna del cielo,
desnuda de velo,
en el espacio se encuadra.

Si hubiera sido yo la buena estrella,
bien sabe el Dios que mis designios sella
que tan alto y en paz no hubiera estado:
rompiendo mi broche,
aquí, cada noche,
bajara, rosa, á tu lado.

*
*
*

Hull a levél a vir ágrof.
Las flores se deshojan.

—
Se deshojan las flores
al dejar mis amores.
¡Queda con Dios, eterna,
cara, dulce y tierna
palomita!

Con tus rayos escuálidos,
luna, nos miras pálidos.
¡Queda con Dios, eterna,
cara, dulce y tierna
palomita!

Rocío los ramos traen
y nuestras lágrimas caen.
¡Queda con Dios, eterna,
cara, dulce y tierna
palomita!

Aun el rosal con flores
verá nuestros amores.
¡Queda con Dios, eterna,
cara, dulce y tierna
palomita!

*
*
*

Hová level.
¿A dónde fuiste?

—
 ¿Á dónde fuiste? ¡Oh, tú, de mis anhelos
 alba que en breve disipada fué!
 Yo he de buscarte siempre... ¿Será en vano?
 ¿No he de volver á verte ni una vez?

Cuando en mitad de la callada noche
 la luna envíe el rayo de su faz,
 después de atravesar el cementerio,
 mi cabeza en tu losa he de apoyar.

¿Despertarás entonces de tu sueño?
 ¿Surgirás de este lecho tan atroz
 para escuchar lo que mi boca diga,
 la anhelante palabra de mi amor?

¿Despertarás entonces de tu sueño?
 ¿Surgirás de tu lecho en el confín
 para enjugar mis párpados cansados
 y el torrente de lloro que vertí?

¿Despertarás entonces de tu sueño?
 ¿Resurgirás del húmedo rincón
 para que el alma tuya se caliente
 á los besos y al fuego de mi amor?

¿Jamás las tumbas rendirán su presa?
 ¿Sólo en el cielo me podrás hallar?
 ¿Ni en el fondo del cielo ó de la noche
 no nos hemos de ver nunca jamás?

*
 **

Te voltal egyetlenegy virágom.
Tú fuiste mi única flor.

—
 Tú fuiste mi única flor;
 ya marchita, mi vida es un desierto.
 Tú fuiste luz de mi esplendente sol;
 apagada, yo en noche me convierto.
 Tú fuiste el ala de mi inspiración;
 rota, ni puedo ni volar ansío.
 Tú fuiste de mi sangre único ardor;
 ya fría estás, y muérome de frío.

*
 **

Szeptember végen.
A fines de Septiembre.

Aun se abren en los valles las flores del jardín,
verde aún el álamo que llega á mi ventana.
¿Pero no ves que el mundo más lejos desfallece?
De nieve ya cubierta se mira la montaña.
Mi corazón aún muestra verdor de primavera
y del ardor de estío la poderosa llama,
en tanto que encanece mi cabellera oscura,
herida del invierno por la terrible escarcha.

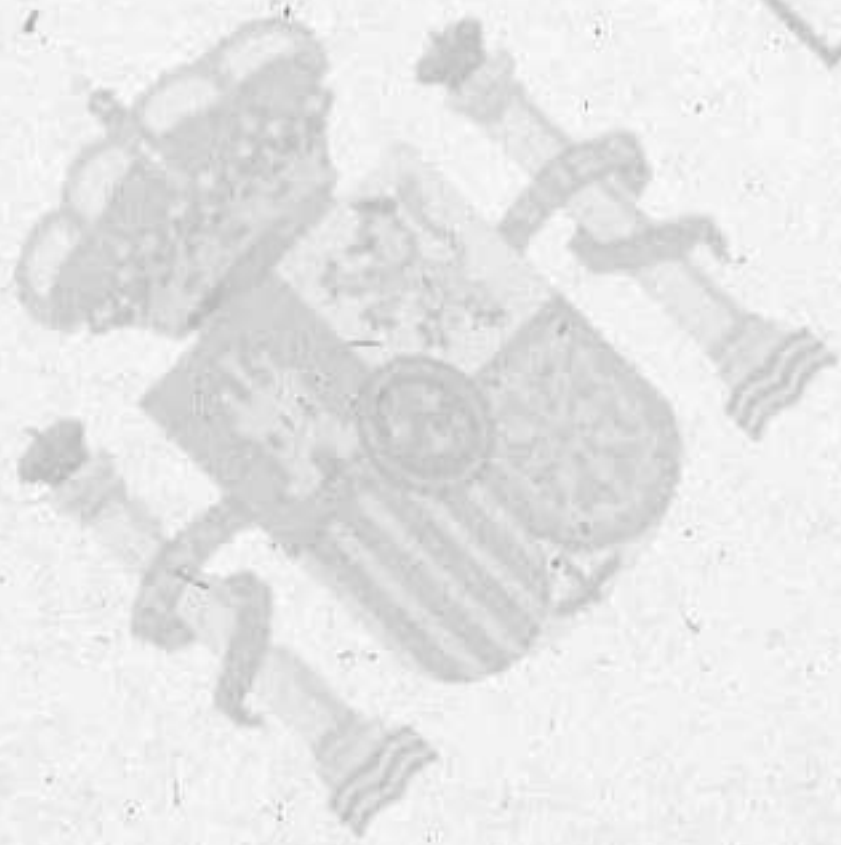
Perecerán las flores, se extinguirá la vida...
En mis rodillas siéntate, mujer, junta, muy junta.
Si hoy posas en mi pecho tu cabecita amante,
¿te olvidarás mañana de posarla en mi tumba?
Díme: si muero antes ¿pondrás en mis despojos
los lienzos sepulcrales con la mirada enjuta?
¿Al nuevo amor de un joven suplantarás el mío?
El nombre que te he dado ¿has de olvidarlo nunca?

Si el velo de las viudas acaso desecharas,
como estandarte obscuro, pondrás sobre mi nicho.
Por él, de mi sepulcro saldré al mediar la noche;
con él volveré luego al fondo del abismo.
Con él secaré el llanto que cariñoso vierta
el fácil olvidado, cual firme te ha querido.
Con él vendaré amante el corazón llagado
de quien te amó y te ama por siglos de los siglos.

Al enviar al Sr. Körösi Albín las traducciones por que se
ha interesado, se reitera su amigo y servidor,

J. L. ESTELRICH.

MINISTERIO
DE CULTURA



DON HUGO DE MONCADA

CAPITULO II

De cómo D. Hugo de Moncada, después de haber servido á Carlos VIII de Francia y á César Borgia, pasó á las filas del Gran Capitán, luchando con sin igual denuedo junto al río Garellano.

En tres empresas militares figuró D. Hugo de Moncada: en la expedición de Carlos VIII, en las guerras de César Borgia y en las campañas del Gran Capitán. En ellas pasó su juventud, consiguiendo recibir una completa educación en el servicio de las armas. En el campamento de Carlos VIII vió todo lo que podía dar de sí la vieja organización feudal del ejército, apoyada principalmente en la caballería (1); bajo las órdenes de César Borgia no pudieron escapársele los efímeros efectos del *condottierismo* (2), y peleando en las filas del Gran Capitán apreció lo que significaba y valía el ejército moderno. Por eso mucho debió aprender D. Hugo al servir en es-

(1) Esta era el arma principal del ejército francés, y entre los mismos caballeros franceses era mirada con desdén la infantería, considerada por los historiadores como horda de bandidos: «L'armée du roi Charles était épouvantable à voir...; la plupart étaient gens de sac et de corde, marqués de la fleur de lis sur l'épaule, essorillés, etc.»—Bran-tome.

(2) Maquiavelo hace de las bandas mandadas por *condottieri*, apreciaciones verdaderamente ofensivas. El ejército italiano carecía, lo mismo que el francés, de buena infantería. Abundando en esta idea, dice Diego Salazar: «Los reinos ó repúblicas que estimaren más la gente de á caballo que la infantería bien ordenada, serán más débiles que los otros, y aparejados para cualquier pérdida, como por experiencia se ha visto en nuestro tiempo en Italia, la cual ha sido ocupada y destruída de forasteros principalmente por haber poco curado de la milicia de á pie y haberse reducido todos sus soldados á caballo».

tos tres ejércitos, tan diferentes en organización y carácter.

Hugo de Moncada comienza la carrera de las armas sirviendo en los ejércitos de Carlos VIII, en la expedición de éste á Italia. Antes de decidirse á tal empresa había estado durante algún tiempo en la corte española, pues, según costumbre de la época, la juventud noble solía educarse en el palacio de los Reyes, pretendiéndose con esto que el noble se criase al lado del Príncipe á quien había de servir, encarnando conocimiento recíproco y mutuo aprecio entre los que debían obedecer y mandar (1).

Al poco tiempo de estar D. Hugo en el palacio del Rey Católico sobrevino la expedición de Carlos VIII. Con el Monarca francés marchó de buen grado D. Hugo, pues no se le podía presentar mejor ocasión para satisfacer su deseo de honor y gloria militar. Las circunstancias de la expedición y el carácter de Carlos VIII habían, sin duda, de agradarle: iba á conocer Italia, país de tantos recuerdos, con sus ricas ciudades tan florecientes y cultas, en donde se habían efectuado hechos tan esclarecidos; la figura simpática del animoso Monarca que había de ponerse al frente de la expedición, joven como él, lleno de ardientes entusiasmos y acariciando grandes ideales, seducía igualmente su imaginación (2).

El Rey de Francia, antes de emprender su expedición, tuvo que concertar con el de España un tratado, porque comprendía que fácilmente había de intervenir en la guerra de Italia y en contra suya el Rey Católico, pues no le era des-

(1) Gaspar de Baeza, en su *Vida de D. Hugo de Moncada* (t. XXIV de la *Colección de documentos inéditos*), dice que su padre le envió «á casa del Rey D. Fernando para que D. Hugo se criase y tentase la felicidad de su fortuna», y añade después que «no vivía de buena gana con el Rey».

(2) La expedición de Carlos VIII tiene, en efecto, como característica, aparte de haber sido auxiliar á unos Príncipes italianos, el ser producto del espíritu caballeresco del joven Rey de Francia. Y tanto es así, que hasta se ha comparado su expedición á una novela caballeresca: «L'expédition de Charles VIII—ha dicho un moderno historiador—ressemblerait à un roman de la Table Ronde, si la politique des »Etats italiens, la moins romanesque que fût au monde, n'y mêlait »son réalisme».

conocida la circunstancia de ser éste pariente del Rey de Nápoles y no convenir á los intereses de España, por lo que afectaba á Sicilia, el que franceses se establecieran en aquel reino. Además, España se encontraba entonces en un período de prosperidad y grandeza y podía ser enemigo muy peligroso. Por eso pactó con el Rey Católico el tratado que en 1492 se estipuló en Narbona y se firmó en Barcelona el 19 de Enero de 1493. Obligóse en él Carlos á restituir el Rosellón y la Cerdaña, pertenecientes en tiempos anteriores á la corona aragonesa, y Fernando, por su parte, prometió no ayudar á ningún enemigo de Francia, salvo el Papa, ni enlazarse por matrimonio con las casas de Hapsburgo, Inglaterra y Nápoles (1).

D. Fernando, á más de esto, dió permiso á los españoles que pidieron licencia para alistarse en las filas francesas. Entre estos españoles que marcharon con Carlos VIII á Italia, figura D. Hugo de Moncada, como dice Vargas Pon-

(1) Hay que tener presente, al hablar del tratado de Barcelona, que Fernando V sólo pactaba con Francia momentáneamente para fines determinados, mas sin intención de perpetuar ni observar el pacto, alcanzado el objeto para que se concertó. Ahora tenía mucho empeño en la posesión de los condados del Rosellón y Cerdaña, y quiso conseguir por todos medios su propósito, y así aprobaron cláusulas tan vergonzosas como era la de no poder casar los Reyes Católicos á sus hijas sin consentimiento del Rey de Francia. No estaba en el ánimo del monarca español cumplir el tratado; prueba de ello es que antes de emprender Carlos VIII la expedición, ya le había aconsejado (dejando entrever con esto sus ulteriores propósitos) que volviese antes las armas contra los infieles que contra los cristianos, y quizá detuviese sus deseos el decirle Carlos VIII que el objetivo de sus armas eran los turcos. Pero cuando el embajador francés pidió al Rey Fernando, en cumplimiento del tratado de Barcelona, refugio y posiciones en los puertos de Sicilia para las naves francesas, «que de paso querían tomar el reino de Nápoles», el Rey Católico despachó á París á D. Alonso de Silva, hermano del Conde de Cifuentes, para requerir al Rey Carlos que desistiera de sus proyectos, advirtiéndole sobre todo que Nápoles era feudo de la Iglesia, y que en la capitulación de Barcelona con los derechos de la Santa Sede se había hecho una explícita excepción. Estas indicaciones no fueron oídas. (Véase el discurso del Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, «Dogmas de la política de Fernando V el Católico».)

ce (1) y afirma el licenciado Baeza con estas palabras: «tomando licencia del Rey Católico partió con la voluntad de su padre». Era entonces muy joven, pues apenas tenía diez y seis años. Se dirigió á Francia, donde fué muy bien recibido por Carlos VIII, que pudo advertir en nuestro Moncada «mucho de ánimo belicoso». Cuando llegó D. Hugo ya se encontraban con el francés los españoles Carlos de Arellano y Juan Cervellón, los cuales, al decir de Vargas Ponce, presentaron nuestro biografiado al animoso Carlos.

Dispuesto el monarca francés á satisfacer sus deseos de llevar á cabo la empresa á que le excitara Luis Sforzia, pasó á Italia por el Monte Ginebra, atravesó la Saboya y el Momt-ferrato, Pavía y Plasencia, penetró en Florencia y de aquí pasó á Siena, trasladándose á Roma, en la que entró con todo el aparato militar, no amenazador, sino brillante y pomposo (2).

Por fin, en Febrero llegó el ejército á las fronteras de Nápoles y el día 21 de este mes el Rey de Francia se hizo dueño de la capital, donde entró triunfalmente entre los entusiastas aplausos y vítores de los napolitanos (3).

(1) «De resultas, pues, de esta jurada amistad (la de Carlos con Fernando) vinieron los Reyes Católicos á que muchos de sus nobles, para alistarse en la guerra, siguiesen de voluntarios al monarca francés que ponía por término de sus campañas develar al turco. Don Hugo de Moncada quiso aprovechar esta coyuntura de aprender la milicia único motivo, y no siendo contra los intereses y relaciones de la patria en que es honesto y laudable militar baxo extrañas banderas.» (Vargas Ponce, Biografía manuscrita de D. Hugo de Moncada.)

(2) Á todo esto Luis Sforzia, promovedor de la expedición, al contemplar cómo el Rey Carlos desplegaba todo su poder en la empresa, se llamó á engaño, pues había supuesto que el ataque de los franceses á Italia se haría parcialmente y por medio de generales sobre los que Luis pudiera ejercer autoridad.

(3) Cuando los franceses entraron en el territorio napolitano se sublevaron tantas provincias, que el Rey Alfonso II, desesperado de no poder dominar la situación, abdicó en su hijo Fernando II y se refugió en un convento de Sicilia. Esto facilitó singularmente al Rey de Francia la conquista del reino, porque Fernando II, desalentado también como su padre, buscó refugio en Sicilia. En todo el país los fran-

D. Hugo había seguido toda la campaña hasta llegar cerca de Nápoles, en que se separó por causas que luego veremos. Poco podemos referir de lo que en ella ejecutó nuestro caudillo; sólo se tiene conocimiento de noticias de escaso valor é interés, como la que consigna Vargas Ponce diciendo que en los atropellos cometidos por el ejército al invadir las ciudades, D. Hugo no tomó parte alguna, pues «por razones muy legítimas dexó estos desórdenes antes de seguir las banderas de Carlos VIII». También se sabe que D. Hugo fué á saludar, con otros españoles, al Papa Alejandro VI, cuando el ejército se encontraba en Roma, siendo «muy amorosamente recibido» por el Papa y su hijo César. Este y Moncada, que contaban los mismos años, trabaron desde entonces buena amistad, por cuya causa, al separarse D. Hugo del Rey de Francia, se unió al ejército de César. Nada más puede apuntarse de esta parte de la biografía de D. Hugo; de los servicios que prestó en el ejército de Carlos VIII es tal la ausencia de noticias, que pueden hacerse cuantas suposiciones se quieran en la seguridad que no podrán ser contradichas (1).

Hemos dicho que cuando ya llegaba Carlos á Nápoles, se separó de él D. Hugo; es que la actitud del Rey Católico había cambiado.

En efecto, D. Fernando, que nunca pensó en cumplir el tratado de Barcelona, viendo ahora la decisión del monarca francés de marchar contra Nápoles, y dispuesto á romper aquel tratado, envió al Rey Carlos una embajada compuesta de su maestra sala y primer corregidor de la ciudad de Ronda, Antonio de Fonseca, y del caballero aragonés Juan de Albión, los cuales llegaron á Roma el 28 de Enero de 1495, cuando

ceses se condujeron con incalificable desenfreno. Ya entonces se estaban amontonando por todos lados peligros para Carlos VIII que iban á hacerle perder el fruto de sus fáciles triunfos.

(1) Lamentable es, cuando se trata de escribir los hechos de don Hugo de Moncada, tener noticias tan escasas de esta parte de su vida; poco es el tiempo que ella comprende (unos cuantos meses); no obstante, constituye una parte no exenta de interés, pero no hay medio de adquirir é indagar dato ninguno. Navarrete, queriendo suplir la falta de noticias por una frase sintética, dice «que la expedición de Carlos VIII no le proporcionó lances en que demostrar su valor».

ya había emprendido el Rey de Francia el camino de Nápoles. Según costumbre francesa, la embajada española fué públicamente admitida en el campamento francés en medio de espléndida y numerosa corte militar y política (1), ante la cual, á la demanda y reclamaciones de los diplomáticos españoles, el Rey y los magnates contestaron con grandes quejas de España. Conociendo Fonseca entonces que el francés no revocaría por nada la actitud en que se había colocado protestando de que hasta ganar todo el reino de Nápoles no entraría en discusión sobre á quién pertenecía, dando por libre á su soberano de todos sus compromisos con el Rey de Francia, sacó el tratado original de la concordia «y con tanta autoridad como denuedo, dice Zurita, lo rasgó como lo pudiera hacer el Rey». Después de esto, Fonseca requirió á don Juan Cervellón y D. Carlos de Avellano para que saliesen del campo del Rey de Francia juntamente con los demás españoles, por haberse roto la concordia entre el Rey de España y el de Francia, y por consiguiente no poder continuar en el ejercicio de éste, pues el pelear con D. Carlos era hacerlo contra su Rey. El licenciado Baeza y Vargas Ponce dicen que el plazo marcado para que salieran fué el de tres días, citando este último autor para comprobar su afirmación el siguiente párrafo de la vida de César Borgia de Tomasi: «Fonseca ordinati ad alcuni capitani spagnoli schi erano al suo servizio »che in termino de tre giorni si partissero dall'essercito sotto »pena di ribelione».

Partieron, pues, los españoles del ejército de Carlos VIII y por tanto también D. Hugo, el cual se separó, según el licenciado Baeza, después de haber cruzado con el monarca palabras de cariño (2).

Del reino de Nápoles marchó nuestro compatriota á Roma, donde fué muy bien recibido por el Papa y su hijo César,

(1) D. Juan Pérez de Guzmán: *Dogmas de la política de Fernando V el Católico*.

(2) «El rey Carlos, estimando más á D. Hugo por la lealtad de su corazón, dióle licencia con palabras de mucho amor, ofreciéndole su gracia y favor para todo lo que le importare.» (*Col. de doc. inéd.*, tomo XXIV.)

tratándosele cual correspondía á su ilustre nobleza. Moncada, que era, como ya sabemos, amigo de César, ahora se unió á él, siguiéndole en sus empresas. D. Hugo, pues, tuvo que hallarse presente é intervenir con más ó menos actividad durante este tiempo, en los hechos que de César Borgia se cuentan. Así, debió marchar con él á Francia en la expedición que realizó; debió estar presente en las ceremonias y festividades que tuvieran lugar cuando César celebró su matrimonio con Carlota Labrit (1), y peleó (pues de esto ya tenemos datos seguros y precisos), con el ejército de César en las campañas que éste emprendió para apoderarse de la Romaña (2).

(1) César Borgia, que era cardenal, con objeto de casarse con Carlota, «entró una mañana en el Consistorio, suplicando á su padre y á los cardenales allí reunidos que, atento á no haber tenido nunca inclinación á la profesión de sacerdote, le concediesen facultad para dejar la dignidad y traje eclesiástico. Así lo hizo, y entonces Luis XII, sucesor de Carlos VIII, conviniéndole tener grato al Papa para realizar sus proyectos, dió á su hijo César el título de Duque de Valence (Valentinois, ciudad del Delfinado). De esta suerte, el hijo de Alejandro VI se convirtió de cardenal y Arzobispo de Valence en soldado y Duque de Valence ó Valentín, que es como generalmente se le llama. Después de esto, César se embarcó para Francia, donde fué recibido con pompa y ostentación indefinibles. El 4 de Mayo de 1499 se casó en Roma con Carlota Labrit, cuyo matrimonio se celebró con gran solemnidad.

(2) Alejandro VI, siguiendo la política de nepotismo que informó todos sus actos, quiso formar con la Romaña un regio patrimonio para su hijo César. A este efecto, le dió el título de Duque de la Romaña, para que pudiese realizar con cierto carácter legal la usurpación, y á fin de dar algún fundamento al despojo, habiendo fulminado á los poseedores de los distintos territorios que comprendía la Romaña cierta imagen de proceso, á fines de Octubre de 1499 los declaró, por su autoridad apostólica, privados de cuantos bienes disfrutaban. Gobernaban tales poseedores con el título de vicarios, pagando un censo á la Iglesia, cuyos feudatarios se reconocían; sin embargo, gozaban de bastante independencia con la Santa Sede, pues unos no pagaban el censo, otros lo hacían fuera de tiempo, y todos, sin licencia de los Papas, servían á los Príncipes, prestándoles á veces grandes servicios en contra y perjuicio de la Iglesia. Desde las famosas revoluciones y bandos de Güelfos y Gibelinos, y con motivo de la larga ausencia de los Pontífices de Roma, cayeron las ciudades de

En estos últimos sucesos, á César Borgia le ayudó Luis XII (que según hemos dicho le había nombrado Duque Valentín) enviándole el famoso Ibo de Allegri con 300 lanzas, y 400 suizos al mando de Dijon. La conquista de la Romaña comenzó á mediados de Noviembre de 1499. César, que dirigía la expedición, llevaba como primer capitán á D. Hugo de Moncada, «considerado como la segunda persona de aquel ejército». El primer hecho de armas fué el sitio de Imola, en el cual el castillo se defendió; la ciudad opuso poca resistencia, teniendo que capitular á los veinte días. De aquí marcharon á Forli, donde quiso inútilmente resistirse la varonil Catalina Sforzia, pues César comenzó á batir las murallas de la ciudad con mucha artillería, derribando gran parte de ella, lo cual hizo fácil la entrada de las tropas. Los soldados mataron á la mayor parte de los defensores, y llegando al castillo hicieron prisionera á Catalina, llevándola á Sant'Angelo. Después tomaron las de Pésaro y Rimini, volviendo sus armas contra Faenza, que no estaba defendida más que por el pueblo. César batió la ciudad, y al quinto día dió el asalto, pero fué rechazado con tal ardor que aquél tuvo que retirarse á sus posiciones, teniendo al décimo día que levantar el campo (Noviembre de 1499). En la primavera del siguiente año volvió á Faenza y después de varios ataques en que mostraron los faetinos su heroísmo, éstos tuvieron que rendirse.

En la toma de Imola, Forli, Faenza y demás ciudades que cayeron en poder de César, Hugo de Moncada debió distinguirse, mostrando sus dotes militares. Era la «segunda persona de aquel ejército»; por consiguiente, lógico es suponer que él tomó parte principal en aquellas campañas, y aunque no hay historias ni documento ninguno que lo justifique, creemos que tal suposición puede admitirse, siendo un hecho

aquella comarca en poder de muchos nobles, los cuales, para justificar su usurpación, se habían procurado privilegios é investiduras, ora de los Emperadores, ora de los Papas, según que unos ú otros prevalecían en el dominio temporal (Vargas Ponce, obra citada). Los Vicarios y señores de Rimini, Pésaro, Imola, Forli y Faenza fueron los principales que se nombraron en la sentencia de confiscación y despojo de Alejandro VI.

más de su vida militar, que debe unirse á la larga serie de empresas esforzadas que durante su vida acometió.

Después de la toma de Faenza, quiso César Borgia, sin que se sepa el motivo, entrar triunfante en Roma, como en efecto lo verificó el 22 de Febrero de 1500. Cuando se encontraba el ejército como á media legua de Roma, ocurrió un incidente (1) en el cual intervino D. Hugo. El Papa, para más distinguir á su hijo, ordenó que en el gran cortejo que salió á recibirle fuesen dos compañías de su propia guardia, una de las cuales era de españoles y otra de borgoñones. Á consecuencia de una disputa (2) tenida entre estas compañías y la vanguardia del ejército de César, un español llamado Maldonado pegó con su alabarda á un soldado de las tropas de César. Éste, con su carácter impetuoso y despótico, quiso resolver la cuestión inmediatamente, y ordenó sus tropas, resuelto á castigar á toda la guardia del Pontífice, diciendo mientras se armaba que de los que allí había ninguno quedaría con cabeza. Entonces

(1) Este incidente debe considerarse como sucedido; de él hablan Juan Bruchardó en su discurso, Tomasi en la vida que escribió de César Borgia, y Fernández de Oviedo (que se encontraba en Roma en este tiempo) en sus *Quinquagenas* (obra manuscrita é inédita que se conserva en la Biblioteca Nacional).

(2) Surgió esta disputa por querer el escuadrón suizo que formaba la vanguardia del Duque que recogiesen los borgoñones la bandera que llevaban; un arquero de la citada vanguardia fué á intimar al capitán borgoñón que plegase su bandera, pues sabía que sus naciones eran enemigas, no pudiendo la tropa suiza consentir fuese tendida delante. El capitán requerido contó al que mandaba la compañía española la extraña demanda, y ambos capitanes contestaron á los suizos que aquella bandera había de volver como salió de Roma.

César, al enterarse de esa disputa, envió un arquero para decir á los españoles y borgoñones que recogiesen su bandera. Al cumplir su mandato dijo tales desatinos, que Maldonado dió al arquero dos ó tres palos y le dijo: «Tomad, porque decís más de lo que os mandaron, que el Duque no es tan mal criado como vos, y aquí hay hombres que le han servido mejor que vos y que le servirán cuando convenga». No bien se enteró César de haber sido maltratado el arquero, dijo: «Aquí no son menester palabras, sino manos», y empezó á escuadronar á los suyos.

Hugo de Moncada y otros españoles (1) que también militaban con el Duque Valentín, acercándose á él, le dijeron: «Señor, dadnos licencia, que queremos defender á nuestros amigos y españoles; y mirad bien lo que hacéis, que no es razón veamos maltratar los nuestros por-veniros á servir». Con estas palabras César se reportó, y al fin este incidente terminó de modo satisfactorio (2), merced á la diligencia de Moncada y de los otros capitanes (3).

Volviendo á la entrada triunfal de César en Roma, debe consignarse que fué recibido por el Papa su padre con gran ceremonia y extraordinaria solemnidad. Alejandro VI le nombró Capitán General y Canfalonier de la Iglesia, y se celebraron grandes fiestas. Á todas ellas D. Hugo debió asistir, distinguiéndose y tomando parte muy activa, no sólo por la edad en que entonces se encontraba, sino por la circunstancia de haber servido de modo tan principal en el ejército de César.

No se mantuvo éste mucho tiempo en Roma. Pronto salió de ella para proseguir sus novelescas expediciones; pero parece probable que ahora no le siguió nuestro caudillo, sino que quedó en Roma hasta que marchó á Nápoles, teniendo en cuenta que las expediciones que llevaba á cabo César se hacían poco apetecibles para continuarlas ctra vez, sobre todo á los que, como D. Hugo, sólo le seguían por el vínculo de la amistad, sin mediar subordinación ni deberes de otra clase; además, las relaciones entre D. Hugo y César se fueron entibiando á causa de los incidentes que ocurrieron entre las tropas españolas y las del ejército de César (4), los cuales se repetían con frecuencia, y daban por resultado el que los es-

(1) Eran éstos Juan de Cardona, Juan Armendáriz, Álvarez de Ayllón, el coronel Pizarro, Jorge Díaz y Diego Quiñones.

(2) Se acordó que las dos banderas de la guardia del Papa se llevarsen desplegadas delante de todo el ejército.

(3) Pudo tener este incidente fatales resultados, pues entonces había en Roma, con ocasión del Jubileo, gran afluencia de españoles, muchos de los cuales hubieran intervenido en favor de sus compatriotas.

(4) El que acabamos de narrar fué el más violento de ellos.

pañoles, mirando por su dignidad y honor, se apartasen de los italianos, no prestándose á sus atentados (1).

Por este tiempo ardía ya la guerra de Nápoles que mantenían españoles y franceses. César Borgia parece que se inclinaba á favor de estos últimos, por lo cual el Gran Capitán «envió á decir á D. Hugo de Moncada que ya veía la necesidad en que las cosas del Rey D. Fernando estaban, que le rogaba mucho se despidiese de César Borja y se viniese á su campo á ayudar á quien de derecho divino y humano debía» (2).

Obedeció Moncada, y juntamente con Juan Cervellón, Pedro de Castro, Diego Quiñones y Jerónimo de Loris pasó al ejército de Gonzalo, y éste dió á nuestro héroe el mando de una compañía de 400 hombres. Ocurrió ahora la batalla del Garellano, en la que Moncada debió portarse con bravura por la estimación que de él se hizo después y por un incidente de la batalla en que intervino (3). Cansados los franceses

(1) Vargas Ponce, en su obra inédita, cita la siguiente anécdota: Cierta día, varios soldados de las tropas de César corrían por las calles de Roma en estado de embriaguez, llevando sobre una mesa á uno que no cesaba de gritar: *Francia, Francia, Milán, Milán, Borgia, Borgia*. Diez españoles arremetieron contra ellos y mataron al de la mesa y algunos más. Súpolo el iracundo César, y armándose, juró públicamente *que no había de quedar compañero ó turma de español aquel día en Roma*. Sabido tan ruin propósito por los capitanes de su servicio, se le presentaron, y Sancho de Valduncellas, el más anciano y de experiencia mientras á gran prisa se armaba César, le dijo: «Señor, »estos capitanes que aquí veis nos venimos á despedir de V.^a Exc.^a »porque no somos para castrados; mas hacemos saber que el que nos »quitare las turmas, le dolerá la cabeza. Y que V.^a S.^a no debe encargarse deste oficio, que no es para vos, y quédese V.^a Exc.^a con Dios »y enviadnos esos carniceros». Dicho esto, volviéronle las espaldas á César, el cual, de furioso y colérico, le saltaban las lágrimas. «Estos »repetidos lances—prosigue el autor citado—demuestran que, si don »Hugo de Moncada y aquellos adalides, de tan conocidas familias »nuestras, militaban con el Nerón de su tiempo, sabían desafiar sus furias».

(2) Baeza, obra citada.

(3) Baeza cita este episodio con bastante extensión y aun revisitiéndolo de un colorido que él no pudo observar. Ese relato debió tomarlo de Jorio.

del sistema de guerra que les obligaba á llevar Gonzalo de Córdoba, decidieron atravesar el río por un puente previamente construído, colocando artillería en la ribera de su campamento para que impidiese á los españoles la defensa. Nada sirvieron estas precauciones, pues apercebido el Gran Capitán del peligro que corrían sus planes, arrojó sobre la hueste francesa que pretendía pasar sus más valientes soldados y entre los primeros D. Hugo, entablándose sobre las débiles barcas del puente encarnizadísima lucha en que á los horrores de todo combate se añadía el verificarse éste sobre un río cuyas orillas, abruptas en aquel lugar, condenaban á muerte segura á todo guerrero que la violencia del choque arrojara en sus aguas. Los franceses hubieron de abandonar el proyecto.

Con la estancia de D. Hugo en la guerra de Nápoles puede decirse que termina un período de su vida, y según señalábamos al principio del capítulo, en el que pudo adquirir aquella sólida instrucción y práctica en el manejo de las armas que luego tuvo ocasión de mostrar. Viene ahora un corto espacio de su vida en que figura como gobernador de Calabria, regresando después á su patria y navegando más tarde por el Mediterráneo armado en corso.

Por las dotes militares acreditadas por Moncada en el Garellaño, el Gran Capitán le designó para el nombramiento de gobernador de Calabria, país en que los angevinos se mostraban aún díscolos y rebeldes. Marchó D. Hugo á su gobierno, y apenas hubo tomado posesión de él recibió aviso de estarse tramando en Castelvetro un levantamiento en favor de los franceses por el Duque Vicencio Carrafa. Sin esperar más se puso en marcha por la noche y sorprendió la población, apoderándose de la persona del Duque.

Entre tanto la guerra de Italia había terminado, y Fernando, para aliviar el tesoro, ordenó á Gonzalo de Córdoba licenciar buena parte del ejército. Con tal motivo volvió don Hugo á su patria (1506) y á su antiguo hogar (1), de donde saliera mozo á ver mundo, para tornar ya capitán reputado como bueno y rodeado de la aureola de gloria en que aquella

(1) Dos años antes había muerto su padre.

primera guerra de Italia parecía envolver á todos sus soldados.

Corto debió ser, sin embargo, su reposo, pues á poco le vemos armado en corso cruzar el Mediterráneo en persecución de los piratas berberiscos, cosa no rara entre los jóvenes nobles de entonces (1) y menos en nuestro Moncada, que habiendo nacido no lejos de la costa, debía conocer los estragos de la piratería, y por ser tradicional en su familia la afición á las cosas de mar (2) y vestir él mismo el hábito de San Juan, parecía obligado á ello. Casi nada más podemos saber de este período.

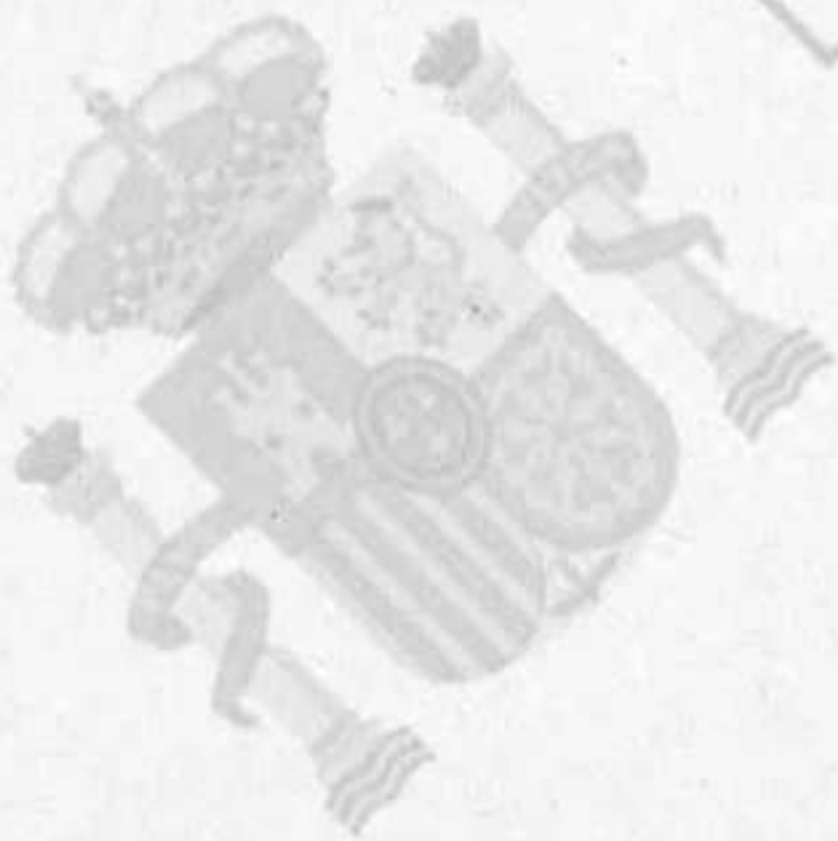
Los biógrafos anteriores lo rellenan con expresiones vagas encomiando el valor que nuestro héroe desplegó en las empresas marítimas. La encomienda de Santa Eufemia en Calabria que se le otorgó parece ser recompensa de tales servicios.

FRANCISCO SAN ROMÁN.

(1) Véase la vida de Pero Niño por Vargas Ponce.

(2) En 825 Armengol de Moncada venció á los moros. Otto, tercer abuelo de D. Hugo, fué Almirante de Aragón reinando Pedro IV, y su mismo abuelo el Señor de Chiva mandó también expediciones marítimas.

MINISTERIO
DE CULTURA



EL COLECTIVISMO ⁽¹⁾

CAPITULO VI

Cómo, á juicio de Serpa Pimentel, se efectuarán la transformación del capital y la nivelación de los bienes. — El colectivismo según Kropotkine. — La propiedad social y el sistema colectivista tales como los considera y aprecia Ives Guyot. — El colectivismo de los jesuitas en el Paraguay. — Algunas consideraciones de Mr. Potter y Mr. Laveleye. — Conclusión.

I

Antes de exponer el juicio crítico que del colectivismo han hecho varios distinguidos pensadores, y de poner término á esta serie de consideraciones, encaminadas casi exclusivamente á dar á conocer algunos de los principales sistemas que han venido formulándose para la transformación de la propiedad y para la extirpación de los excesos del capitalismo y del industrialismo modernos, diremos algo de la teoría patrocinada por el ilustre publicista portugués Antonio de Serpa Pimentel, que en la baja del interés del capital y en el aumento de la tasa de los salarios encontró el medio de llegar á la nivelación de los bienes y á la desaparición del régimen ó manera de ser actual del capital. Más que socialista era Serpa Pimentel reformador individualista, y así se desprende del folleto, tan digno de meditación y estudio, menos conocido entre nosotros de lo que debiera serlo, que dedicó al estudio del *Anarquismo*.

« Los anarquistas, como los socialistas — dice, — proclaman la abolición de la propiedad individual. Por parte de los últimos se comprende esto, porque la lógica les lleva forzosa-

(1) Véase la pág. 313 de este tomo.

mente á no admitir más que la propiedad colectiva. Por parte de los anarquistas, este principio es imperfecta traducción de su verdadero *desideratum*, que es la igualdad de fortunas, que no haya ricos ni pobres. De aquí que el ideal, prácticamente irrealizable, pero hacia el cual caminan y debemos caminar, es el mismo que resulta de los hechos sociales siguientes: disminución progresiva del provecho del capital y progresión ascendente del precio del trabajo. Se ha visto que el producto ordinario del capital ha descendido desde un rédito elevadísimo hasta el cinco por ciento, aun en nuestro tiempo, hoy al tres, y por las mismas razones ha de bajar dentro de poco al dos, y más tarde al uno, y posteriormente á medio, á un cuarto y así sucesivamente. En compensación, por el contrario, el precio del trabajo, que ya en nuestros días aumentó en cincuenta por ciento, y en algunos casos todavía más, seguirá aumentando al doble, al triple, al cuádruple y mucho más; la cuestión es de tiempo, y el tiempo se compone de años, décadas y siglos. »

Estas ideas del ilustre hombre público portugués tienen mucho de utópicas. No puede decirse en absoluto que no se realizarán; pero sí que será preciso un cambio radical en las condiciones sociales y económicas; cambio que los evolucionistas esperan del transcurso de los años, y que los radicales confían á una revolución más ó menos inmediata que se extenderá á todos los pueblos. Sin embargo, M. Serpa Pimentel veía en ello la solución natural y práctica del problema social. «La propiedad individual—escribía—no puede abolirse, porque es natural, instintiva y consecuencia lógica de la iniciativa y libertad humanas, y para conjurar la urgencia de la solución y suavizar el antagonismo entre pobres y ricos y sobre todo entre obreros y patronos, se ofrece en el actual momento como solución única el aumento cada vez mayor del precio del trabajo y la determinación del producto del capital: esta idea ha sido más ó menos claramente prevista y anotada por varios meritorios pensadores; nuevos descubrimientos y la invención constante de máquinas irán suprimiendo el trabajo humano más grosero y puramente material, trabajo manual meramente bruto, y

habrá tan sólo trabajo manual inteligente, y por lo tanto cada vez mejor retribución.»

El *dejar hacer, dejar pasar*, de los antiguos fisiócratas y de los economistas clásicos, fundamenta, pues, la teoría de Serpa Pimentel. No se precisa de sistemas organizadores; basta que las cosas sigan su curso, ó á lo sumo favorecer la marcha por medio de meditadas reformas. El interés del capital irá bajando hasta tocar con el cero; el trabajo manual bruto desaparecerá, sustituyéndole el inteligente; la remuneración de éste será cada vez mayor, y por semejante evolución en sentido inverso se llegará á la nivelación de los bienes, desiderátum á que debe aspirarse. En estas ideas, en las que resplandece el principio individualista, con lo que se aproxima á los teóricos del anarquismo, indirectamente combate á los colectivistas. Nosotros creemos que jamás desaparecerá el capital, aunque llegue á ser exclusivamente social, aunque no produzca rendimiento alguno, pues no podrá prescindirse de las máquinas, de los instrumentos del trabajo, de los medios de producción, que son un capital, y creemos que el trabajo no llegará á absorber en absoluto el producto, porque de éste, por ejemplo, ha de salir lo necesario para la reparación y sustitución de esos medios de producción, etcétera, etc. Por otra parte, aun cuando así no fuera, no vemos como resultado de ello la nivelación de los bienes. Para conseguirla entendemos que no bastará la desaparición del interés del capital y la absorción total del producto y el trabajo. Por tales razones insistimos en considerar utópica esta teoría.

II

El Príncipe de Kropotkine es acaso y sin acaso el actualmente principal definidor y propagandista de la teoría libertaria. Por lo tanto, á él acudiremos para dar á conocer el juicio que del colectivismo ha formado la célebre secta. «Según es sabido—escribe en su *Conquista del pan*—el colectivismo introduce importantes modificaciones en el actual régimen de la producción, pero sin prescindir del salario, limitándose

á sustituir al patrono con el Estado, es decir, con el gobierno representativo nacional. Los representantes de la nación ó del municipio, sus delegados ó sus funcionarios son quienes se encargan de la gerencia de la industria, y al mismo tiempo se reservan el derecho de emplear en provecho de todos el exceso de valor de la producción. Además, se establece en este sistema una distinción muy útil, pero llena de consecuencias, entre el trabajo del peón y el del hombre que ha hecho un aprendizaje previo. El trabajo del peón no es á los ojos de los colectivistas más que un trabajo simple, al paso que el artesano, el ingeniero, el sabio, etc., practican lo que Marx llama un trabajo compuesto, y tienen derecho á un salario más alto. Pero peones é ingenieros, tejedores y sabios, son asalariados del Estado, «todos funcionarios», como dicen para dorar la píldora. Pues bien, el mayor servicio que la próxima revolución podría prestar á la humanidad sería crear una situación en la cual se haga imposible é inaplicable todo sistema de salario, y donde se imponga como única solución el comunismo, negación de todo sistema de salario.»

Siguiendo Kropotkine su crítica del colectivismo, repetida por los *libertarios* españoles, como lo evidencian sus acuerdos últimos, añade: «Aun admitiendo que sea posible la modificación colectivista si se hace por grados durante un período próspero y tranquilo, no será posible en período revolucionario, porque al día siguiente de tomar las armas surgirá la necesidad de alimentar á multitud de seres. Puede hacerse una revolución política sin que se trastorne la industria; pero una revolución en la cual el pueblo ponga la mano en la propiedad produciría inevitablemente una súbita paralización de la producción y del comercio. Los millones del Estado no bastarían para asalariar á los infinitos hombres faltos de trabajo. No nos cansaremos insistiendo en este punto: la reorganización de la industria sobre nuevas bases no se hará en unos cuantos días, y el proletariado no podrá poner años de miseria al servicio de los teóricos del salario. Para atravesar el período de las dificultades reclamará lo que siempre ha reclamado en tales circunstancias, la comunidad de los víveres, el racionamiento. Para que el colectivismo pueda esta-

blecerse necesita ante todo orden, disciplina, obediencia, y como los capitalistas advertirán muy pronto que hacer fusilar al pueblo por los que se revolucionaron es el mejor medio de disgustarle de la revolución, prestarán ciertamente su apoyo á los defensores del orden, aun á los colectivistas, pues ya verán más tarde el modo de aplastar á éstos á su vez. Si el orden queda establecido, los colectivistas guillotinarán á los anarquistas, y á su vez serán guillotinado por los reaccionarios».

Enfrente de la solución colectivista que tan crudamente aprecia, pone Kropotkine la comunista de los *libertarios*, y para hacer ver su posibilidad y sus ventajas acude al ejemplo tomándole de los comunes ó municipios rurales. «Fijaos—dice—en un municipio rural, sin que nos importe cuál. Si posee un monte, mientras no faltan leñas menudas, cada cual tiene derecho á coger cuanta quiera, sin más reparo que la opinión pública de sus convecinos. En cuanto á la leña gruesa, como es poca, se recurre al racionamiento. Lo mismo sucede con las dehesas boyales. Mientras hay de sobra para todo el municipio, nadie mira lo que han pastado las vacas de cada vecino, ni el número de vacas que van á los pastos. Sólo se acude al reparto ó al racionamiento cuando los pastos son insuficientes. Toda la Suiza y muchos municipios de Francia y de Alemania donde hay pastos comunales, practican este sistema. Y si vais á los países de la Europa oriental, donde se encuentra á discreción la leña grande, ó no falta suelo, veréis á los aldeanos cortar árboles en los montes con arreglo á sus necesidades, cultivar tanto terreno como les hace falta, sin pensar en racionar la leña gruesa, repartiéndose el suelo según las necesidades de cada uno desde que falta aquélla ó éste, como ya sucede en Rusia.»

Este procedimiento, tan sencillo, tan fácil de llevar á cabo y tan fraternal, es, á juicio del distinguido teórico del anarquismo, el informante del sistema de su secta, que resume del siguiente modo: «Sin tasa lo que abunda, á ración lo que haga falta medir y repartir. ¿Quién tendrá derecho á los bienes comunes? Mientras los trabajos no estén organizados, mientras

dure el período de efervescencia y sea imposible distinguir entre el haragán perezoso y el desocupado involuntario, los alimentos disponibles deben ser para todos, sin excepción alguna».

Como este sistema, que ofrece tanto de soñador, es la antítesis del que proclama la escuela colectivista, Kropotkine, al proseguir su exposición, multiplica los ataques. Según él, «los colectivistas comienzan por proclamar un principio revolucionario, la abolición de la propiedad privada, y lo niegan en seguida de proclamarlo, manteniendo una organización de la producción y del consumo», que ha nacido de la propiedad privada». Según él, «proclaman un principio revolucionario é ignoran las consecuencias que inevitablemente debe traer consigo, olvidan que el hecho mismo de abolir la propiedad individual de los instrumentos del trabajo, suelo, fábricas, vías de comunicación, capitales, tiene que lanzar á la sociedad por rumbos absolutamente nuevos, que deben trastornar de arriba abajo la producción, lo mismo en su objeto que en sus medios, que todas las relaciones cotidianas entre los individuos deben modificarse desde el momento en que consideran como posesión común las tierras, las máquinas y todo lo demás».

Para dar á conocer mejor su pensamiento, añade: «No hay propiedad privada, dicen los colectivistas, y en seguida se apresuran á mantenerla en sus manifestaciones diarias. Seréis una colectividad en cuanto á la producción de los campos, las herramientas, las manufacturas, los ferrocarriles, puertos, minas, etc.; todo es vuestro, no se hará la menor distinción de la parte que toque á cada uno en esa propiedad colectiva; pero desde el día siguiente os disputaréis con toda minuciosidad la parte que vais á tomar en la creación de nuevas máquinas, en la constitución de nuevas minas; trataréis de poseer con toda exactitud la parte que corresponda á cada uno en la nueva producción, contaréis vuestros minutos de trabajo y velaréis por que un momento de vuestro vecino no pueda compar más productos que uno vuestro, y puesto que la tierra no pide nada, puesto que en tal manufactura un trabajador puede vigilar seis telares á la vez, mientras que en

tal otra fábrica no vigila más que dos, pesaréis la fuerza muscular, la energía cerebral y la energía nerviosa que hayáis gastado, calcularéis estrictamente los años de aprendizaje para valorar la parte de cada uno en la producción, y todo eso después de haber destarado que no tenéis de ningún modo en cuenta la participación que podéis haber tenido en la producción pasada».

«Pues bien—dice en conclusión,—para nosotros es evidente que una Sociedad no puede organizarse con arreglo á dos principios opuestos en absoluto, que se contradicen de continuo, y la nación ó el municipio que se diesen tal organización se verían obligados á volver á la propiedad privada, ó á transformarse inmediatamente en sociedad comunista.»

III

Si partiendo de la vida individualista en toda su exaltación, llevada á sus consecuencias últimas, llega Kropotkine, como acabamos de ver, á la preconización del régimen económico-social comunista y la condenación del colectivismo, igualmente se pronuncia contra éste Mr. Ives Guyot, apoyándose en el mismo principio y llevado además por el despecho, efecto de derrotas electorales. Mr. Guyot, cual el más exaltado de los economistas clásicos, no encuentra nada de bueno en el socialismo y especialmente en el colectivista: le censura y le vitupera lo mismo en sus soluciones radicales y revolucionarias que en sus tendencias oportunistas y conciliadoras. Prueba de ello nos la ofrece en el libro que publicó con el título de *La comedia socialista*. Comienza su crítica refiriéndose al siguiente pasaje de un folleto denominado *El programa del partido obrero*, dado á luz en 1890, por Mr. Julio Guesde y Mr. Pablo Lafargue: «La clase productora, sin distinción de sexo ni de raza, no será libre, esto es, dueña de sí misma y de todo lo que existe y ha nacido de sus obras, sino cuando haya destruído la apropiación individual de los medios de producción, sustituyéndola con la apropiación colectiva ó social».

Y abunda en lo que el mismo Guesde expresó en Noviembre de 1894 ante la Cámara de Diputados, diciendo que «es preciso el colectivismo social, ó la propiedad colectiva en toda la humanidad».

Respecto á los medios para conseguirlo, cuestión de la que acto seguido se ocupa Mr. Guyot, dice que son variadísimos los proyectos, y cita al efecto otro folleto de Mr. Guesde (*El colectivismo y la revolución*), en el cual manifiesta que «la expropiación sin indemnización es tan quimérica como el *rescate*, y por disgusto que pueda experimentarse, por penoso que parezca á las naturalezas este nuevo y último medio, no tenemos delante otro que el de recuperar violentamente de algunos lo que pertenece á todos... Los capitales que se trata de recuperar, como la tierra, son anteriores al hombre, para quien son el *sine qua non* de existencia. No pueden, por consiguiente, pertenecer á los unos con exclusión de los otros sin que estos otros sean robados, debiendo agarrarse por la garganta á los ladrones y obligarles a restituir, lo cual ha sido considerado siempre, no diré como un derecho, sino como un deber el más sagrado de los deberes».

Apreciando estas ideas de Mr. Guesde, que en verdad no están muy conformes con las expresadas últimamente por Bebel y otros colectivistas, que respetan las pequeñas propiedades de los labriegos y que patrocinan la indemnización, añade Mr. Guyot: «Si el robo es un crimen, ¿cómo Mr. Guesde y sus amigos pretenden ser virtuosa la expropiación violenta que reclaman? Hasta el presente ha sido llamada robo esta expropiación sin indemnización. ¿Cómo conciliar los términos de esta predicación que á la vez condena y predica el robo?»

Después de censurar á Guesde y á los colectivistas que le siguen, por querer la expropiación total de los medios de producción sin indemnizar á los actuales poseedores, para constituir la propiedad social de la colectividad, les censura con la menor acritud por sus atenuaciones del principio á que se prestan en beneficio de los pequeños dueños de propiedades cultivadas por ellos mismos. «Comprendiendo—dice—que los pequeños propietarios no verían con buenos ojos esta

expropiación sin indemnización, Mr. Guesde y sus amigos han cambiado de actitud para con ellos, han considerado que sus principios debían ceder ante esta fuerza electoral, y en lugar de tratarles como ladrones de los campos, puesto que el partido obrero intenta restituir á la nación obrera las minas, caminos de hierro, fábricas, etc., acaparados por los bandidos de la banca, se os dice que pretendemos quitar al pequeño cultivador lo que posee. Las gentes que os dicen estas mentiras son los mismos que en tanto que os excitan contra vuestros hermanos, los trabajadores de las ciudades, os roban vuestras economías.»

Para dar cuerpo á sus ataques al socialismo colectivista y presentarlo como en abierta contradicción consigo mismo, acude Mr. Guyot al Congreso de Lille, celebrado en Septiembre de 1896, y manifiesta que en él «Mr. Liebknecht y otros socialistas alemanes, Julio Guesde, Pablo Lafargue y varios de los directores del Congreso, hicieron votar la resolución siguiente: «El Congreso, considerando que si es tan fatal como la concentración industrial y comercial la de la tierra, no ha llegado en los actuales momentos al mismo grado en los diversos países de Europa, da mandato á los delegados en el Congreso de Londres para afirmar la necesidad de dejar al partido socialista en cada país la libertad de su política para con las poblaciones agrícolas»; y comentando con la intención que caracteriza todo su libro, libelo más bien contra el socialismo, tal acuerdo, pregunta: «¿Qué es esto?» Y contesta: «Es la dislocación del partido socialista, porque no tiene razón de ser si no mantiene su proposición de «nacionalización de todos los medios de producción, de cambio y de repartición».

IV

Pero dejemos á Guyot y veamos cómo ha apreciado al colectivismo el ya citado escritor portugués M. Serpa Pimentel, considerándole desde un punto de vista más científico. Como el objeto del opúsculo á que ya nos hemos referido es el estudio del anarquismo, hace notar en primer término que

el único punto de contacto entre los *ácratas* ó *libertarios* y los *colectivistas* lo es la supresión de la propiedad individual; pero observa que en esto mismo «las dos escuelas arrancan de un principio falso, cual lo es el de la igualdad natural entre los hombres», igualdad que, á diferencia de la social, entiende no pueden decretar, «porque la naturaleza hace á los hombres desiguales», y, como consecuencia de ello, «la propiedad se individualiza tanto más cuanto los hombres nacen con facultades más desiguales, toda vez que el robusto trabajaría mucho, y el débil y perezoso poco, el inteligente y hábil produciría bien, y el desarreglado y estropeado ha de hacerlo mal», y además la mayor parte de los hombres, si no hubiesen de quedar personalmente propietarios ó usufructuarios de su trabajo, no trabajarían».

Es innegable la exactitud de las anteriores consideraciones y tanto lo es que son muchos los socialistas, y aun los colectivistas, que comprendiendo su fuerza procuran en sus sistemas organizadores obviar la dificultad. La igualdad absoluta entre los hombres, tanto como un absurdo es un imposible, y así entrañaría una gran injusticia y al mismo tiempo otras desigualdades tal vez mayores que las á que se quiere poner término, por considerar y retribuir del mismo modo trabajos de intensidad y valor diversos y privar al trabajador de los productos de su faena. Por eso los más reflexivos de los socialistas atribuyen á la colectividad únicamente algunos de los medios de producción, los que ofrecen un muy pronunciado carácter social, y por eso también á la antigua fórmula de retribución, *á cada uno según sus necesidades*, sustituyen la de *á cada uno según sus necesidades naturales y su trabajo*.

«La propiedad colectiva—prosigue diciendo—no es invención de los socialistas ni de los anarquistas y, sobre todo, no es un progreso, sino un retroceso á las épocas primitivas y semibárbaras, y aun hoy se encuentra en países y razas donde se vive en el mayor atraso de civilización. Antes de haber propiedad territorial individual hubo propiedad colectiva, de las familias y de la tribu. En Rusia puede observarse este hecho, que se da también en Argelia entre las tribus nó-

madras, siendo un resto de las épocas bárbaras. En todo caso las propiedades territoriales que no pertenecen á un individuo, sino á una colectividad cualquiera, nunca son tan bien cultivadas ni producen tanto como los terrenos de propiedad individual. La historia nos dice que la agricultura fué siempre rudimentaria é imperfecta bajo el régimen de la propiedad rural colectiva, y el primer resultado sería la disminución de la producción y, por consiguiente, un aumento de miseria general, con la única diferencia de que alcanzaría en parte á individuos á quienes hoy no.»

El Sr. Serpa Pimentel acentúa aún más su crítica en las siguiente líneas, con las que le pone término: «Suponiendo posible la regeneración colectiva, que no llegaría, por lo menos en los primeros tiempos (podríamos decir en los primeros siglos), á abrazar inmediatamente todas las naciones de Europa, Asia, América, África, y Oceanía, ¿cómo había de vivir esa colectividad enfrente de las naciones que rigen gobernadores tal como ahora se gobiernan? De un lado la iniciativa individual en el comercio y en la industria, y el amor al lucro personal, que hace maravillas dentro del actual régimen; del otro, el famoso gobierno de la comunidad, ocurriendo á todo, siendo el solo industrial, el único comerciante, y actuando siempre con la morosidad y la falta de unidad en la concepción con que obran y han de obrar todos los gobiernos y todas las colectividades. Está claro que en el Estado ó los Estados colectivistas serían combatidos por los otros, y que por esta razón, al poco tiempo la miseria de los primeros provocaría en el seno de cada uno de ellos inevitable revolución contra el colectivismo».

IV

Como se ve en los pasajes transcritos, Serpa Pimentel ha recogido en ellos varios de los argumentos que en contra del colectivismo aducen sus adversarios, en especial los economistas de la escuela individualista. Le considera como de planteamiento imposible, al menos en décadas de años, le

achaca el que produciría la ruina de las naciones que lo practicasen mientras que no fuese un régimen universal, y pronostica que con él sería inevitable la miseria, mucho menores que actualmente la unidad y la actividad á la producción necesarias, etc., etc. ¿Es esto cierto? No, dicen los colectivistas, cuidándose de demostrarlo. Á sus propósitos coadyuvan también los ejemplos que suministran varias comarcas de España, Suiza y otras naciones, y á ello concurre igualmente, considerando que las circunstancias y condiciones particulares de los pueblos son las que principalmente determinan el éxito de los sistemas económico-sociales, lo que aconteció en las famosas *Reducciones* de los jesuítas del Paraguay. Fué éste un hecho tan singularísimo, patentizó de tal modo que el colectivismo no es un imposible, que nos permitiremos dedicarle algún espacio.

Mr. Von Kirckenhein es uno de los escritores que mejor han puesto de relieve lo que era este colectivismo que practicaron durante tanto tiempo los jesuítas en la entonces posesión española. «La organización social—dice en su *Eterna utopía*— estuvo exactamente en relación con la constitución religiosa. Fué preciso vencer la avidez que se hallaba fuertemente arraigada en el corazón de aquellos salvajes, como en el de todos los pueblos atrasados, y á ello se llegó por la supresión de la propiedad privada. Todo se hizo como cosa de Dios, encubriéndose así á los cristianos la miserable burla que se les hacía, y se les condujo á un sistema de comunismo general. No había otra propiedad que la de los objetos de uso corriente, abandonándose además á la propiedad privada y libre los objetos sin importancia y aquellos á los que sus propietarios renunciaban voluntariamente. Por ejemplo: las mujeres podían conservar una pequeña cantidad del algodón cosechado, para hacerse vestidos suplementarios, á lo cual renunciaban facilmente y se ahorran el trabajo de confeccionarlos. Allí donde el cultivo de las tierras era dejado á la iniciativa privada, se organizaba una vigilancia severa para que la recolección fuese hecha en el tiempo marcado. La noción del derecho de sucesión permaneció perfectamente desconocida, y aun algún tiempo después de la

disolución del Estado de los jesuitas no fué fácil hacérsela comprender á los indígenas. ¿No es ésta una prueba de que las nociones jurídicas más elementales y corrientes no son eternas?

« En este Estado—prosigue Kirchenein—los inmuebles y todos los objetos que no eran de uso ordinario constituían la comunidad, formando este fondo común la propiedad de la misma. Las bestias de carga se hallaban en este caso: no podían ser propiedad privada. Cada cultivador recibía anualmente una pareja cuya restitución garantizaba. Sucedió con frecuencia que uno de estos cultivadores se acercaba al padre y le pedía nuevos bueyes, alegando por excusa, ó que se le habian escapado, ó que un jaguar los había devorado, y jamás se hacía la menor investigación, porque sabían que estos medios eran inútiles. Se daban al sobrestante nuevos bueyes, y al mismo tiempo se le advertía que en lo sucesivo fuese más cuidadoso, aplicándole una tanda de palos. Fuera de las bestias de arrastre, los asnos eran únicamente empleados en el trabajo agrícola, reservándose los caballos para los funcionarios y soldados. »

« ¿No son estos hechos—añade—de naturaleza para hacer reflexionar á cuantos piensan que el hombre sería dichoso en semejantes Estados? En el á que nos referimos el cuidado de los medios de subsistencia correspondía á la comunidad: la carne, por ejemplo, era abundantísima, porque estas Misiones tenían más de cincuenta mil cabezas de ganado vacuno y más de trescientos mil corderos, y era distribuída todos los días, la sal lo era todas las semanas, y así en lo demás. Á pesar del espíritu de igualdad y de equidad que presidía estas distribuciones, sucedía con frecuencia algo semejante á lo que constituye las usurpaciones ilícitas. »

Concluye Kirchenein sus indicaciones referentes al régimen colectivista jesuítico del Paraguay manifestando « que las profesiones eran absolutamente arregladas según los dictados utopistas, estando organizado el trabajo en manufacturas vigiladas por los padres »; que el comercio « se limitaba á las materias primeras, y de conformidad con la organización social, no se hacía sino en el extranjero, pues en el inte-

rior no había cambios»; que en esta inmensa explotación « todo se limitaba á un transporte de artículos en los libros de contabilidad, siendo el comercio del Estado la consecuencia de la organización social colectiva, pues el Estado, representado por los jesuítas, hacía el comercio, y lo que se llama balanza del mismo, era un mero excedente, constituyendo los grandes tesoros de la orden los resultados de esta organización colonial»; que de estos principios resultó también que « había poca necesidad de medios de cambio, como en la *Ciudad del sol*»; que la propiedad « común de los bienes, su división, lo mismo que la del trabajo por la autoridad superior, habían hecho inútil la forma de pago en dinero », y que esta ausencia del metálico « pareció á los jesuítas el triunfo de su sagacidad política ».

V

En el régimen social colectivista de que acabamos de dar ligera idea había indudablemente mucho tomado á los utopistas y no poco identificado con lo que puede decirse *idiosincrasia* de la Compañía de Jesús. Varias de sus prácticas aparecen en los sistemas colectivistas posteriores; pero éstos rechazan lo que tenía de más avasallador; lo que suprimía la libertad y atrofiaba la inteligencia de los á él sometidos. Pudo regir con toda su amplitud en un pueblo salvaje, pero no podría hacerlo en un pueblo civilizado. Demuestra, sin embargo, como ya hemos dicho, que el colectivismo no es un sueño irrealizable. Adaptarlo en los pueblos á las condiciones de las actuales sociedades, contestando al mismo tiempo las objeciones que se le han hecho, es lo que procuran algunos de los últimos planes y programas. De varios de ellos ya nos hemos ocupado. Ahora lo haremos brevemente del sistema de Mr. Jorge Renard.

Refiriéndose á la teoría desarrollada por este distinguido escritor, escribía Mr. Agathon de Potter en la *Revue Socialiste*, que estableció, que « en toda sociedad hay propiedad individual y propiedad colectiva; que ésta debe elevarse al

máximum posible; que la supresión de la individual es un absurdo, y que esta propiedad no debe tener por objeto sino los productos del trabajo ».

Á juicio de Mr. Potter, esto es tan claro como preciso, no obstante lo cual algunos socialistas lo rechazan, ó al menos rehuyen contestarlo. « Así — dice en un artículo que tiene por título *Una cuestión bien fijada*, que apareció en el año 1897 en la *Cuestión Social*, — Mr. Arggrades escribió lo que sigue: « Jorge Renard no se toma el trabajo, como J. Deville, de fijar un límite á la propiedad individual, diciéndonos lo que será y en qué consistirá esta propiedad bajo un régimen socialista. Sin embargo, era preciso que el equívoco cesase, pues no se puede ser al mismo tiempo partidario de la propiedad individual y de la propiedad colectiva ». Que todo no puede ser á la par propiedad colectiva y propiedad individual es precisamente lo que ha querido decir Mr. Arggrades. Pero ¿dónde está el absurdo al pretender que tal cosa debe ser apropiada colectivamente y tal otra individualmente? La coexistencia de estas dos clases de propiedades es tan racional que el mismo Mr. Arggrades la acepta. « Por su propia confesión, Mr. Renard admite la nacionalización de la tierra, de las fábricas, de los instrumentos del trabajo y de toda la producción; y entonces, ¿en qué consiste, según él, la propiedad individual? Con él se grita: « Socialistas, decid claramente que vosotros defendéis la propiedad individual, pero que la única aceptable, la única justa, es la que reposa en el trabajo. ¿Es esto querer la socialización de toda la producción? »

« Acabo de afirmar — escribe también Mr. Potter — que Mr. Arggrades acepta las dos especies de propiedades, la individual y la colectiva; he aquí la prueba: « La palabra socialización lleva consigo su propia definición. Quien dice socialismo entiende la socialización de todas las riquezas mobiliarias é inmobiliarias, y desde el momento en que se socialicen las riquezas, éstas serán sociales, y nadie podrá pretender ser propietario individual de tal trozo de terreno, de tal parte de edificio, que debe servir á todos ». Hasta aquí parece diferir de mi opinión; pero veamos el resto. En él rec-

tifica lo que su proposición tiene de absoluta. «Ciertos bienes, tales como los vestidos, los recuerdos artísticos y otros objetos de escasa importancia, no se toman en cuenta: no hay que discutir sobre cosas tan sencillas.»

Resulta, pues, que Mr. Potter, al combatir la opinión de Mr. Arggrades, se agrega á la de Mr. Renard, admitiendo con éste la posibilidad, más aún, la necesidad, de que, al lado de la propiedad colectiva, cuyo aumento constante debe procurarse, subsista la individual de determinados objetos. Hace notar también que la palabra socialismo no es sinónima de colectivismo, pues como nuestro mismo diccionario expresa, es «un sistema que se propone, principalmente, una nueva distribución general de bienes». Indudablemente, el colectivismo es una de sus más rigurosas y generales manifestaciones, la más importante y desarrollada de todas; pero no es la única, y así se desprende de cuanto en este trabajo hemos expuesto. Á combatir y poner término á los absorbentes y dañosos capitalismo é industrialismo se encaminan las unas; á conseguir la municipalización del suelo tienden las otras; á entregar ciertos servicios de carácter industrial á las asociaciones obreras miran algunas, y á conseguir la transformación de la vida del trabajo, mejorando la suerte del trabajador, se dirigen la mayor parte.

«La nueva organización señalada por los colectivistas—ha dicho Mr. Emilio Laveleye—supone que las empresas rurales é industriales pasen á manos de Asociaciones cooperativas. Pero ¿podrán subsistir estas Asociaciones sobre una base exclusivamente republicana y electiva, fuera del principio de autoridad y jerarquía, actualmente representadas por el patrono? En la industria, como en un barco, la disciplina y la obediencia son indispensables. ¿Cómo obtenerlas entre iguales? Hoy el amo expulsa al que no trabaja; tal es el estimulante. En la nueva sociedad no se comprende la expulsión. ¿Habrá que recurrir á la prima? Ahora el propietario está interesado en conservar el capital y en perfeccionar el utensilio. Los que no serán más que usufructuarios, esto es, los miembros de la cooperación, lo harían peor, puesto que nada les pertenecería, y puesto que la responsabilidad de

los deterioros recaería en la sociedad en general. En el fondo, el problema económico no es otra cosa que la organización de la justicia y de la responsabilidad. Los colectivistas juran voluntariamente por Darwin. Deben, pues, admitir que en la lucha por la existencia los organismos mejor organizados concluyen por vencer. Dense al obrero la instrucción y todas las facilidades posibles para constituir Sociedades de producción; cuando de ese modo tenga lo que los ingleses llaman *flou pluy*, si el colectivismo vale más que el individualismo, sus Asociaciones suplantarán á las empresas privadas, y el nuevo régimen se establecerá por una evolución gradual y lenta, como ha sucedido con todas las transformaciones económicas. Si, por el contrario, su principio es inferior como estimulante del trabajo, ó de su actividad, en la creación del capital y en el progreso industrial, aun cuando se llegara á establecerle por la fuerza y revolucionariamente, no duraría; desaparecería, como sucumbe todo organismo inferior puesto en contacto con un organismo superior.»

VI

Con este pasaje de Laveleye ponemos término á nuestra excursión por el mundo de las ideas en lo referente á las sustentadas respecto á la propiedad por los defensores y los adversarios del colectivismo.

La materia es tan compleja cuanto amplia, y por lo tanto difícilísima una solución acertada. Con el eminente socialista científico belga estamos conformes en que á la evolución, y no á la revolución violenta, evolución favorecida por perseverantes y escalonadas reformas, hay que encomendar las transformaciones que en el régimen económico-social con sobrada razón se apetecen. Y con él coincidimos también en la creencia de que esa transformación se resolverá en el sentido del colectivismo, si éste realmente constituye un organismo superior al individualista imperante.

Las revoluciones no preparadas por las evoluciones han

fracasado y fracasarán siempre. Por eso el colectivismo, para conseguir el triunfo y afianzarlo, debe preparar convenientemente el terreno, sin precipitaciones locas. En sus teorías, como hemos visto, hay mucho de razonable, de equitativo, de justo, de beneficioso; pero hay también bastante que pugna con el verdadero principio de justicia, que produciría males mucho mayores que los actuales, y que puede calificarse de absurdo y quimérico. Descartar esto último y vigorizar lo primero debe ser la labor principal de los mantenedores y propagandistas científicos del sistema. Así lo han comprendido no pocos de los más distinguidos.

El colectivismo fué el régimen que con el comunismo precedió al de la propiedad privada, y fundados en este hecho histórico, sus adversarios le presentan como una *regresión*, lo cual es indudable, pero no por ello constituiría un atraso. En lo que ha existido y desapareció hay mucho cuya resurrección constituiría un adelanto. Sabido es cómo se constituyó la propiedad privada y cómo, mediante usurpaciones y actos de fuerza ó astucia, sustituyó á la de las colectividades, que tanto beneficiaba á los pueblos. Hoy se anhela su reconstitución porque se comprende que entrañaría un progreso, que mejoraría la condición del proletariado. En el orden industrial, las asociaciones constitutivas de verdaderas colectividades crecen, se arraigan y se desarrollan. Lo mismo comienza á suceder en cuanto á la agricultura. El movimiento individualista, tal como ha sido encaminado, ha producido tantos daños, sin que al decir esto desconozcamos sus beneficios, que ha dado lugar á otro movimiento en dirección contraria. Este segundo movimiento se halla representado por el socialismo, dentro del cual se manifiestan diversas corrientes, siendo la colectiva, conforme repetidamente hemos dicho, una de las más copiosas y acaso la que más ha penetrado en las clases proletarias.

Dentro del colectivismo hay también variedades. Algunos de sus propagandistas y adictos quieren una colectivación completa, absoluta, sin limitaciones, de la propiedad y de todos los medios de producción, mientras que otros persiguen tan sólo la del suelo y de varios de estos medios, y no

pocos se limitan á la del *plus valor*, siendo ó colectivistas radicales ó municipalistas, etc., etc., y los hay que buscan su desiderátum por el oportunismo, á diferencia de los que no ven más medio que la revolución.

En este estudio hemos procurado dar idea de tales teorías y de las opiniones de esclarecidos publicistas, referentes á las mismas. Es indudable que todos los matices del colectivismo parten de un solo principio, teniendo partes que les son comunes; pero se distancian en bastantes entremos, y de esta discrepancia emanan luchas, á veces demasiado violentas y apasionadas, que tanto dañan á su causa, y que sus enemigos utilizan con regocijo, muy en especial los comunistas anárquicos ó libertarios y los economistas del *manchesterianismo*. De lo que han alegado en contra del colectivismo hemos procurado también ofrecer una muestra, no ocultando lo en que nos hallamos conformes con ellos, ni dejando de señalar aquellas de sus ideas que son preferibles, al menos en el presente, á las por las escuelas colectivistas preconizadas.

De todo deducimos que el colectivismo moderno, á pesar del no corto período de su existencia y de los notabilísimos trabajos de sus defensores, se halla todavía en vías de formación, no siendo un sistema lo debidamente preciso. Conseguir esta precisión y descartar lo pronunciadamente utópico es lo que se procura. En todo sistema debe mirarse al porvenir, pero debe considerarse en primer término al presente. Los que tal marcha han seguido, han llegado á convertirse en realidad; los demás no han pasado de ser meros sueños.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

MINISTERIO
DE CULTURA



Instituciones españolas de sordomudos y de ciegos,

POR

D. PEDRO MOLINA MARTÍN

(Continuación.)

PERÍODO II. (1814 A 1822.)

- I. Reapertura del Colegio.—II. Casa.—III. Arbitrios ó recursos.—IV. Alumnos.—V. Alimentación.—VI. Sanidad. VII. Personal.—VIII. Disciplina.—IX. Enseñanza. Exámenes. Libros.—X. Capilla.—XI. Trabajos varios.—XII. La Dirección general de estudios.—Otras escuelas.

I. REAPERTURA DEL COLEGIO. — Pasados los hondos disturbios surgidos en la corte por la irrupción francesa, causa de la clausura del Real Colegio de Sordomudos, cuyos alumnos en 1811 se diseminaron, yendo unos á sus países por sus familias amparados, y recogidos otros, ya en el Hospicio, ya en el Colegio de San Ildefonso, en cuyos establecimientos se depositaron los papeles y enseres del Centro aquél, se dictó la Real orden de 29 de Mayo de 1814, suscrita por D. Pedro Macanaz, y que dice así: « El Rey N. S. se ha dignado resolver se restablezca el Real Colegio de Sordomudos de esta corte, que se erigió á consecuencia de las Reales órdenes de 27 de Marzo de 1802 y 3 de Diciembre de 1803, y se extinguió de resultas de la invasión de los franceses en 1808, y que la Sociedad Económica de Amigos del País, continuando en el gobierno y dirección de dicho Colegio, según lo prevenido en su Reglamento, se encargue de poner esta benéfica institución en el estado en que se hallaba antes ».

En su consecuencia, la Económica Matritense nombró los individuos de su seno que habían de formar la Junta de go-

bierno del Colegio, siendo designados los señores siguientes: D. Agustín de Silva, Duque de Híjar, *presidente*; D. Manuel de la Viña, D. Francisco de Paula Martí, D. José Villandra, D. Tiburcio Hernández, *vocales*; D. Ramón Risel, *contador*; D. Victoriano Rodríguez, *médico*; D. Agustín Pascual, *censor*, y D. José M.^a Celas, *secretario*.

Los trabajos preliminares de la nueva apertura se llevaron á efecto en el propio local de la Económica, donde se constituyó la Junta desde su nombramiento. Sus tareas se encaminaron á obtener un edificio propio en que instalar el Colegio, logrando á este efecto la casa núm. 11 de la calle del Turco, almacén que fué de cristales, y que cedió el Gobierno por Real orden de 3 de Agosto del año que reseñamos. Reclamáronse los documentos y enseres que del Colegio habían sido depositados en el de San Ildefonso y en el Hospicio, se llamó á los alumnos que disfrutaban plaza de internos al tiempo de clausurar el establecimiento, y de los que sólo se presentaron D. Manuel Echeverría y D. Jacobo Moreno, proveyendo las cuatro plazas restantes en los sordomudos D. Antonio Fernández, D. Manuel Colón, D. Agustín Peláez y D. Benito Allenes, y designóse el día 16 de Octubre para la apertura del Colegio, acto que tuvo lugar, como cuantos celebraba la Sociedad Económica, con severo ceremonial y sin música.

Muchas y altas corporaciones honraron con su presencia este solemne momento, principio de nueva era en la enseñanza del sordomudo. Entre aquéllos figuraron la Sociedad Económica en pleno, el Ayuntamiento de Madrid, las Academias de San Fernando, de la Historia y Española, la Junta de Dirección del Banco, el Presidente de los Consejos de Hacienda, el del de Indias, el Colector general de Expolios y vacantes, el Jefe del Gobierno militar de la plaza, el Colegio de San Carlos, Director de los cinco gremios mayores, el de Veterinaria, el Director de los Estudios reales y muchísimas personas notables en ciencias y artes.

Leída ante tan nutrido y excelente concurso la Real orden de restablecimiento del Colegio, el Excmo. Sr. Duque de Híjar, como Director de la Económica, y en tal concepto Presi-

dente de la Junta de dirección y gobierno, pronunció una elocuente oración inaugural, en la que patentizó con claras y convincentes razones que el arte de enseñar á los sordomudos debe su origen á los españoles Ponce de León y Bonnet, « y que tomando de éste su método el abate L'Epée propagó como suya esta invención, no sólo por las principales ciudades de Francia, sino á otros reinos extranjeros, *al paso que en España ha estado como olvidado un descubrimiento tan útil á la humanidad*, pero que renace á los desvelos de la Sociedad Económica y á los paternales auspicios del augusto Soberano ».

II. CASA.—El desarrollo que tomaba esta Institución y más que nada la necesidad de proveer al edificio-colegio de ciertas condiciones precisas á su fin, movió á la Junta para gestionar la cesión del Patio de la Parra, sito en la casa que ocupaba el Establecimiento, así como el salón llamado de máquinas para plantear en él la enseñanza artística; aquél fué cedido en 22 de Noviembre de 1815 y este último departamento lo fué por orden de 3 de Agosto de 1818.

Dispuesto por Real orden de 9 de Diciembre de 1818 que se buscara una casa menos costosa que la de la calle del Turco, cuya renta costaba al Patrimonio 50.000 reales, y habiéndose cedido este local al Crédito público en 24 de Septiembre de 1820, se nombró una comisión para que gestionase la cesión del convento de capuchinos de la Paciencia ó de los Agonizantes de la calle de Atocha, ó el de los Jerónimos, para instalar en uno de ellos el Colegio.

Estas gestiones no dieron resultado alguno, pero el Establecimiento no llegó á ser expoliado por nadie.

III. ARBITRIOS Ó RECURSOS.—El percibo de las pensiones asignadas sobre las mitras de Sigüenza y Cádiz no alcanzó nunca la forma regular debida á tan sagrada atención. Á las trabas que los purpurados presentaban para el pago, hay que agregar la casi insolvencia de los herederos de los deudores, cerca de los que la Junta de Expolios y vacantes cobraba con suma dificultad. La negligencia de los diocesanos llegó al punto de que la Junta del Colegio pensara, para asegurar el cobro, en embargar las mesas decimales, conforme

al decreto de 15 de Junio de 1821, y, al efecto, en 13 de Julio de dicho año interesó del Secretario de Gobernación dicho embargo respecto á las temporalidades de Cádiz y Si-güenza; pero aquel Ministro se limitó á recordar á los Obispos su obligación de pagar, al mismo tiempo que indicaba á la Junta que en lo sucesivo se dirigiera á la de Beneficencia, establecida por Real orden de 16 de Julio, y por lo cual las Cortes subvencionaron al Ayuntamiento de Madrid, donde aquélla funcionaba. Sin embargo de esto y de la reclamación al efecto hecha, el Municipio de Madrid dijo en 3 de Diciembre no ser de sus atribuciones el conocimiento del Colegio de Sordomudos, por ser éste un establecimiento de educación y estar sostenido á expensas de las Mitras.

Las diferentes instancias promovidas para lograr la asignación total que al Colegio fijara Carlos IV produjeron la Real orden de 11 de Marzo y 16 de Agosto de 1816, gravando aquélla en 50.000 reales las dos mitras de Ávila y Sevilla, obligación que los Prelados se encargaron de eludir, gestionando la publicación de la segunda, que marcaba á la de Jaén la pensión de 15.000 reales anuales á favor del Colegio. Ni una ni otra tuvieron jamás efecto, como tampoco lo tuvo la pretensión formulada por la Junta el 20 de Abril de 1818, señalando al Gobierno cuáles obispados se hallaban vacantes á la sazón, y sin cargo alguno en la parte disponible. Y es que entonces, cual ahora, el clero disfrutó en la esfera administrativa de una influencia y poder incompatible con su misión espiritual y eterna.

Las necesidades de combustible sólo fueron atendidas por dos veces en el tiempo que reseñamos; no lo fué la petición de franquicia postal pretendida en Noviembre de 1818, ni se obtuvieron los recursos precisos para sostener al Rector, conforme disponia el art. 66 del Reglamento aprobado por S. M. en dicho año. Por esta época fueron pensionados dos alumnos con cargo al «Indulto cuadregesimal», según Real orden de 13 y 15 de Octubre; pero suprimidas estas recaudaciones por la Real orden de 16 de Enero de 1821, duró poco esta singular munificencia. Ciertamente que el Rey, haciéndose cargo de la mala situación económica, declaró exento al Colegio del pago

del *Quidenio*, prevenido por la Real cédula de 26 de Febrero de 1802, en tanto no completara su total asignación, y que las Cortes por Real orden de 6 de Abril de 1821 votaron un crédito, y por una sola vez, de 27.629 reales; mas también lo es que tan parciales y varias ayudas no vinieron á llenar ni con mediana holgura las necesidades de nuestro Colegio, cuya situación fué rematadamente mala al determinar la Real orden de 27 de Febrero de 1821, que la Diputación provincial era la encargada de señalar los arbitrios precisos para los gastos de la Sociedad Económica, la que llegó á ver agotadas sus arcas sin saber qué entidad venía obligada en su socorro, pues mientras una orden disponía que fuese la Diputación, otra, del mismo año, decía que lo era el Ayuntamiento, siendo lo cierto que ni éste ni aquélla hicieron caso de tales mandatos.

En los siete años que comprende el período de nuestro estudio, el Colegio realizó la suma de 46.198,50 pesetas que en cada anualidad hizo un ingreso aproximado de 6.600 pesetas.

Seis fueron los conceptos de recaudación de aquel total, á saber:

	Pesetas.
Para combustible.....	1.500
De la mitra de Sigüenza	23.990
De la íd. de Cádiz.....	4.777,50
Junta de expolios. { de Utrera	6.250
{ de Vera.....	2.773,75
Asignado por las Cortes.....	6.907,25
TOTAL.....	46.198,50

En el zaguán y al sitio donde arrancaba la escalera, se colocó en 1817 un cepillo en el cual el visitante podía depositar su limosna. Los recursos obtenidos por este medio fueron siempre insignificantes.

IV. ALUMNOS.—Al posesionarse la Junta de gobierno de sus destinos, anunció en la *Gaceta* una convocaforia llamando á los alumnos del extinguido Colegio, así como á cuantos se creyeran con derecho á ingreso, proveyendo de esta suerte las seis plazas de pensionados, según dijimos en otro

lugar. Á los solicitantes no agraciados con plaza de número les fué concedida la de *agregados* (externos), quienes en principio satisfacían una retribución de 25 pesetas mensuales, que más adelante se redujo á 15, si bien estaban obligados los discípulos á llevar á clase el papel, plumas, lápices, tinta y otros útiles para la enseñanza. Además de estas dos clases de educandos, existían las de *supernumerarios* ó *medio-internos*, quienes abonaban 7 reales por su enseñanza y media asistencia, y la de *internos* pudientes ó pensionistas, los que, por todas sus atenciones, satisfacían 15 reales diarios. En 29 de Junio de 1816 se aprobó el Reglamento de esta clase de alumnos.

En 12 de Noviembre de 1815 se admitió como interno á un niño de sentidos expeditos, como ensayo de las ventajas que tal sistema pudiera reportar á la enseñanza de los sordomudos, y en el mismo año y en el siguiente asistieron como externos alumnos tartamudos.

El importe las pensiones y retribuciones quedaba en beneficio del Colegio, invirtiéndose una parte en material de enseñanza por acuerdo tomado en 21 de Mayo de 1815.

Como discípulos observadores se admitieron: en 1816, á D. Pedro Suginio Barinaga; en 1819, á D. Gaspar Tenorio, y en 1821, á D. Juan Manuel Ballesteros, que tan gran papel había de ejercer en la enseñanza de sordomudos y de ciegos.

En la etapa que reseñamos comenzaron los trabajos necesarios para extender los beneficios de la enseñanza á los sordomudos.

En 1817 se modifica el Reglamento admitiendo á las niñas sordomudas como externas; en 1818, el Sr. Hernández expuso los medios y coste para crear el internado femenino, y por Real orden de 17 de Marzo de 1821 se aplaude el proyecto que acariciaba la Junta y pidiósela presupuesto para esta atención, y aunque á ella se destinó una pensión de 5.000 pesetas sobre la mitra de Sigüenza (Real orden de 15 de Junio de 1819), no llegó á cobrarse nunca ni se implantó el internado de sordomudas hasta más adelante, no obstante que desde dicho año de 1817, algunas recibían, con carácter privado, los beneficios de la instrucción.

V. ALIMENTACIÓN.—Sano y abundante era el régimen dietético á que por igual estaban sometidos, como es lógico, así los alumnos cuanto los auxiliares y sirvientes. Una sopa de ajo ó migas á primera hora, el cocido á mediodía, su merienda á la caída de la tarde y un guisado por la noche, se servía con regularidad en el refectorio, excepto los muy contados días en que, por dádivas extraordinarias, se aumentaba el número de viandas y su calidad.

La merienda fué suprimida en 17 de Septiembre de 1815, mejorando en cambio el almuerzo.

Un rigorismo en el servicio de mesa evitó abusos que antes se cometían, y obligábase á que de la cocina pasasen al refectorio las viandas en su totalidad, que no se retiraban para que de ellas se sirviesen los criados hasta que el ayudante hubiese hecho plato á sí y á los alumnos de su sección.

La falta en este servicio era castigada con la pérdida de empleo del delincuente.

Sólo por virtud de certificación médica se excluía de este régimen á los ayudantes ó á los alumnos.

En 16 de Julio de 1815 se aprobó el Reglamento para el régimen de mayordomía; establecióse al año siguiente el libro de racionado, y en 18 de Agosto se dispuso que de tiempo en tiempo se contrastasen las pesas y medidas que se usaran en el Colegio, y que, á más de las de mayordomía, tuviese otras la criada y el encargado del comedor para que, ante los ayudantes, comprobasen la exactitud del peso ó medida de lo que recibían del mayordomo. Á este funcionario se le hacía cargo de cuantos géneros averiados recibiera (22 Diciembre 1816).

VI. SANIDAD.—En Febrero de 1816 se solicitó que las medicinas necesarias se suministrasen de la Real botica.

Durante el estío se obligaba á los alumnos á tomar baños en el mismo Colegio. Atendíase en éste las enfermedades leves ó pasajeras, y en caso grave el alumno era trasladado á su casa, suministrándosele la botica (1819, Marzo 22), y andando á su familia, según los recursos de ésta y la gravedad del caso, algunos socorros metálicos (1819, Julio 5 y 12), honrándose al fallecido fuera del Colegio asistiendo á su sepelio una comisión del Establecimiento.

En el deseo de obtener utilísimas deducciones en provecho de la curación y enseñanza de los alumnos, la Junta solicitó del Gobierno en 30 de Octubre de 1814 una orden para que fueran sometidos á disección los cadáveres de todos los sordomudos que pudieran fallecer en la Península, obligando á los facultativos á comunicar al Colegio cuanto pudieran observar de anormal en el conducto auditivo y en los órganos de la voz. Esta pretensión fué siempre denegada. El Reglamento de la enfermería se aprobó en 23 de Enero de 1815.

VII. PERSONAL.—El no dedicado á la enseñanza lo formaba un portero con 1.500 reales y ración, una criada encargada de la cocina, á cuya dependencia, en calidad de ayudante y fuera de las horas de clase, asistía el sordomudo Becerro, y dos celadores, plazas creadas en 1819 con una peseta diaria, casa y ración.

El sanitario lo formaba un farmacéutico, un cirujano 2.º y otro supernumerario, ambos sin sueldo y obligados á ayudar al vocal médico en sus funciones cerca de los alumnos.

La plaza de profesor de dibujo, al reanudar sus tareas el Colegio, volvió á ser desempeñada por el sordomudo D. Roberto Prader, á quien le fué concedida habitación por orden de Septiembre de 1816, y en Diciembre del mismo año obtuvo una pensión de 2,25 pesetas diarias sobre el uso de correos.

D. Antonio Ugena era el único ayudante en 1814, pero la Junta creó una plaza más de esta clase en 25 de Febrero de 1816, proveyéndola interinamente, sin sueldo y con ración, en D. Miguel Cobo, quien la obtuvo en propiedad en 11 de Agosto del mismo año. Habiendo renunciado su plaza el primero de dichos empleados, la Junta acordó en 12 de Agosto de 1818 proveer esta vacante por *oposición*, reservando las que en lo sucesivo pudieran ocurrir para aquellos opositores que, declarados aptos, no obtuvieran colocación en la convocatoria que iba á anunciarse. Publicado el edicto, celebráronse los ejercicios en los días 27 y 28 de Octubre, versando sobre gramática castellana, aritmética, geometría y composición (1).

(1) Consecuente la Junta en sus juicios sobre la mímica, desterró esta materia de los actos de oposición, que los modernos, dando un

De los concursantes fueron aprobados sólo dos, obteniendo la vacante D. Juan de Mata García, y durante la suspensión del ayudante Sr. Cobo, fué llamado á desempeñar gratuitamente este destino el número dos de aquellas oposiciones, D. Pedro Mezquia, quien fué declarado en propiedad, al perder aquél su destino en 1821.

Por los gratuitos y buenos servicios del Sr. Mezquia, la Junta le premió con una onza de oro.

El ayudante Sr. García dimitió en 13 de Julio de 1821, ocupando su vacante el antiguo ex auxiliar Sr. Ugena; y en 4 de Junio de 1822 se posesionó de igual cargo el discípulo observador D. Juan Manuel Ballesteros, nombrado sin oposición por el aprendizaje que había hecho en 26 de Abril anterior.

Los ayudantes estaban obligados á practicar la misma vida del colegial, á quienes acompañaban en todos los actos. Sólo en caso de impedimento físico, y previo dictamen facultativo, se les variaba el régimen alimenticio y aun sustituía éste por su equivalente en metálico; pero ni aun así podían dejar de asistir al refectorio. (Diciembre 17 1815).

Las horas libres que estos funcionarios disfrutaban no se prolongaban arriba de las nueve de la noche en invierno y de las diez en verano, á cuyas horas se cerraban las puertas del edificio, sin que pudieran franquearse para los rezagados, quienes incurrían en la *pérdida de empleo*. (Diciembre 11 1816).

Por último, en 21 de Junio de 1819, contestando á una reclamación de los ayudantes, se les hizo entender que habrían de concurrir con los colegiales allí donde la Junta ó el director pudieran disponer.

En 18 de Septiembre de 1816 la Junta nombró director espiritual á D. Vicente Vilanova, con derecho á habitación en el Colegio, pero *sin sueldo*, de cuya plaza no se posesionó hasta el 1817 en que por Real orden de 18 de Enero se le dispuso la residencia que como racionero penitenciario de la iglesia metropolitana tenía en Zaragoza.

salto atrás, han hecho renacer, con mengua de la Escuela Española de Sordomudos.

Por acuerdo de 26 de Enero de 1818 la plaza de director espiritual y la de mayordomo se refundieron en una, bajo el nombre de rector, cargo que recayó en dicho Sr. Vilanova, á quien provisionalmente se le asignaron 600 ducados anuales, sueldo que no logró aumentarse, no obstante las peticiones formuladas por la Junta en 28 de Junio de 1819 y 20 de Marzo de 1821, reclamando, á este objeto, una pieza eclesiástica á que se tenía derecho conforme el art. 66 del Reglamento del Colegio aprobado por S. M. en 1818.

El Colegio abrió sus clases, encargando de la enseñanza, conforme al plan de que era autor, á D. Tiburcio Hernández, quien fué declarado en propiedad en 19 de Mayo de 1815. Grandes fueron los servicios que el Sr. Hernández prestó á la Institución, y más grandes aún los trabajos que como publicista nos ha legado para bien de la enseñanza de sordomudos, á cuyas tareas se consagró con tal esmero y tal intuición de lo que debe ser el pedagogo especial que, dando cuenta de la marcha de la enseñanza en 30 de Octubre de 1814, sintentizó todas sus ideas respecto á este punto en un notable aforismo, diciendo: «*En este Colegio, por fortuna, no hay maestros, ni yo lo soy*». Su paternal afecto cerca de sus discípulos, á quienes no sólo cuidaba llevando á sus inteligencias conocimientos útiles, sino también en su desdicha física, tratando de curarla ó corregirla, motivó que la Junta recabara en 20 de Diciembre de 1819 los honores de Auditor de Guerra con que premiar los excelentes trabajos del señor Hernández.

Este señor, además del sueldo que como director disfrutaba, tenía también 15.000 reales anuales, asignados por la sala de Alcaldes, de la que era Relator jubilado.

En 19 de Mayo de 1816 se convocó un *concurso* de artesanos para proveer la plaza de maestro sastre del Colegio, nombrándose á Domingo Robles y á su mujer Francisca Torres, en 22 de Octubre, para este cargo, con el sueldo de 3 reales diarios y casa, siendo de su cuenta la compra del hilo y seda necesarios para la composición de las prendas.

VIII. DISCIPLINA.—La disciplina lo es todo en un establecimiento de enseñanza, y cuando los alumnos de éste son

internos, aquélla constituye por sí sola la única y firme base sobre que debe asentarse el colegio, si ha de responder á sus fines por la mera vía del orden que debe garantizar una bien concebida disciplina. Por desdicha es la disciplina la más grave dificultad y el asunto más delicado y serio en todo organismo, cuyos elementos, si no están influenciados rectamente para la consecución del mismo objetivo, pueden ser rémora del régimen y aun destructores de él, dejando infructíferas las más sanas intenciones y los más laudables esfuerzos.

La experiencia demuestra ser la disciplina tan ó más necesaria al personal que cerca de los alumnos vive, cuanto á los educandos mismos, y por ello la Junta no omitió medio para corregir firmemente abusos cometidos por los dependientes y aun por los ayudantes, causa primaria éstos, aunque increíble parezca, de muchos disturbios entre los colegiales.

La amonestación, la privación de salidas y aumento de las horas de guardia, la pérdida de la ración, multas, suspensión de sueldo y hasta la pérdida de destino fueron las correcciones que la Junta se vió obligada á imponer, según la gravedad de las faltas cometidas. Toda esta escala recorrió D. Miguel Cobo, ayudante de triste recordación en los anales del Colegio.

El profesorado del Colegio no podía dedicarse á la enseñanza privada ni doméstica sin previa autorización (21 de Febrero de 1820).

En 1818 se creó la plaza de plantón ó portero, encargado de impedir la entrada y salida de las personas que se le previniera, cargo que se dotó con ración y 15 pesetas mensuales, y cuyo desempeño fué reservado para un soldado inválido. Y entre las notables medidas disciplinarias adoptadas por esta época, merecen consignarse:

1.º La prohibición absoluta de penetrar en el Colegio á ninguna persona, de cualquier clase, sexo ó condición que fuese, *sin pase de la Junta* ó en compañía de alguno de sus individuos. Estos pases, impresos y autorizados por la secretaría, eran recogidos por el plantón al permitir la entrada y los entregaba diariamente al rector.

2.º Los parientes y apoderados de los alumnos y dependientes podían visitar á éstos con permiso del rector, pero *sin pasar del cuarto de recibo* establecido al efecto en la planta baja del edificio.

Cuando los visitados estuvieren enfermos, se observaba lo prescrito en reglamento, es á saber: que el visitante habría de ser *acompañado* á la enfermería por el mismo rector.

3.º Los balcones y ventanas estaban provistos de cerraduras, cuyas llaves custodiaba el rector, á fin de que no pudieran aquéllos ser abiertos sin su consentimiento.

4.º Si algún alumno ó dependiente ultrajase al plantón por observar éste las órdenes recibidas, eran castigados: los primeros, con la pena aflictiva que la Junta acordase, y los segundos, con la privación de sueldo ó pérdida del destino, según los casos.

5.º Fuera de las horas de clase recibían los sordomudos conferencias sobre urbanidad á cargo del Rector.

Por cuanto hace concretamente á los alumnos, se dispuso que dentro y fuera del Establecimiento observaran las reglas siguientes:

1.º Ningún sordomudo fumará por ningún título, fuera ni dentro del Colegio.

2.º Ninguno en paseo se separará de su compañero sin permiso del señor rector, ó del ayudante que los acompañe.

3.º Ninguno se acercará demasiado ni tocará la ropa á persona alguna.

4.º Ninguno tomará, ni menos pedirá dinero á nadie.

5.º Todos los alumnos, cuando pasen cerca de los sacerdotes seculares ó regulares, se quitarán el sombrero atentamente.

6.º Todos los colegiales cederán la acera á dichos sacerdotes cuando les encuentren por la calle y lo mismo ejecutarán con las señoras y con los paisanos de carácter ó mayor edad (15 de Junio de 1818).

Aparte la baja natural causada por el alumno que había terminado su instrucción, eran despedidos del Colegio los ineptos y desaplicados, *previa comprobación durante tres me-*

ses (22 de Diciembre de 1816), á la que precedían siempre reiterados avisos á las familias.

Mas para que esta expulsión tuviera efecto, era preciso que la ineptitud fuera comprobada, no solamente en las clases literarias, sí que también en las artísticas y manuales (11 de Febrero de 1820).

Algunas faltas de moralidad observadas en los alumnos aconsejaron la conveniencia de separar á éstos en grupos por razón de edad (12 de Julio de 1819), siendo expulsados del Colegio por este motivo algunos alumnos, y entre éstos un pensionado por la Casa Real. La gravedad del suceso hizo que la Junta diera cuenta de ello á la Superioridad, la que, por Real orden de 25 de Octubre del propio año, aprobó las determinaciones que aquélla tomó.

Los alumnos ausentes del Centro habían de presentarse al terminar su licencia, justificando el retraso en que incurrieran, siendo expulsados del Establecimiento si dejaban transcurrir quince días sin cumplir dicho deber, que les fué impuesto por orden de 11 de Septiembre de 1820.

IX. ENSEÑANZA.—Encargado D. Tiburcio Hernández, en 13 de Octubre de 1814, de presentar un plan de enseñanza, leyó las líneas generales de su obra en el solemne acto de la inauguración del Colegio, el 16 del mismo mes. Comenzó su método al siguiente día 17 y el 23 envió á la Junta este oficio: «Los colegiales Manuel Echeverría y Antonio Fernández están enterándose del valor en sonido, pintura y correspondencia con el alfabeto manual de las letras; llegan á la G, y me admira su adelantamiento. Este trabajo, el más árido y que exige la más grande paciencia, seguirá durante algunas semanas. Repasan también la aritmética: Fernández por sólo recordarla; Echeverría para que la estudie según mi método. Este repaso irá suministrándoles medios de perfeccionarse en escribir y la escritura será su primer dibujo, en que darán principio mañana. Observo con cuidado á Agustín Peláez y propondré mi dictamen sobre su clase de mudez. Mi plan supone una colección de caricaturas en que estuviesen sujetas á la vista las actitudes de la lengua para la pronunciación de las letras, y pienso que el maestro de dibujo [vaya haciéndolo-

ias. Propongo que el médico se asocie á mi trabajo, en busca de cura ó alivio á la mudez».

La obra escrita por el Dr. Hernández fué aprobada por Real orden de 14 de Noviembre de 1814.

En el acta de la sesión celebrada por la Junta en 11 de Diciembre siguiente se consigna que el Sr. Hernández presentó al colegial Echeverría, quien *en voz* sumó una cuenta y leyó varios párrafos que se le presentaron, quedando satisfecha la Corporación por los adelantos demostrados.

Partidario Hernández de la intuición directa, reclama en 21 de Mayo de 1815 una vara, una romana, un monetario y varias medidas para líquidos, así como para ampliar su propia instrucción ruega se le facilite un ejemplar de *El verdadero modo de instruir á los sordomudos*, por L'Epée, y otro del *Tratado del oído humano*, por Antonio Valsalva, impreso en Bolonia en 1714, y otro de *El método gramatical*, por L'Epée.

Además, y dando prueba de sus altos vuelos como pedagogo, reclama para sus alumnos un juego de «bochas» con que emplear honestas y plácidamente sus horas de esparcimiento y solaz.

En períodos de treinta días el profesor remitía á la Junta un estado de la enseñanza durante el mes finado, estando la Corporación por este medio muy al tanto de tan importante ramo. Testimonios elocuentes de cuánto satisfacía el plan de enseñanza del Sr. Hernández son las cartas de D. José María Soroa, en las que explana la serie de adelantos alcanzados en el Colegio por su hijo sordomudo.

En 7 de Diciembre de 1818 el director de la enseñanza, recibiendo plácemes de sus compañeros de Junta, ofrecióse á continuar la instrucción del sordomudo Soroa mediante la correspondencia epistolar.

Independientemente del Reglamento general del Colegio, la Junta formuló y aprobó en 1819 otro especial para el régimen de clases.

Respecto á la del dibujo disponíase: 1.º, para dedicarse á este arte los alumnos habrán de tener doce años, á menos que alguno se halle en disposición de recibir esta enseñanza

antes; 2.º, si alguno de los sordomudos dedicados al dibujo de adorno quisiese seguir la pintura, escultura ó arquitectura, se le enseñará también el dibujo de figura; 3.º, las horas de la enseñanza serán dos; 4.º, cada tres meses se distribuirá un premio al sordomudo más aventajado en dibujo.

Los trabajos hechos para fomentar en los sordomudos este arte dieron por resultado la Real orden de 5 de Febrero de 1819, comunicada á la Junta el 8 del propio mes, y que dice: « Á consecuencia de la exposición de esa Sociedad Económica de Amigos del País de 1.º de Octubre último, se ha dignado S. M. señalar al Colegio de sordomudos de esta corte, sobre los fondos de arbitrios piadosos, dos pensiones perpetuas de seis reales diarios cada una, con el benéfico objeto de que sirvan para facilitar á los alumnos de dicho establecimiento aquellos progresos en el dibujo que puedan proporcionarles los medios de futura subsistencia. Empero, á fin de que esta gracia soberana recaiga, como es debido, en los alumnos más beneméritos, quiere S. M. que los dibujos que hicieren, copiados de los originales que les franqueará el pintor de cámara D. Vicente López, se envíen á la Real Academia de San Fernando para que ésta decida quiénes son los jóvenes que por su mérito artístico son más acreedores á obtener las pensiones concedidas, observándose el mismo método al fin de cada tercer año, en cuyo término deberán adjudicarse éstas á otros dos alumnos bajo las propias circunstancias ».

No bastaba á los deseos de la Junta la enseñanza artística mediante la práctica del dibujo. Faltaba la del arte manual, y ya que en el Colegio no existía más taller que el de sastre, se dispuso en 30 de Abril de 1815 que por las mañanas asistiera al de encuadernación del Sr. Sancha el sordomudo Jacobo Moreno.

En 26 de Enero de 1818, se dedica el alumno Juan Navas rro á la copia de música, en cuyos trabajos mostró notables aptitudes, según muestras examinadas en sesión de 2 de Marzo siguiente.

D. Francisco Navarro, bordador de cámara y de las reales caballerizas, se ofreció en 8 de Febrero de 1819 á enseñar á

bordar á los sordosmudos, costeando él los bastidores, lienzos, telas, oro y plata y á dirigir la enseñanza del dibujo de adorno y figura, siendo sólo de cuenta del Colegio el gasto de dedales, tijeras, agujas, lapiceros y papel. Consignamos con gusto este ofrecimiento digno de aplauso, siquiera no resultase práctico el propósito del Sr. Navarro.

El 26 de Abril del mismo año fué dedicado á zapatero el sordomudo Cobes, quien asistía al efecto á un taller particular.

Nombróse en 21 de Junio una comisión encargada de estudiar el planteamiento de la enseñanza artística; pero la idea completa de la finalidad del Colegio por esta época nos la legó D. Tiburcio Hernández en el informe que suscribió en 17 de Julio de 1820, en cumplimiento de la Real orden de 29 de Mayo anterior. De dicho documento son los siguientes párrafos:

«Este establecimiento, llamado Colegio de Sordomudos tiene por objeto dar la primera educación á los desgraciados que padecen el defecto del nombre que lleva.»

«Debe entenderse aquí por primera educación de los sordomudos el enseñarles á escribir, leer, contar y principios de religión, *pronunciando* los sonidos articulados, de manera que en esta Escuela se aspira á ponerles en comunicación con sus semejantes por medio de alfabeto manual, por la escritura y por la voz, instruyéndoles en el idioma y el modo de expresar sus ideas por medios indirectos con aplicación de los principios de Pestalozzi, Vell y Lancaster en lo que es posible.»

«Para sacar artistas de estos niños y cuando haya niñas para que se perfeccionen en el arte de manejar la tijera, sin cortar por rutina ó con peligro de echar á perder las telas, y que tengan, en fin, gusto en los trajes, los guarnecidos y bordados, se da una ligera idea de los principios de geometría y hay, al efecto, dentro de la casa, una escuela de dibujo de adorno.»

«Falta, y no se ha establecido ya por escasez de fondos, la enseñanza artística para los niños, sin la cual *es inútil* la parte instructiva, porque el sistema de audición á que se

habituán estos seres infelices, durante el largo tiempo de su enseñanza, les familiariza con la aversión al trabajo, y si son pobres todo lo pierden y todo es inútil en el día que tienen necesidad de buscarse el sustento.»

«Además, como no todos tienen igual talento, los de poca ó ninguna capacidad para aprender, gastan inútilmente los años y desacreditan el Colegio á su salida, lo que no sucedería si hubiesen aprendido algún oficio.»

Merecen llamar la atención las palabras del Dr. Hernández, de las que se deduce cómo él entendía la existencia de los colegios de esta clase, á fin de que no cayeran en descrédito, y qué grado de educación y enseñanza debe darse al sordomudo, y en cuya tarea quiso que contribuyeran, no solamente el profesor de dibujo, sino el médico; idea ésta racionalísima en extremo (ya lo consignamos en otro trabajo) en estos colegios, donde es indispensable una clínica en la que la ciencia *del terapeuta* venga á facilitar la obra del pedagogo.

Vemos nosotros, además, en el oficio del Sr. Hernández, el material de enseñanza que muchos años después se nos ha presentado como nuevo, y sobre todo importa consignar que la primordial idea, el sumo interés en la enseñanza por la remota época de este ilustre profesor, era la del método oral puro (1).

Exámenes.—En el período de nuestro actual estudio tuvieron lugar por tres veces actos de esta índole. Los celebrados en principios del año 1815, primeros de la segunda época, fueron de tal índole, que ante ellos desengañáronse algunos acerca de la solidez y preferencia de la Escuela española de sordomudos respecto á las extranjeras, que cambian una mudez en otra y dejan en comunicación á estas desgraciadas criaturas sólo por medio de la escritura; admirando que en esta Escuela no hay señas ni visajes y sólo como remedio supletorio, un poco ilimitado, el uso del *Alfabeto manual*.

Del 20 al 22 de Diciembre de 1818 celebráronse públicos ejercicios por los alumnos de este Colegio, cuyo resultado

(1) Véase la pág. 568, núm. 673 de esta REVISTA.

fué inserto en la *Gaceta* del Gobierno de 26 de Enero de 1819.

En 3 de Mayo de 1820 tuvieron lugar los últimos del período que nos ocupa, y de los cuales no hemos encontrado acta ó nota que nos sugiera el alcance de estos actos.

Libros.—D. Francisco de Paula Martí publicó un compendio del año 1815, en el que incluyó el alfabeto manual en el Colegio y en 25 de Junio de aquel año hizose una tirada de 300 ejemplares de dicho alfabeto.

El vocal Sr. Celas presentó un libro titulado *Metodo para hacer conocer á los niños el sonido de las letras por estampas*, que se envió á informe del Sr. Hernández en 28 de Mayo de 1815.

El Presidente de la Sociedad, Sr. Duque de Híjar, donó en 1827 al Colegio una colección de láminas de historia sagrada y por Real orden de 28 de Febrero de 1818 se envió á informe de la Junta la obra escrita por el Sr. D. Ignacio Ruiz de Luzunaga, *La curación de los sordomudos*, la que fué censurada favorablemente en 19 de Octubre siguiente.

X. CAPILLA. — Atentos á todo, no descuidaron los señores de la Junta cuanto era concerniente al orden espiritual.

En virtud de las gestiones que se habían encomendado al rector Sr. Vilanova, el 21 de Enero de 1818 fué visitado el oratorio por el Vicario eclesiástico, é informó favorablemente.

Díjose la primera misa el día 22, festividad de San Vicente, obteniéndose del Arzobispo de Toledo la oportuna licencia con el carácter de temporal. Autorizados por el Primado de las Españas para acudir á Roma impetrando el Breve de S. S. para la erección del oratorio perpetuo, solicitóse aquél del Papa Pío VII, encomendando la Duquesa de Alagón su pronto despacho á nuestro Ministro en Roma, D. Antonio Vargas y Laguna, y á quien, por Real orden de 28 de Febrero, se le comisionó para la obtención del Indulto apostólico. Un mes después se recibió dicho documento, cuyo coste ascendió á 3.755 reales y 6 maravedises, cantidad satisfecha en 27 de Abril al agente D. Gabriel de la Vega.

El Breve autoriza perpetuamente la celebración de la san-

ta Misa y administración de la Sagrada Eucaristía á los individuos del Establecimiento.

Presentado al Arzobispo de Toledo, envió éste en 24 de Julio la licencia necesaria para que pudiera celebrarse en el oratorio el santo sacrificio de la Misa por cualquier sacerdote secular ó regular que tuviese licencia y sin perjuicio del derecho parroquial.

XI. TRABAJOS VARIOS.—Extensa propaganda en favor de los mudos hizo la Junta en 1815 enviando circulares á los Prelados nacionales y extranjeros, interesándoles en la creación de Institutos de esta clase. Previa invitación que se le hiciera, el Rey visitó el Colegio el 13 de Enero de 1816, quedando satisfecho de cuanto pudo observar en el Establecimiento, así como más adelante, en 26 de Agosto de 1818, le ocurriera al Sermo. Infante D. Francisco de Paula, elegido en 30 de Diciembre del mismo año Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y, por lo tanto, Director del Colegio. Sucedió al Infante, en Junio de 1819, el Excmo. señor Duque del Parque, quien presidió por vez primera la Junta de la sesión del 5 de Julio, cesando en el cargo en fin del año 1820, en que fué nombrado el Excmo. Sr. Duque de Noblejas.

La confección de reglamentos como el general del Colegio y los referentes á particulares servicios, como los de secretaría y contabilidad, ocuparon la atención de la Junta en el año 1816, sin que por esto descuidaran otros sagrados deberes, cuyo cumplimiento llegó hasta el extremo de distribuir entre los vocales el lienzo necesario para que cada uno devolviese confeccionadas cierto número de camisas para los niños. (13 Noviembre 1818 y 5 Enero 1819.)

Tomó nota esta ilustre Corporación de que en el verano de 1818 un sordomudo había curado de su afección auditiva y recobrado por ende el uso del habla con la aplicación hidroterápica en los baños de Ledesma y á cuyo director se dirigió pidiendo datos del suceso.

En 1817 acudió á S. M., á fin de que dictase la regla de conducta que debía observar la Junta en los litigios que se suscitaban entre sordomudos, y pidiendo para los asuntos ju-



diciales una subvención que fué denegada por Real orden de 2 de Febrero de 1820.

XII. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS.—En 1822 el Real Colegio de Sordomudos pasó á depender de la Dirección general de Estudios, en virtud de la Real orden siguiente, que transcribimos íntegra por su valor histórico y por cerrar con ella el período que venimos rescñando:

« Gobierno Político Superior de la provincia de Madrid.—Sección de Fomento.—El Sr. Secretario interino del despacho de la Gobernación de la Península, con fecha 19 del actual, me dice de Real orden lo siguiente: «Excmo. Sr.: Entero el Rey del expediente promovido por la Sociedad Económica Matritense acerca de la dotación de la misma, S. M. se ha servido resolver que, limitándose la Sociedad á las funciones que le señala el decreto de las Cortes de 8 de Junio de 1813, deje las escuelas de enseñanza que están á su cargo al cuidado de la Dirección general de Estudios, á quien se dará aviso con esta fecha.—Dios, etc. Madrid 28 de Febrero de 1822.—*José Martínez San Martín*.—Sr. Presidente de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. »

OTRAS ESCUELAS.—Siempre estuvo la Junta del Colegio enterada de cuanto ocurría en el extranjero referente á esta clase de enseñanza, y en acta de 18 de Diciembre de 1814 hácese constar el juicio que emitiera respecto á sordomudos el abate Sicard, cuando el Colegio de París fué visitado por la Duquesa de Angulema.

En el precitado año 1814 se abrió en Sevilla una Escuela de sordomudos á cargo de D. Juan de la Vega Campuzano, y en 1817 se creó otra en Barcelona.

El primero de estos establecimientos llevó una vida lánguida, desapareciendo á la muerte de su fundador, y el segundo creemos fuera el mismo instaurado por el Dr. Vieta en 1805, y del que hablamos ya en su respectivo lugar.

(Continuará.)

NOTAS MUSICALES

Sobre el virtuosismo.

Ante todo, impónese el previo deslinde y amojonamiento. *Virtuoso* y artista son vocablos representativos de dos conceptos antagónicos é irreconciliables. La interpretación correcta, escrupulosa, impecable y la dicción soberanamente expresiva, unidas á un temperamento musical exquisito, que sabe poner de relieve las bellezas depositadas por los grandes creadores en sus creaciones, forman é informan la personalidad del artista. Los saltos y piruetas, la *pose* exótica y toda afectación extravagante que arranca el aplauso á la galería son, á su vez, hechos sintomáticos de *virtuosismo*.

Porque son múltiples los modos que hay de hacer de acróbata. Puede afirmarse resueltamente, y puede afirmarse sin temor á una rectificación futura, que el ingenio humano, siempre despierto cuando se trata de obtener valores que se traduzcan en recompensas positivas ó en beneficios pecuniarios, no los ha agotado aún; y es de esperar que mañana, pasado mañana, al siguiente día, se explotarán otros nuevos. Desde el volatinero ambulante que, con la faz embadurnada y un grotesco traje policromo, se exhibe en la plaza pública de un infecto villorrio ante un grupo de aldeanos boquiabiertos, hasta el *virtuoso* del piano, correctísimo en sus modales y en su vestir, ¡qué de gradaciones! y también ¿por qué no? ¡qué degradaciones!

Unos dan simples volteetas, otros peligrosos saltos mortales. Éstos son funámbulos que recrean con sorprendentes equilibrios sobre la cuerda floja; aquéllos, titiriteros que divierten con prodigiosos retorcimientos en el trapecio ó en la barra.

Hay un género de acróbatas que resume en sí las más di-

versas variedades del tipo: á él pertenecen los *virtuosos*. ¡Los *virtuosos!*... Voiteletas, saltos peligrosos, equilibrios, retorcimientos corporales; la gama completa de contorsiones, flexiones y genuflexiones; todo esto es de su peculiar dominio, todo esto, indudablemente, entra en la esfera de su jurisdicción.

La mentalidad y la sentimentalidad de unos y de otros hallanse niveladas. Los trabajadores de circo han dislocado sus huesos para realizar su trabajo. Para practicar el suyo, el *virtuoso* no ha tenido necesidad de descoyuntar su propio ingenio. A horas y horas, durante años y años de no dar descanso al resignado y sufrido instrumento víctima de su tozudería, redúcese el proceso de su fermentación musical. ¡Qué paciencia la del piano para soportar al aspirante á *virtuoso*! ¡Qué paciencia, á su vez, la del aspirante á *virtuoso* para soportar al piano! ¡Qué abnegación mutua, qué mutuo sacrificio!

Se desliza el tiempo. El *virtuoso* termina ejecutando sin equivocaciones ni tropiezos las obras que formarán parte de su repertorio cuando se dedique á la exhibición de su personalidad. De su manera de interpretar las obras que toca, ya escribió Schumann que se parece al andar de un hombre ebrio.

El *virtuoso* ha rendido el tributo más oneroso á Franz Liszt, doctor óptimo y mayor contribuyente en estruendosa pirotecnia pianística, huera de sentido artístico elevado en muchos momentos. De él, toca estas *fantasías* huecas, longitudinales, de una superficialidad ampulosa y de una estrepitosa vacuidad, construídas destruyendo los temas favoritos de las óperas favoritas; de él, toca estas *rapsodias*, en las que las canciones magyares deslumbran la vista y atruenan los oídos como los castillos de artificio que queman en el paseo más espacioso de la capital provinciana para solemnizar el día del santo patrono; de él, toca estos *vales* raudos, veloces, surcados de escalas y arpegios, tan semejantes á las ruedas que ruedan vertiendo luces y lanzando detonaciones en las festividades ahogadoras del habitual silencio y de la habitual oscuridad de las lejanas poblaciones oscuras y silenciosas.

Se desliza el tiempo... El *virtuoso* es ya un fenómeno objeto de la admiración mundial gracias á la presteza de sus dedos, á la soltura de sus muñecas y á la brillantez de su ejecución.

Él ha resuelto el problema de abordar obras al parecer inabordables, y el público que le escucha cierra los oídos y abre los ojos desmesuradamente para ver el prodigio realizado á fuerza de constancia.

Aunque las proezas del *virtuoso* traspasen las fronteras y cimenten su reputación, acaso no sea digno de mejor suerte que los fenómenos cuyas maravillas se anuncian en grandes cartelones ó se pregonan á voz en grito á las puertas de un barracón levantado en un barrio extremo de la corte para servir de regodeo á soldados embrutecidos y desgredadas maritornes.

El *virtuoso* es ya un fenómeno, pero no es nunca artista.

* * *

Si quiere llegar á merecer este dictado, el pianista no debe reclamar el éxito á la potencia sonora del piano, ni á la brillantez, ni á la bravura, sino al sentimiento y á la emoción estética que ha de saber inocular al auditorio. Tampoco debe aspirar á la conquista de la fama deslumbrando con saltos y piruetas—cosa propia de volatineros de circo,—sino, por el contrario, haciendo creer en la facilidad de lo que es de difícil ejecución. No debe comulgar en el antiestético *virtuosismo* ni sacrificar su íntima castidad de sacerdote del arte en aras del mal gusto impuesto por la moda. Debe estar dotado de amplias facultades comprensivas. Debe tocar para que se le escuche y no para que se le contemple. Debe acordarse más del creador á quien interpreta que de sí mismo. Y el público, para amar el arte como contemplativo y no como filisteo, debe compartir su desprecio entre esos señores de largas melenas, flexibles dedos y medio adarme de sentimentalidad y esas producciones musicales de vida efímera tan erizadas de escabrosidades mecánicas y tan reple-

tas de pirotecnia estruendosa como faltas de pasión, de intensidad y de potencialidad emotiva.

Nadie debiera prestar interés, ni menos conceder valor artístico, á la obra de mayor dificultad que se haya escrito para el piano si esta obra no nos hace sentir el inefable placer estético que el genio despierta con sus composiciones. El general entusiasmo producido por las obras plagadas de obstáculos mecánicos casi invencibles, pero exentas del sentido de lo bello—el séptimo sentido—y de viabilidad artística, no constituye un argumento en pro de la superioridad de ellas; muestra, por el contrario, la inferioridad intelectual y sentimental del público que las aplaude. Y en este general entusiasmo por tal género de producciones, puede verse un síntoma patognómico de la vulgaridad que envuelve nuestro vivir.

Los niños precoces.

Ayer, un pequeño violinista; hoy, un pequeño pianista; mañana... ¿quién es capaz de adivinarlo? Y es lo cierto que no transcurren unos cuantos meses sin que el público sediento, aficionado de la buena música, que mora en las grandes ciudades, tenga ocasión de oír y también de admirar—en estos casos, excepcionalmente no son correlativas la audición y la admiración—á un nuevo artista tempranero que tiene algunos años por delante todavía para llegar á la adolescencia. El hecho de que una de estas «enervadas flores de estufa», como con tan feliz precisión ha calificado Albert Lavignac á los niños precoces, pasee victorioso y ufano su virtuosidad artística por las poblaciones más importantes, rodeado de aplausos, laureles y obsequios, contemplado con envidia por muchos, á la edad en que la mayor parte de los muchachos díscolos, traviesos y haraganes sólo se preocupan del trompo, de la caja de soldados y de hacer novillos frecuentemente para no soportar los correazos de un adusto dómine creyente en la eficacia del primitivo precepto escolástico, «la letra con sangre entra», que informó tiempo atrás todo un crítico pedagógico, ó para evadir las monótonas y

soporíferas explicaciones de un pedante catedrático de Instituto, es un señuelo que despierta la general curiosidad. Y el día de la exhibición del pequeño artista se llena la sala con sus admiradores por anticipado, que no han puesto en tela de juicio los indiscutibles méritos artísticos propalados por la fama, y con escépticos atraídos por la añagaza de la curiosidad.

Es indudable que en la sala de un teatro hay algo de contagioso. La frase enunciada por el admirado pensador alemán Federico Nietzsche: «es en el teatro donde se llega á ser vecino», debe tenerse como un aforismo que encierra una verdad profunda. El ambiente especial que en una sala de espectáculos se teje por todos y de todos se enseñorea, ejerce una presión avasalladora sobre los juicios más independientes y serenos; aquella atmósfera caliginosa y pesada, impregnada de efluvios de los más diversos temperamentos, llega á ejercer una involuntaria sugestión, dominadora de la mayoría sobre el menor número, que termina rindiéndose por propia voluntad al enemigo. Y si por excepción, existen algunos que, conservando la rectitud de su criterio, proclaman en alta voz su disentimiento del modo corriente de sentir, bien hallándose satisfechos de lo que para los demás es malo, ó viceversa, la protesta colectiva se exterioriza ruidosamente, porque tal actitud constituye una gran ofensa para el honor de la mayoría. Sería un tema lleno de interés, que hasta el día no se ha tratado, al menos que yo sepa, sino fragmentariamente, escribir una psicología social de las muchedumbres en el teatro, partiendo de la experimentación de nuestras auto-observaciones y de nuestras observaciones sobre las personas que nos rodean, sometidas á un análisis detenido, para concluir una síntesis definitiva. Y en este estudio se podría ver cómo pierden su independencia paso á paso, sometidos á la involuntaria sugestión dominadora del medio ambiente, los más independientes cerebros y se podría ver, asimismo, cómo por evoluciones sucesivas en unos casos, y en otros por yuxtaposición ó estratificación, llegan estas mismas mentalidades á conclusiones distintas, y aun veces opuestas, de las que constituían

su peculiar y privativo modo de ver y de sentir, al cabo de varias horas de rozarse con el auditorio que invade la sala del teatro, conglomerado de mediocridades atentas á un trabajo pasivo que sólo demanda de ellas un poco de atención. Esto explica por qué los más reacios á ciertas manifestaciones artísticas—y en muchas ocasiones antiartísticas, aunque bañadas con cierto barniz puramente periférico de artificio—son los primeros en sumarse á la legión de los admiradores anticipados, y en aplaudir aquello que recibieron con cierto desvío, salvo poco frecuentes casos de fuerza cerebral mayor que los mantenga y sostenga en contra del común opinar. Esto explica por qué muchos acaban sintiendo una admiración artística por los méritos, antes criticados y puestos en duda, del pequeño prodigio.

Sin embargo, el niño prodigio no es merecedor de tales atenciones. No hablemos de los múltiples fraudes y mixtificaciones de la edad á que se presta, en complicidad con los padres y personas que hacen los *reclame*, para explotar la buena fe del público ávido de fenómenos, de cosas sorprendentes y de maravillosas excepciones. Niño prodigio de doce años ha existido que se estancó en los doce hasta que sus diez y siete le traicionaron con un desarrollo corporal que impedía la continuación del engaño productivo.

El niño precoz puede considerarse en cierto modo como un fenómeno teniendo en cuenta la edad en que sus facultades intelectivas y mecánicas se desarrollan y su temperamento musical se manifiesta; de ningún modo en cuanto al grado de su inteligencia ó á la pureza de su ejecución, por fuerza deficiente. Han sido numerosísimos los niños precoces. Pero es regla general, confirmada y sancionada por la experiencia, madre del saber, que llega un momento crítico para esta inteligencia y para estas facultades tan prematuramente hipertrofiadas, las cuales sufren un estancamiento súbito y se atrofian. Entonces, aquellos que iban detrás del niño precoz le adelantan, suben por encima de él, se elevan cada vez más, los mejor dotados escalan las más altas cimas, se crean una reputación mundial y son proclamados talentos y genios, mientras que él acaba en adolescente zaguero. Y en-

tonces, con el fracaso de los augurios emitidos dogmática y casi infaliblemente años atrás, se extinguen los aplausos, se marchitan los laureles, la compasión ocupa el puesto que antes habitara la envidia, cesan los obsequios y se apaga una fama que, unida á su nombre, pronunciado con admiración alrededor del mundo, iluminaba con vivos destellos al pequeño prodigio rodeándole de una prestigiosa aureola.

De ningún modo el mérito artístico concedido á una persona debe estar condicionado ni siquiera influido por la precocidad, contra lo que se opina por muchos. La reflexión, la laboriosidad y la madurez valen infinitamente más que la facilidad espontánea, y cuando van selladas por el genio, despiertan una intensa emoción estética que nunca pueden alcanzar, ni menos superar, los juegos musicales de los niños precoces.

Uno de ellos, al rodar de los años, llegó á escalar las más elevadas cumbres del arte, y fué un faro potentísimo que proyectó su luz espiritual sobre toda la producción musical de su época. Su nombre es de todos conocido y por todos admirado: llamábase Juan Wolfgang Mozart. Su producción está integrada por una serie interminable de obras maestras pertenecientes a todos los géneros: el teatral, el sinfónico, el religioso. En este siglo de nerviosismo y de hiperestesia, la audición de las obras escritas por el célebre maestro de Salzburgo nos inmerge en un baño de apacibilidades anheladas ante el devastador vaivén del vivir cotidiano. Aquel niño mimado que paseaba triunfalmente de corte en corte, que fué besado por reyes, abrazado por princesas, obsequiado por magnates, vivió y murió miserablemente. El destino de su vida contradijo las esperanzas de una existencia esplendorosa que hacía concebir la general admiración del pequeño Mozart. ¡Triste ejemplo, el del más grande de los pequeños prodigios, que debiera aprenderse y no debiera jamás ser olvidado por los niños precoces cuyos nombres llenan de admiración durante algunos años á un público cosmopolita! Y al lado de Mozart, ¡cuántas lumbreras anticipadas han sido víctimas de un olvido tan prematuro como merecido, que hace añorar los efímeros días del triunfo!

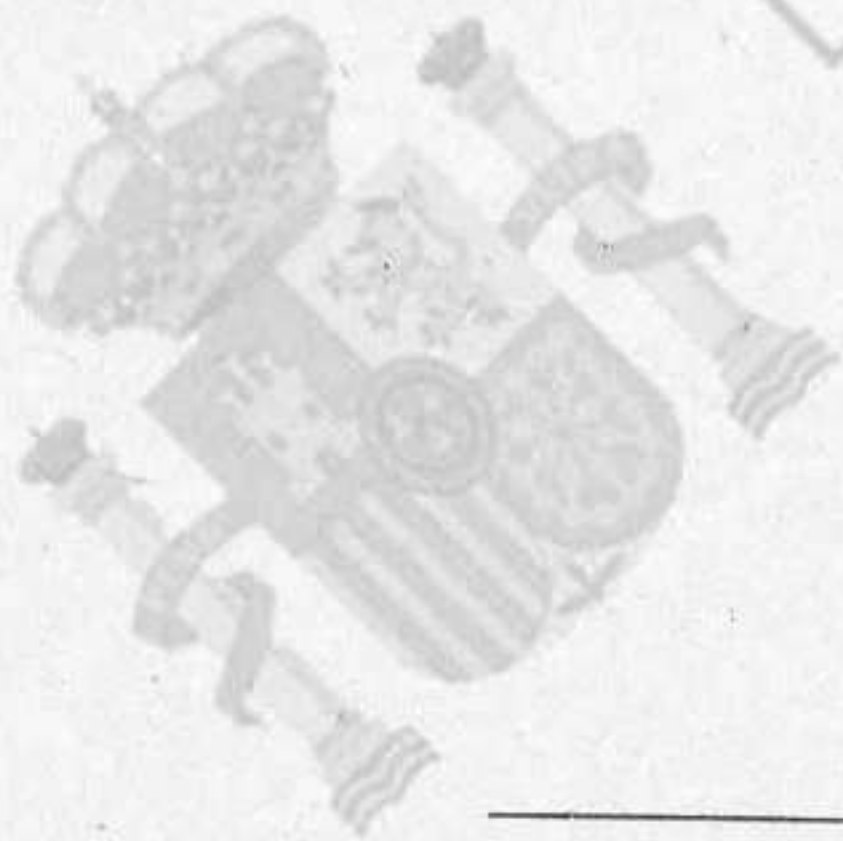
Los grandes creadores musicales en su mayoría fueron más bien genios tardíos que precoces. Para cultivar su arte necesitaron hallarse en posesión de una técnica cuya adquisición requiere tiempo. Además, el genio no se improvisa ni brota por generación espontánea. Potencialmente puede existir desde el momento de nacer, pero es preciso cultivarlo antes de que maduren sus frutos con los que se nutrirá espiritualmente una humanidad amante de las artes y de las ciencias. Para que llegue la hora de la cosecha se impone una previa explosión de plenitud y desarrollo que sólo se adquiere en la edad madura. Por esto los grandes creadores fueron más bien genios tardíos que precoces. Demuéstranlo cumplidamente Beethoven, el atribulado sordo de Bohn, al cual, según narran sus biógrafos, había que zurrar para que estudiara el piano; Schumann, el más grande musicalizador de momentos psicológicos, y Wagner, el creador del *Tondrama*, que hizo nacer, con la fusión de la palabra y de la música, una nueva orientación artística desbordante de belleza. Y si produjeron algunas obras en el alborar de su adolescencia ó en plena infancia, al llegar á la madurez de su talento abominaron de ellas ó negaron su paternidad avergonzados.

La admiración que el niño precoz despierta es en cierto modo semejante á la que lograra un compositor atendiendo al tiempo invertido en la producción de una obra y dejando á un lado el mérito intrínseco de ella. Cítase frecuentemente como ejemplo de fecundidad espontánea el caso de Rossini, que escribió en ocho días su *Barbero de Sevilla*. Wagner dejó transcurrir veinte años entre la composición meditada y razonadísima de la música de su trilogía con prólogo *El anillo del Nibelungo*. La distancia que en cuanto á la valoración artística separa la citada ópera de Rossini y este wagneriano drama lírico es la que media entre el insigne pianista de diez ó doce años y Rislér ó Joachim.

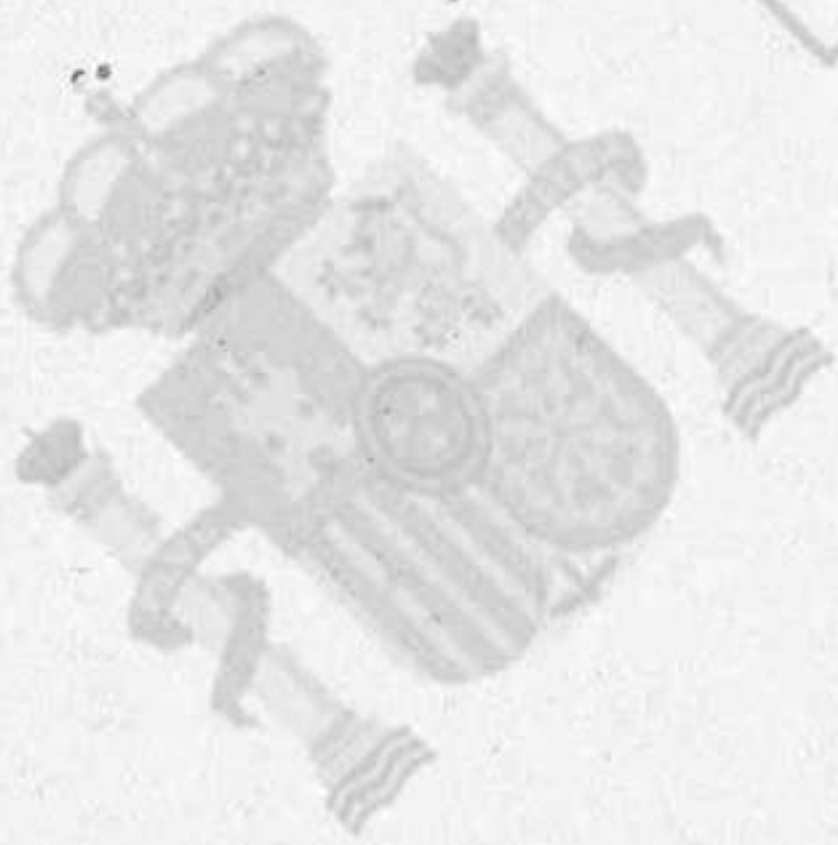
Por otra parte, el niño precoz casi nunca se exhibe en atención á miras artísticas, serias y elevadas; antes, al contrario, subordina el arte al mercantilismo explotando la curiosidad y la admiración franca de la muchedumbre. Ser un pequeño prodigio constituye un negocio seguro. Pero la precocidad

se prodiga mucho y se aproxima el día en que, en virtud de las abrumadoras leyes económicas de la oferta, la demanda y la concurrencia, acabe despertando un interés casi nulo. Hay que alegrarse de que llegue pronto este día, pues con ello irán ganando el arte, el niño precoz y el público inconsciente. El arte no sufrirá torturas y suplicios por interpretaciones deficientes. El niño no será sometido á la abrumadora esclavitud del piano ó del violín, contemplando á distancia y con envidia los juegos y diversiones de los niños de su edad, con los que le está vedado compartir, porque debe conservar su reputación de niño formalito y serio, aun á costa de su salud y de su vida. El público inconsciente educará su gusto, no escuchando al pequeño, cuya ejecución será admirable atendiendo á la edad, pero cuya interpretación será totalmente defectuosa, sino oyendo al artista ya maduro, formado y poseedor de un temperamento musical exquisito y de una ejecución irreprochable, que es quien únicamente puede poner de relieve las bellezas depositadas en sus creaciones por los grandes artistas.

JOSÉ SUBIRÁ.



MINISTERIO
DE CULTURA



POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Lógica y desgraciadamente, ha de empezar esta crónica por consignar la muerte de nuestro Director, D. José de Cárdenas, si por todos sentida, por nosotros mucho más, puesto que convivíamos con él, en esa comunidad de ideas grandes, que es donde verdaderamente las almas se unen. Plumas mejores que la mía han dicho y han de decir de él cuanto necesario es, y por eso yo me limito á consignar el triste recuerdo y á hacer notar, como característica especial suya, la gran amplitud de criterio que le distinguía. Conservador de siempre, no negó nunca estas columnas á las ideas de otro, por radicales y extremas que fuesen. No pedía un criterio fijo, sino una buena fe indiscutible. Éste es su mejor elogio.

¡Descanse en paz!

*
* *

Desde que tuve la honra de ser encargado de la Política interior y exterior de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, nunca han sido más graves las circunstancias, ni más difícil la situación, que en los actuales momentos, en los que ya se ve algo de lo que como temor sólo, he apuntado en anteriores crónicas.

Como saliente y como revelador, aparece en primer lugar el asunto de las elecciones á Cortes. Sabido de todos que éstas no son *elegidas*, sino *nombradas*: en la presente ocasión no se han querido siquiera guardar las formas y la procacidad ha llegado al último límite, y como si no se viese aún bien claro el asunto, ha surgido el choque entre liberales y mauristas (no les llamo conservadores, porque este partido murió con Silvela y Villaverde) sobre si Maura *daba* más ó menos senadores á Moret.

En las de diputados á Cortes sólo no ha podido *nombrar* el Gobierno á Romanones y Soriano, que se han nombrado á sí mismos, y queda en duda si ha sido derrotado, ó ha sido engañado, ó ha traicionado á España, en el triunfo de la soli-

daridad catalana. ¿Qué significa este contubernio de republicanos, catalanistas, católicos y mauristas? Casi ni á pensarlo me atrevo. Los inocentes, los timoratos, los vividores de la política, quieren ver una esfinge y pretenden que se espere á que hable, confiando en que no dirán en Madrid lo que dicen en Barcelona.

Desgraciadamente, se ve bien claro lo que se pretende; se ve bien clara la inteligencia entre los partidos extremos, para dar fin de lo actual y luego convenirse en quién recogería la herencia; pero se ve también que faltos de...—(no me atrevo á e-cribir la palabra)—toman como enseña la separatista, quizá sin darse cabal cuenta de la gravedad que el asunto encierra, quizá empujados por algo ó alguien, que duele mucho sólo pensar que se preste á tal juego.

Grave ya la situación en este aspecto y peligrosas unas Cortes en las que la mayoría de cuneros no podrá contrarrestar el empuje de unas minorías antidinásticas y en parte antiespañolas, de mayor número y fuerza que la otra minoría dinástica, se complica aún más con la abstención y el probable retraimiento de liberales y demócratas—lección muy merecida y muy bien dada al Sr. Maura,—que dejará el campo libre á aquellas oposiciones, á las que quedan dos caminos igualmente peligrosos para España y para la monarquía. O se imponen en las Cortes ó se retiran de ellas, y entonces no es ya la cuestión política, sino otra cuestión que se ventila en los campos, la que se plantea. Aun como si algo faltase, se anuncia que Maura tratará de suprimir la ley de jurisdicciones, con lo que—unido á lo que ya se discute de si la Marina pretende quedarse con las plazas de guerra del litoral—tendrá enfrente al Ejército—con sobrada razón de éste,—y como si todo fuera poco, plantea el altivo superhombre, con la cuestión del parto de la Reina, el final de la cuestión, en un aspecto que acaba de dar la razón á los antidinásticos de una rama, pues si el vástago de los Reyes es hembra, asegura que no es Princesa de Asturias, por tener que esperar á que haya un varón heredero. Es decir, no sabe cómo, cuándo y por qué se creó ese Principado de Asturias, no sabe la ley castellana, no sabe la abolición de la ley sálica, no sabe que haciendo eso se da la razón al supuesto Carlos V y á Montemolín y á Carlos VII; no le duelen las dos guerras pasadas y busca la tercera.

Con razón decía de Maura el gran Castelar: «Es de mucho cuidado». Ahora que ha traído á España á tan difícil situación, ocurre preguntar: ¿Este hombre está en su sano juicio? Y es la pregunta más inocente que se puede hacer. ¿No

hay nadie en las altas regiones que vea la gravedad y resuelva lo necesario?

Es cierto que el partido liberal cayó deshecho; pero ¿es que es preciso para salvar á España que sea otra vez un fracasado el Presidente del Consejo? ¿No hay entre diez y ocho millones de españoles alguien que sirva?

Queda un final de que se habla. ¡La dictadura! *¿Risum teneatis amici?*

Ante tan grave situación general, apenas hay que indicar el atentado contra Salmerón en Barcelona—que malas lenguas atribuyen á un efecto escénico preparatorio del triunfo solidario;—la pérdida justificada por éste de la jefatura del partido republicano; la anómala situación de Canalejas que, como dice algún su amigo, *ni se va ni se queda*; las anunciadas campañas de desquite de Romanones y Soriano y otras minucias.

Solo sí deben anotarse la disciplina de los liberales, la gallarda actitud de los republicanos antisolitarios y la esperanza del resurgimiento del buen partido conservador, acaso con Pidal, acaso con Besada y Urzáiz y acaso con los tres.

Escrito esto, se habla de una conferencia de Moret con el Rey: ¿será para hacer un pastel, ó será que al fin se ve en Palacio la gravedad de la situación?

II

Siguió á la entrevista de Cartagena la de Gaeta, entre los Reyes de Inglaterra é Italia, que completó la serie de las *ententes*, y como aditamento á ellas, se ha hecho público el tratado entre Francia y el Japón, con el cual se completa el que ya tenía Inglaterra y queda ésta árbitro de todos los mares.

Se ha hablado de otra entrevista entre los Reyes de Italia y España que, por ahora, ni es necesaria, ni puede realizarse, pero que queda preparada esperando ocasión oportuna.

*
* *

Como contestación á todo esto y á la ya casi fracasada conferencia de la Paz, se anunció á bombo y platillo el discurso del Canciller alemán Bulow, que no ha respondido á la expectación que produjo, pues en resumen no ha venido

á decir nada; sólo entre las frases se trasparentaba una inseguridad que hace ver que decía lo que le mandaban, pero no lo que sentía.

*
* *

Busca, ó mejor dicho, sigue buscando el Kaiser el conflicto y el desquite en Africa, complicando cada vez más los asuntos marroquíes, que ahora revisten la nueva faz de un destronamiento del Sultán. Esto acabará como debió empezar y no como quiere el Kaiser, pero no es aún tiempo.

*
* *

De América vienen, cuándo aires bélicos, cuándo pacíficos. ¡Pobres repúblicas hermanas! ¡Cuándo verán su situación clara y se impondrán al futuro *imperio* de los Estados Unidos! ¡Cuándo harán ver al *emperador* Roosevelt que saben solas *tanto como vos* y reunidas *más que vos!*

*
* *

A última hora se habla de una misión verbal del Kaiser al Rey Eduardo, encomendada al Duque de Sajonia; quién habla de *ultimatum*, quién de arrepentimiento. Ni una cosa ni otra: es asunto íntimo y familiar.

ABDESLAN-BEN-URIZ EL ICHUDEF.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Veladas del hogar.—P. Orrier, editor.—Madrid, plaza de la Lealtad, 2.—Precio de cada tomo, 3,50 pesetas.

Veladas del hogar es el título de la biblioteca que comienza á publicar la casa editorial, ya tan acreditada, de P. Orrier. En las *Veladas del hogar* irán apareciendo sucesivamente obras de mérito literario reconocido y al mismo tiempo de una moralidad tal que puedan ser leídas por todos.

Los volúmenes publicados hasta ahora son dos. El uno, *Cartas á Paquita*, de Marcel Prevost, epistolario dirigido por un espíritu grave, que traspasa las puertas que separan la juventud de la vejez, á una sobrina suya, internada en un colegio ó institución. En ellas aparecen expuestos, en forma verdaderamente amena, consejos para conducirse en la vida de relación y en la vida íntima y del espíritu.

El otro volumen de *Veladas del hogar* es una novela sumamente interesante, tanto por su desenvolvimiento como por su forma literaria, que al mérito de su moralidad une el de un interés siempre creciente. Esta novela se titula *La chacha*, y es su autor Antonino Lavergue.

*
* *

Guía del traductor francés-español y español-francés, por José MENÉNDEZ NOVELLA.—P. Orrier, editor.—Precio, 1,50 pesetas.

Este libro es un tratado de la propiedad de las voces sinónimas y homónimas de ambos idiomas con su traducción exacta, y encierra un estudio muy completo de los idiotismos, modismos, refranes, etc., para facilitar la tarea de estudiantes y traductores. La gran analogía que existe entre el idioma francés y el español, si hace más fácil la traducción, constituye el escollo en que naufragan casi todos los traductores, empedrando de galicismos sus versiones. El libro de que se trata, verdadero trabajo de recopilación, ordenación, selección y comprobación, ha de prestar un verdadero, real y positivo servicio á cuantos aspiren á perfeccionarse en los idiomas francés y español, y especialmente á los traductores.

*
* *

La casa editorial de P. Orrier ha publicado la colección de los *Manuales prácticos de correspondencia inglesa, francesa, alemana y española*, de Melzi, que serán de gran utilidad, tanto para los que aprenden estos idiomas como para los comerciantes que, sabiéndolos poco, tienen que escribir cartas en ellos.

Todos los asuntos que suelen tener cabida en las cartas de familia y de comercio, circulares etc., están tratados con extensión, y con ligeras modificaciones pueden servir para todos los casos particulares. Por otra parte, la abundancia de notas ahorran y facilitan el trabajo al lector, que encontrará al final de la obra un vocabulario de expresiones y términos consagrados en las transacciones comerciales.

Forman tomos de 240 páginas y se venden al precio de 1,30 pesetas en rústica y 2 encuadernado en tela.

*
* *

El presupuesto de la villa de Madrid, por E. BLANCO Y MARTÍNEZ.—*Madrid, 1906.*

Con este título se ha publicado un folleto en el que de un modo atinado se sientan las bases para la reorganización de la Hacienda y mejora de los servicios municipales.

*
* *

Las órdenes religiosas en el periodismo español, por D. JUAN CRIADO Y DOMÍNGUEZ.—*Madrid, 1907.*—*No se vende.*

Esta obra es un brevísimo bosquejo bibliográfico de la notable representación que en estos últimos tiempos han tenido ó tienen las Ordenes regulares en el periodismo español, presentada en forma de sencillo catálogo hecho por el sistema cronológico.

*
* *

Estudios ingleses y estudios varios, por CARLOS ARTURO TORRES.—*Madrid, Angel de San Martín, editor.*

Esta notable obra comprende varios estudios, interesantes todos ellos, tales como los titulados *La cuna de Shakespeare*, el *Manfredo de Byron*, *Herbert Spencer*, *Núñez de Arce*, *Paul Bourget*, *Edgard Quinet*, *La muerte de Zola*, *Pi y Margall*, y los referentes á la *Literatura colombiana* y al *Movimiento literario en la Europa contemporánea*, entre otros diversos.

*
* *

Obra poética, de CARLOS ARTURO TORRES.—*Madrid, Angel San Martín, editor.*

Sin perjuicio de ocuparnos más adelante con mayor extensión de este distinguido poeta, comunicamos á nuestros lectores la aparición de su volumen *Obra poética*, que comprende varias se-

ries de poesías, rotuladas respectivamente *Poestas varias*, *En la arena*, *Poemas filosóficos*, *Poemas crepusculares* y *Poemas simbólicos*.

* * *

En serio y en broma, poesías por CARLOS CANO.—*París, 1907.*—*Precio, 3 pesetas.*

Si la retórica hubiera consagrado la división de los rimadores en poetas fáciles y difíciles, colocando en el primer grupo á cuantos escriben cosas de fácil comprensión para el vulgo, y en el segundo á los que, remontándose á más elevadas cimas, sólo pueden ser saboreados por una *élite* poco numerosa, no pasaríamos el menor apuro al intentar clasificar al Sr. Cano, porque es indudablemente un versificador fácil. Ahora bien, como la facilidad no anda reñida con la corrección, también el Sr. Cano es un poeta correcto. Cuando se siente jocoso, nunca falta al buen gusto, que tanto se olvida por algunos escritores festivos. Cuando se siente formal, sus composiciones tienen un corte severo.

El Sr. Cano no está orientado en las novísimas técnicas poéticas que los ignaros llaman modernistas y los sedicentes modernistas ponen en ridículo. Su verso, injerto en la buena cepa de los grandes poetas clásicos y románticos, es flúido, mana espontáneo y rehuye el rebuscamiento y la dislocación, así como el simbolismo y el decadentismo. En él brota a veces un soplo de aquel divino maestro del ritmo que se llama Zorri la, y á veces el encanto sereno de otros grandes poetas, hoy menospreciados injustamente, del pasado siglo. *En serio y en broma* es un libro de poesías que pueden leer, en la seguridad de que no perderán el tiempo, cuantos no persigan hondos transcendentalismos expresados en forma poética ni desquiciamientos de la frase, del ritmo ó de la idea.

* * *

Estudios de Derecho público, por D. RAFAEL MARÍA DE LABRA.—*Madrid, 1907.*

Los trabajos que forman este libro han sido escritos en épocas diversas, pero han sido hijos de la misma inspiración y han nacido informados por el mismo criterio. Ya se sabe por todos el papel preeminente que entre los tratadistas españoles de estas cuestiones desempeña D. Rafael María de Labra.

El primero de estos trabajos se titula *El Derecho público contemporáneo* y es el más antiguo. Síguenle los titulados *El Congreso Hispano-americano de 1900*, *El Instituto de Derecho internacional*, *Los tratados internacionales del siglo XX*, *La acción internacional en España*, *La cultura superior española y la Universidad*, *Las Económicas* y *El Ateneo*.

Más de la mitad del volumen—704 páginas nutridas de texto—

está dedicada al movimiento internacional contemporáneo, á la vida internacional española y á la cultura superior de España. Este libro es de actualidad y tiene por misión, según declara el señor Labra con gran modestia, llamar la atención de las gentes que estudian y se preocupan de los problemas fundamentales españoles sobre algunos hechos y algunas cuestiones que se imponen á la meditación de los hombres de cierta cultura y cierta influencia en la marcha general y relación internacional de la España contemporánea. Trata su autor de recoger datos y ordenarlos y de plantear problemas. Y el mejor elogio que podemos hacer de su obra es que logró perfectamente sus propósitos.

JOSÉ SUBIRÁ.

* * *

Claudina en la escuela. *Novela, por WILLY. Versión española de LUIS RUIZ CONTRERAS.—Madrid, librería de Fernando Fe.—Precio, 3,50 pesetas.*

La inquietante Claudina, esta turbadora adolescente después de asombrar á los franceses con infinitas ediciones, colocando á su autor, el ilustre Willy, entre la media docena de novelistas universales preferidos por el público, hace nueva aparición entre nosotros en otra edición de *Claudina en la escuela*.

Agotada rápidamente la traducción española de esta sensacional novela, de la cual se han hecho en Francia 105 ediciones, se ha publicado otra vez, primorosamente editada, en un volumen en 8.º, con preciosa cubierta al cromo y retrato del autor.

* * *

Claudina en su casa. *Novela, por WILLY. Versión española de LUIS RUIZ CONTRERAS.—Madrid, librería de Fernando Fe.—Precio, 3,50 pesetas.*

Los recientes sucesos ocurridos en el *Moulin Rouge*, de París, dan una viva actualidad á este libro del eminente escritor francés Willy.

Claudina en su casa concreta admirablemente los episodios que empiezan á apuntarse en los anteriores volúmenes.

Más audaz que éstos, hace más mordaz la ironía y mayor el desenfado del gran Willy.

Claudina se ha casado; anota impresiones de la nueva vida; asáltanle terribles comparaciones de su pasado, y, al fin, le hiere aquello mismo que una atroz complacencia le consintió. Y aquí, tras estas fieras crudezas, arranca la nota sentimental, tierna, ingenuamente lírica.

Todo esto mantenido por un creciente interés y adornado con una viveza de diálogo y una fluidez de ironía, que hacen de éste el libro picaresco del *boulevard*.

Agotada la anterior edición española, ha tenido que reimprimirse con mayor esmero, formando una lujosa edición de este libro, que está conforme con el original francés en su 108 edición.

* * *

Pan de centeno. *Novela por ANTONIO SUÁREZ DE PUIG Y FIGUEROA, 2.^a edición.*—Madrid, 1907.—*Librería de Gregorio Pueyo.*—*Precio, 2 pesetas.*

Ya, á raíz de la publicación de esta novela, se habló de ella en los términos encomiásticos á que se hizo acreedora. Por hoy nos limitamos á anunciar la segunda edición de la misma, puesta á la venta por el infatigable editor Sr. Pueyo.

* * *

Reseña histórica de la Escuela Superior Normal de Maestros de Zaragoza, *por el Director del establecimiento, D. GREGORIO HERNÁNDEZ* —Zaragoza, 1907.

Esta interesante reseña histórica comprende desde el año 1844 en que se fundó la precitada Escuela hasta el fin del año académico de 1905-906, además de algunas consideraciones generales sobre la enseñanza primaria en España y sobre la marcha de todas las Escuelas normales, terminando con unos apéndices referentes á la parte administrativa.

* * *

Biblioteca nueva de escritores españoles.—*M. Pérez Villavicencio, editor, Reina, 33, Madrid.*

Esta casa editorial ha nacido con el laudable propósito de dar preferentemente al público obras españolas que marquen una orientación moderna a la mentalidad nacional.

En ella estará excluída toda sumisión á exclusivismos y á *partipris*, y tendrán cabida el libro del literato, el del pensador y el del sociólogo.

Junto al libro de viajes figurarán el filosófico y el novelesco. Como dice en el prospecto, «intenta levantar la novela nacional publicando las de algunos escritores ya acreditados de novelistas, y las que preparan, con fines patrióticos y cultos, otros conocidos literatos de la juventud tiunfante. Hay que contrarrestar el aluvión de novelas extranjeras que, pudiendo ser excelentes en sí mismas, resultan doblemente falsas para el lector español, por la desventaja de la traducción y por estar escritas por hombres de otros países. Nunca la novela extranjera podrá interesar al lector español medianamente culto como la novela nacional, en la que hallará el propio ambiente en que viven las mismas preocupaciones que le rodean, y tanto para lo bello como para lo triste de la vida, el encanto y la armonía de nuestro idioma». Esta Biblioteca se

compondrá de volúmenes en 8.º, impresos con exquisito esmero en magnífico papel y cubiertas elegantes, que se venderán á tres pesetas.

El primero de ellos es el de Luis Bello, *El tributo á Paris*, obra de gran valor literario en la que se describen, con grandes bellezas de estilo y de forma, escenas y tipos parisienses y viajes por Francia y por Bélgica, y se estudia, con acertada visión, la psicología nacional.

Seguirán á éste *Don Quijote en los Alpes*, de Alberto Insúa, y otros de López Pinillos, Bueno, versos del notable periodista Alfredo Vicenti, novelas de Baroja, Mesa, Pérez de Ayala, Répide y otros notables escritores.

Asimismo prepara esta casa una *Biblioteca literaria* en 8.º menor, destinada á tener en ella cabida la juventud, con lo que prestará un gran servicio á los que con merecimientos positivos no cuentan con medios económicos para editar libros que pueden darles un nombre y una firma.

En esta Biblioteca, que se venderá á peseta el volumen, se publicarán libros de Julio Camba, Enrique Díez-Cañedo, Andrés González Blanco, José Subirá, Alberto Insúa, García Sanchís, Ródenas, Leyda, Vegue y otros.

Dignos de todo encomio son los proyectos del Sr. Villavicencio

*
* *

Malos amores, ensayo de novela por FELIPE SASSONI.—*Barcelona, J. Granada, editores, 1906.*—Precio, una peseta.

Entre los jóvenes literatos sudamericanos, uno de los que más porvenir tienen es el limeño Felipe Sassoni, autor de *Malos amores*.

De ensayo de novela califica su obra, con modestia visible, el Sr. Sassoni. Porque se trata de una novela sentida hondamente y llevada con gran justeza de expresión á las cuartillas. La vida del protagonista, Juan Valente, artista separado de un camino glorioso por la influencia nefasta de una mujer abominable que le condujo al crimen, y el cual no supo admirar todo el sacrificio y toda la abnegación de aquella otra mujer enamorada perdida de él, hasta que ya la enfermedad le conducía al sepulcro, esta vida triste y sombría, de perspectivas risueñas y de realidades infaustas, embarga el ánimo del lector, haciéndole convivir con los penosos sentimientos que Sassoni evoca tan admirablemente en su libro.

E. A.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.



GRAN HOTEL Y RESTAURANT DEL COMERCIO

(GERONA)

SUCESOR DE ANTONIO SERRA

Antonio Vallvé y Serra.

Está situado en el centro de la inmortal ciudad, y con la radical reforma sufrida, nada tiene que envidiar á los mejores del extranjero.

CONFORT Y ECONOMÍA

50 habitaciones lujosamente amuebladas.—Cuarto de baños y duchas.—Salón de lectura y el incomparable jardín de las acacias.—Comedor de verano.

Luz eléctrica en todo el Hotel y sus anexos.—Agua inmejorable.—Coche en las estaciones á la llegada de los trenes.—Salones para banquetes.

Intérpretes y personal idóneo para excursiones.

PASTILLAS BONALD Las mejores que se conocen para las enfermedades de la boca y garganta.

Núñez de Arce, 17 (antes Gorguera).

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 5 Enero, 2 Febrero, 2 y 30 Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 22 Enero, 19 Febrero, 19 Marzo, 16 Abril, 14 Mayo, 11 Junio, 9 Julio, 6 Agosto, 3 Septiembre, 1 y 29 Octubre, 26 Noviembre y 24 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo accidentalmente de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y accidentalmente Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo deseen hacer los exportadores.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	<u>Pesetas.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS GENERALES.....	»	20.554.750,68

Formando un total de **treinta y cinco millones** quinientas cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta pesetas y sesenta y ocho céntimos.

Pagado á los asegurados hasta 31 Diciembre de 1905.....	Ptas.	33.699.941,37
---------------------------------------------------------	-------	----------------------

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, retención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y n.º las propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

DOMICILIO SOCIAL
Ancha, 64.
BARCELONA



AGENCIA GENERAL
DE MADRID
ALCALÁ, 49

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantías...	Capital social.....	Ptas.	5.000.000	} 21.476.546
	Reservas y primas.....	»	16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: **Ptas. 1.772.623.810.**
Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan **Ptas. 9.751.847,29.**

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representada en todas las provincias de España.